

**Universidad Nacional del Comahue
Facultad de Derecho y Ciencias Sociales
Licenciatura en Comunicación Social
Tesina de Grado**

Los malqueridos
De árabes, turcos y
"comegente" en la Línea Sur

Adrián Arden

Septiembre de 2006

INDICE

Introducción

Said

Miguel

Javier

Carmen y Fatuma

Conclusiones

Bibliografía

Introducción

Nací en una pequeña comunidad del sur rionegrino en la que ser mapuche no era lo mejor que te podía pasar. La Línea Sur es un puñado de pueblitos que juntos no suman más de 30 mil habitantes y concentran buena parte del rencor que motoriza a esta parte del mundo. Un lugar en el que el crisol de razas fue posible gracias a la imposición y la ley del más fuerte. El más poderoso. Allí familias enteras de mapuche comparten la cuadra, la vereda y algunas veces hasta la pared con los que los echaron de sus tierras. Con los que los convirtieron de “dueños” en esclavos. Conviven en la más absoluta armonía. Y en el más perpetuo rencor. Conviven y respetan la tradición que indica desde siempre que el espacio de unos es el margen de los otros. Y desde siempre todos sabemos quiénes son los unos y a qué tipo de márgenes están condenados los otros.

Viví allá hasta los 17 años. En todos esos años no recuerdo haber tenido una maestra mapuche, una profesora mapuche, un médico mapuche o un amigo de mis padres mapuche. O, por lo menos, alguno que lo admita abiertamente. Crecí en una familia de tradición árabe que siempre defendió la igualdad y los derechos de los pueblos originarios, pero que sólo los dejó entrar a sus casas vestidos de empleadas domésticas, niñeras o peones. No mucho más y unas cuantas veces mucho menos.

Siempre recuerdo el orgullo que me provocaba escuchar la frase “qué cara de turquito tenés”. También recuerdo que nunca se me hubiera ocurrido decirle a alguien como un cumplido “qué cara de indio tenés”. Cosas de una rara convivencia en la que la “marca de fábrica” podía ser motivo de orgullo o exclusión según quien la portara. La misma diferencia se convertía en un rasgo exótico en un caso y en un castigo divino en el otro. No es tan difícil entender por qué entonces la frase “por suerte no naciste indio” no suena tan difícil de creer. De hecho, en las familias árabes de la zona ésa era una constante. La apelación a la diferencia que los separaba (enormemente) del indígena como una forma de reafirmar su identidad. Su superioridad. Su fantasía.

Lo que no supe hasta hace poco es que hubo un tiempo en este país en que ser turco (genérico de árabe, sirio, libanés) también era lo peor que te podía pasar. Un tiempo en el que el desprecio y el prejuicio fueron las cartas de bienvenida para esos morochos de grandes bigotes que pronunciaban como “b” la “p” y que se ganaban la vida como vendedores ambulantes. Un tiempo en que miles de personas fueron obligadas a olvidarse de sus orígenes, cultura y tradiciones para formar parte de una sociedad que no los había tenido en cuenta en sus planes de superpotencia. La inmigración menos deseada por los mentores de un país más blanco, con la piel y los ojos claros de laboriosos granjeros llegados de Europa. Y no esos “turcos” exóticos, casi analfabetos y registrados en los documentos de migraciones bajo el genérico nombre de “asiáticos”. Fueron despreciados, tanto como los mapuches y se

convirtieron así en dos minorías unidas por la misma política oficial: en nombre de la civilización, la barbarie. De todas las formas posibles.

Había algo, entonces, en la identidad de los árabes que también tenía que ver con la vergüenza, con el prejuicio y con la sensación de pertenecer a un grupo inferior en la escala humana. Un desprecio que soportaron durante años, que durante años negaron y que los cambió para siempre. Un rechazo que (increíblemente) también los llevó a poner en práctica ese brutal juego encadenado que lleva a los humanos a conjugar la discriminación: tú me rechazas, yo rechazaré a otro. Esto fue clarísimo con los árabes. Expulsados hacia el interior del país por el hostigamiento de la cultura dominante en Buenos Aires, ellos mismos se encargaron de plantar superioridad sobre los indígenas. Los mapuches versus los árabes. Una supuesta diferencia que no sólo sirvió para fomentar una rivalidad histórica, sino también para construir una identidad.

Esa fue una constante en todas las historias de árabes que escuché desde siempre. Y también en las que reconstruí para esta investigación. Pero no fue la única. También estaba el peso de una historia interrumpida por la violencia y el hambre. La necesidad de empezar de nuevo en otro rincón del mundo y la firme decisión de nunca bajar los brazos. Acostumbrarse a todo. Al rechazo, a la adversidad y al ingenio al servicio de la supervivencia. A la fuerza de las tradiciones, de los mandatos, del destino. Al silencio, a agachar la cabeza y a seguir, incluso cuando ya no se puede. A naturalizar la discriminación y ponerla en práctica casi como un acto reflejo en muchos casos. A pensar a la mujer y al hombre con roles determinados e inamovibles. Siempre.

Por eso la pregunta apareció casi en forma espontánea ¿Qué es ser árabe? ¿Un orgullo? (como creía mi abuelo) ¿Una marca? (como cree una amiga) ¿Un accidente? (como asegura un compañero de trabajo). Y un poco más allá: ¿qué fue y es ser árabe en la Línea Sur, último destino de los desplazados de las grandes urbes y refugio de los que alcanzaron a salvarse del exterminio que fundó al Estado? ¿Qué tienen en común esos hombres que escaparon de la guerra y esas mujeres que nacieron otra vez en medio del desamparo y el olvido con sus nietos que ahora rescatan el aroma de la comida tradicional y el encanto de esa música que se aprende a bailar en academias? ¿Qué tienen en común Said, Miguel, Fatuma, Carmen y tantos otros, a no ser los nombres que remiten a una tierra lejana, ajena y mal nombrada como “siriolibanesa”, como si fuera un mismo país y no la dominación con la que surgieron las primeras instituciones, mezcla de club y mutuales que, a falta de embajadas, cobijaron en un principio a los recién llegados? ¿Por qué contar las historias de Said, Fatuma y Carmen?

Todos ellos creen que la vida sigue inflexible un sendero inamovible: el destino, la idea más fuerte entre los árabes. Y al que deben resignarse con paciencia y resignación. ¿Pero también lo piensan así sus hijos, sus nietos, la nueva generación? ¿Cuán lejos están las mujeres árabes de aquel estereotipo que las describe como intrigantes, manipuladoras en la

cama, excelentes madres y cocineras? ¿Cómo eligen reconocerse ellas? ¿Y sus hijas, y sus nietas? En definitiva, ¿quiénes son los árabes en la región? ¿Cómo fue su vida? ¿Hay una “identidad árabe”?

Es probable que si no hubiese tenido un abuelo libanés, una abuela criada dentro de un grupo familiar protector, con patriarcas y prohibiciones, tías casadas y solteronas destinadas a “vestir santos”, sacrificadas unas por los maridos, otras por los hermanos y padres, kepi en la mesa de cada celebración familiar y fotos de tíos y primos distantes, mis observaciones hubiesen sido distintas.

Pero no fue el caso. Las preguntas llegaron solas y fueron acumulándose.

Estas son algunas de las respuestas que encontré.

Said

"Cuando dejes el fusil, levanta el retoño de la higuera caída, y si éste ha muerto, coloca una semilla en esa misma tierra y riégala con tu sudor, o con tus lágrimas, y espera bajo el sol, espera con el rocío de las noches. Comienza tu tarea y espera, porque el tiempo es el gran secreto del Líbano. Espera, un día tú y tus hijos volverán a descansar bajo su sombra y nuevamente comerán la dulzura de sus frutos.

Anónimo

Said no tenía más ganas. "Ya no puedo", me dijo la última vez que se lo pregunté. Para mí era inexplicable y alguna vez llegué a pensar que también era injusto. Cuando llegaba esa época del año que todos llamaban vacaciones (y que algunos disfrutaban en un lugar cercano al paraíso), Said permanecía inmovible. Como ajeno a todo. "No, me quedo". "¿A dónde voy a ir?" "Prefiero quedarme acá", eran siempre las respuestas a mis mismas preguntas: ¿No querés salir? ¿Por qué no te vas unos días? ¿Por qué no viajás? Said se reía y respondía. Hasta que ya no lo hizo más: estaba en esa edad en la que tenía derecho a no hacerlo. Hace un par de años había superado el umbral de los ochenta y su figura se desdibujaba sin que nadie pareciera notarlo demasiado. Excepto él mismo. Las canas le habían jugado sucio mucho antes de lo imaginable y, a su cuerpo, desde hacía rato ya no le pedía demasiados sacrificios.

Pero no era eso. Era el cansancio, la mirada, la tristeza. La distancia. Alguna vez me confesó, muy en voz baja, que lo más feo de envejecer era sentir que de, a poco, se iba dejando de ser ciudadano, marido, padre, hermano...para pasar a ser todo eso junto, pero en sentido figurado. Como una mezcla en la que cada ingrediente ya no tenía demasiada importancia y mucho menos el producto final. Pero no había que creerle demasiado: Said siempre se las había arreglado para que las cosas ocurran alrededor de él. Las grandes decisiones. Las mayores alegrías. Los fracasos más dolorosos. Todos tenían en su mirada el último reflejo. Sin que me lo hubiera dicho, siempre supe que en su familia ocurrían dos tipos de situaciones: las que empezaban y terminaban en él. Y aquellas en las que nada había tenido que ver, pero que sólo llegaban a su fin cuando él lo disponía. Alguna vez llegué a pensar que ésa era una cualidad que sólo la gente grande manejaba a la perfección. Hasta que lo confirmé: ninguno como Said. Con esa habilidad del manipulador y el intolerante. Del tirano bondadoso. Del jefe mafioso y el padre sobreprotector. Tan árabe. Tan suya.

Su vida fue lo que quiso hacer de ella y muchas veces también lo que pudo. A los quince años tomó un barco y abandonó todo. La guerra, la familia, la tierra. A los 25 instaló su propio comercio de Ramos Generales a miles de kilómetros de donde había nacido. A los 30 se casó con la mujer que amaba. A los 60 asistió al casamiento del último de sus cuatro hijos. A los 80 era feliz compartiendo la merienda con algunos de sus quince nietos. Y a los 84 le costaba encontrar las palabras para decirme por qué ya no pensaba en abandonar su hogar por al menos un par de días. No era que se sentía mal, que ya estaba viejo, o que no tenía cómo ni a dónde: era que ya no quería.

Lo supe poco después: el viaje de Said había empezado a los quince en El Líbano y nunca había terminado. Todas esas veces que yo creí que estaba quieto, inmóvil, como detenido en el tiempo, él seguía viajando. Imparable. Había sido un trayecto largo, pesado, cuesta arriba. Con la mente puesta siempre en la próxima estación. Como él decía siempre: *“Un árabe nunca detiene la marcha”*. O como sentenció el Profeta: *“Quienes son llamados hacia Dios por los ángeles, serán interrogados por éstos: ¿En qué situaciones habéis estado? Responderán: ¿No era amplia la tierra para que emigréis en ella?”*

Murió a los 85 años consumido por una maldita enfermedad que empezó como un puntazo frío en su espalda y que en pocas semanas se le ramificó por todo el cuerpo. Fue todo tan rápido y tan amargo que en los últimos días muchos se preguntaban por qué el cáncer se empecinaba en alargar el final.

Una vez alguien dijo que Said murió feliz y tranquilo, que había hecho todo lo que se alguna vez se propuso. Yo no estoy tan seguro. Y nunca me animé a preguntárselo.

Estación Rachia

En los primeros años de 1900, Argentina era un país obscuramente rico y prometedor. La fantasía del exilio perfecto se había cumplido en el patio trasero del mundo y millones estaban dispuestos a aprovechar la oportunidad. Por esos años, El Líbano se desangraba en su última guerra y expulsaba a miles de jóvenes en busca de mejores horizontes, de nuevas esperanzas.

Cuenta la periodista Norma Morandini en su libro *El Harén*:

“Después de la Primera Guerra Mundial, los árabes enterraron el cadáver del imperio Otomano, pero cayeron bajo la tutela de una nueva colonización: la europea. Siria y el Líbano para Francia; Egipto, Irak, Jordania y Palestina para Inglaterra. El imperio Otomano, que cubría todos los países árabes con excepción de Marruecos, se descompuso como pescado al sol. El siglo XIX había sido el del dominio europeo con sus fábricas y las comunicaciones, ferrocarriles, telégrafos y barcos de vapor, esenciales al comercio mundial. Y los Estados y las sociedades

islámicos ya no podían vivir con un sistema estable y autosuficiente de cultura heredada. De modo que el gobierno de los sultanes limitó la organización militar y administrativa de Europa. En las ciudades más importantes y en los puertos surgió una nueva alianza entre estos gobiernos reformistas, los comerciantes extranjeros y una elite de terratenientes y mercaderes que comerciaban con Europa. Con la cultura del Islam llegaron las nuevas ideas traídas por los diplomados en las escuelas extranjeras y difundidas por el periodismo, que surgía como novedad. Así aparece un pensamiento que legitima la nueva situación de dominio europeo. Pero las nuevas ideas de ciudadanía y nacionalismo no afectaron a las personas que vivían en el campo o en el desierto. Los muchachos que huían hacia América eludían antes el servicio militar y arrastraban vidas de miseria”.

Said fue uno de ellos. Un día de junio de 1916 se levantó bien temprano en su casa de la pequeña ciudad agrícola de Rachia el Fuhar, desayunó con toda su familia y le pidió a su hermano Selem que se apure. No quería llegar tarde y todavía tenían tres horas de viaje hacia el puerto de la capital. Llegaron al mediodía y se hicieron un juramento que debían cumplir sí o sí: pase lo que pase, en las primeras horas del viaje no mirarían para atrás. Nunca. No tenía caso. De nada les serviría. En la menor cantidad de palabras posible acordaron que una vez en viaje sólo tendrían dos opciones: o miraban para adelante o cerraban los ojos. Nada más.

Los puertos por esos meses eran auténticos polvorines. Allí se mezclaban los gritos de los obreros con las lágrimas de los desterrados. El dolor de los que se iban y el mismo dolor de los que se quedaban. De los que no se animaban a irse y de los que no podían. El murmullo de los que buscaban en América riqueza y libertad, las dos razones más poderosas en las que se escudan los seres humanos para migrar. Pocos podían distinguir entre Buenos Aires, Brasil o Nueva York. Muchos creían viajar hacia la América del Norte y, engañados, terminaban en Argentina.

En ese tiempo, la partida hacia el Nuevo Mundo ya era también un negocio muy lucrativo para muchos y los hermanos debían estar atentos si no querían caer en las garras de los especuladores. Es que a la función específica de cruzar los mares, las empresas navieras sumaban otra: la de intermediarias. Recibían una comisión por cada emigrante transportado. Y nada importaba más que la tajada que recibían por trasladar a cada desesperado.

En ese infierno se pararon los hermanos y salieron airosos: apenas después del mediodía partieron con la vista puesta en el horizonte. Fija. Imperturbable. Esa fue la última vez que ambos pisaron suelo libanés. Con un sol que partía la tierra, y que los acompañaría en los tres meses siguientes, emigraban rumbo a un país que les prometía mucho más que lo que habían soñado hasta entonces. Viajaron hacinados, tuvieron hambre, muchas noches no pudieron dormir y otras tantas casi ni se hablaron.

Said me contó que él prefirió cerrar los ojos durante las dos primeras horas de viaje. No supo nunca qué había hecho su hermano.

Estación Buenos Aires

El celeste profundo del Mediterráneo poco tiene que ver con el marrón triste y descolorido del Río de la Plata. Con esa quietud que nunca se altera y puede llegar a enloquecer a cualquiera. Esa fue la primera impresión que desbordó a los hermanos apenas llegaron a Argentina. ¿La segunda? Había costumbres que nada tenían que ver con los países, que eran propias de los hombres más allá de las geografías. Habían logrado escapar de los que habían hecho del camino hacia las Américas un tráfico rentable.

Pero a la llegada quedaban expuestos a otros engaños. Muchas veces hasta los propios funcionarios de Migraciones subían a los barcos y se aprovechaban de la buena fe y del susto de los recién llegados para sacarles lo poco que traían. Así lo confirma el informe de la Comisión Central de Inmigraciones del año 1872:

“El desembarco gratis que acuerda a los inmigrantes el reglamento del puerto aprobado por el Superior Gobierno y en vigencia es deficiente en parte, no da garantías al inmigrante para que no sea explotado por los balleneros y peones en el momento del arribo. El empleado de la comisión encargado de ir a bordo a distribuir los boletos gratis para el desembarco no puede atender en el muelle la distribución de equipajes y dirigir al Asilo a los inmigrantes que lo deseen y esta ocasión aprovechan los fonderos y peones para engañar a los incautos con falsos temores o halagüeñas promesas tendientes a esquilmarlos y sacarles los pocos medios que conducen”.

Said y Selem no lo pudieron evitar. Dos hombres los recibieron apenas completaron los trámites de ingreso al país y les repitieron varias veces la única palabra que podrían reconocer en ese momento. “Hotel...hotel...hotel”. Pensando en descansar, por fin, en una cama y comer en serio les entregaron sus valijas y caminaron detrás de ellos por una cuadra: la única que pudieron. Al menor descuido, los gentiles porteños escaparon con las dos valijas y con la mayor parte de los ahorros que les ayudarían a sobrevivir en su nuevo país. En dos segundos, el mundo que todavía no habían construido se hacía pedazos frente a ellos, sin que pudieran hacer nada. Una paradoja del destino: muchos árabes, que soportaron toda la vida sobre sus espaldas la fama de estafadores y ventajeros, tuvieron a su llegada bautismos de trampa.

Pese a todo, los dos hermanos no pudieron dejar de pensar que eran afortunados: al menos ya estaban en un nuevo país. O mejor dicho: al menos habían logrado escapar del de ellos. Muchos de los que habían compartido el viaje con ellos no tuvieron la misma suerte. Es que ante los ojos enrojecidos, muchas veces por el llanto o el insomnio, los funcionarios de

Migraciones diagnosticaban tracoma (conjuntivitis contagiosa que llega a ser causar de ceguera) y los mandaban de vuelta, sin siquiera poder pisar tierra. Sin siquiera poder tomarse un respiro ante tanta angustia. La mayoría no soportaba los dos viajes y moría en el camino. El viaje a la tierra prometida llegaba para ellos a su fin antes de haber comenzado.

Pero nada es como debiera ser y Said y Selem se dieron cuenta de ello rápidamente. El país de las oportunidades sólo tenía para ellos una bienvenida de caras largas y miradas distantes. En verdad, nadie los esperaba. Nadie los quería acá y siempre se lo hacían notar: las risas cuando caminaban por las calles de la gran ciudad, el apuro por cambiar de vereda cuando ellos pasaban. Y las trabas, siempre las trabas. Cuando buscaban trabajo, cuando querían comprar, cuando pedían ayuda, cuando querían darla. Algo estaba claro: Argentina les abría sus puertas a todos los hombres de buena voluntad que quieran poblarla...pero a algunos se las abría mucho más.

Pasada la mitad del siglo XIX, el país que exportaba lanas había decidido importar la población: jóvenes y fuertes labriegos que sacarían de la tierra su riqueza y, como sementales de la civilización, enriquecerían la población con sus genes de hombres blancos, europeos. En cuanto Domingo Faustino Sarmiento (presidente del país entre 1868 y 1974) quería pequeños propietarios rurales, integrados en los municipios y asimilados por un sistema educativo generoso, Juan Bautista Alberdi (un escritor, sociólogo, jurista y político argentino que murió en 1884, de gran influencia en su época) prefería a los anglosajones, operarios calificados.

Pero, más allá de algunas sutiles diferencias, de algo estaban convencidos los dos: siempre el progreso vendría de la mano de esos italianos, españoles, franceses, suizos, alemanes e ingleses que habían comenzado a llegar desde mediados del siglo XIX. Nunca con los árabes, una cultura primitiva a los prejuiciosos ojos de la Europa occidental, la ideología que dominaba en el Río de la Plata.

La primera ley que intenta regular esa importación humana fue promulgada por el presidente Nicolás Avellaneda en 1876. Sin precisar a ningún país, el artículo 817 de la ley consideró inmigrantes a todos los extranjeros menores de 66 años que llegaran para establecerse y viajaran con los pasajes pagados por el Estado argentino.

Entre 1875 y la Primera Guerra Mundial llegaron al país unos cinco millones de extranjeros, el 14 % de todo el movimiento migratorio mundial. Y las cifras dicen mucho más aún: desde el primer registro oficial de 1887 en el que figuran "17 otomanos", los censos de Migraciones nos advierten que entre 1897 y 1914, los árabes representaban sólo el 2% del total de extranjeros instalados en el país. Unos 100.000 provenientes de Medio Oriente, la denominación genérica que incluía a sirios, libaneses, turcos y palestinos. Con el tiempo todos serían llamados turcos, nadie sabe si por comodidad, ignorancia o desprecio. O por una infame combinación de las tres cosas. Lo cierto es que por el resto de sus vidas fueron identificados con el nombre de su opresor, con la denominación del que los obligó a dejar sus tierras y buscar nuevos horizontes a miles de kilómetros de allí. Incluso muchos de ellos perdieron para siempre

los nombres con los que habían pisado suelo argentino: algunos fueron rebautizados con nombres más españoles, otros adoptaron sus apellidos como nombres y unos cuantos no supieron cómo negarse a las sutiles modificaciones en sus apellidos con el objetivo de hacerlos más “pronunciables”.

A los dos días de pisar suelo porteño, Said y Selem por fin pudieron localizar a Amín, el responsable de que ellos hubieran llegado a Argentina.

Amín había hecho el mismo viaje desde Líbano hasta Sudamérica unos cuantos años antes y con todos los argumentos posibles los había mandado llamar a través de las cartas. En todo ese tiempo, las cosas no habían sido fáciles tampoco para Amín. En los primeros años del siglo que apenas empezaba, el país intentaba superar una de las primeras crisis económicas graves de una historia de altibajos constantes e inmigrantes como Amín estaban en el centro de todas las miradas. En pocos años la historia había dado tantos giros que a veces costaba entender qué sucedía verdaderamente.

De la prosperidad de mediados de los 80, cuando el país abrió las puertas a la inmigración, se había pasado a una meseta económica que pronto traería sus consecuencias. Así lo describe el periodista Jorge Lanata, en su libro *Argentinos*:

“El país se expandió y creció también su endeudamiento externo. Durante 1883 y 1884 la diferencia entre exportaciones e importaciones se acentuó considerablemente. A fines de 1884 empezaron a notarse graves signos de la crisis que se avecinaba: el Banco de la Provincia de Buenos Aires, en septiembre, suspendió los pagos en metálico. La especulación posterior depreció los billetes de banco hasta la mitad. Los poseedores de billetes de Banco corrieron a convertirlos en oro; las reservas metálicas comenzaron a licuarse y el Banco Nacional se encaminó hacia la quiebra. Roca decidió suspender por dos años la convertibilidad a oro, y decretó el curso forzoso de los billetes de banco. La devaluación de la moneda generó desconfianza en los inversores británicos, que se negaron a suscribir un nuevo empréstito de la Capital. Roca designó entonces a Carlos Pellegrini para destrabar los créditos en Europa. Finalmente Pellegrini llegó a un acuerdo con la banca europea por un préstamo de 8.400.000 libras esterlinas, entregado por un sindicato de banqueros: la Banca de París, la Banca Morgan y la Casa Baring Brothers. Los acreedores unificaron todos los empréstitos anteriores y el gobierno garantizó la operación con las rentas de la Aduana; se comprometió, además, a no pedir nuevos préstamos si el sindicato de banqueros no lo autorizaba. El acuerdo, resistido en el Congreso, fue aprobado en 1885 por la ley 1737. Fue el primer acuerdo de crédito en el que Argentina avaló la intromisión de bancos extranjeros en su política interior: desde 1885 tres bancos de triste prestigio fueron los encargados de

decidir, sobre la base de las cuentas públicas, si el país estaba o no en condiciones de endeudarse más”.

Y como sucedió a lo largo de la historia de nuestro país, el fracaso económico de una política invalidó rápidamente las ideas que la sustentaron. La crisis económica de inicios del siglo XX puso en duda las ventajas de la inmigración, impulsada por los liberales. Al cosmopolitismo de la llamada “Generación del 80”, que miraba hacia Europa, distribuía tierras para poblar el vacío de una geografía extensa como la nada y que en una gigantesca operación inmobiliaria entregó más de 30 millones de hectáreas a las empresas que construían los ferrocarriles y a una cantidad de especuladores, se le contrapuso un nacionalismo exaltado.

A inicios del siglo, el extranjero, entonces, aparece como culpable de la crisis económica y la inmigración, como un fracaso político. No se distingue si son italianos, franceses, españoles o árabes. Aunque había algunos que eran más culpables que otros (no es muy difícil adivinar quiénes). El país que había hecho el mayor experimento de población en el planeta, mucho más que los Estados Unidos o Australia, celebró el centenario de la independencia en 1910 henchido de un patriotismo xenófobo. Ya habían nacido en el país los primeros hijos de europeos llegados a mediados del siglo XIX, y se habían formado colonias agrícolas en las provincias más ricas; pero si en las ciudades la llegada de los extranjeros barrió con lo que quedaba de una sociedad colonial, en el campo sobrevivió la estructura feudal hispánica. Y aquellos inmigrantes a los que se les habían prometido tierras para colonizar terminaron como arrendatarios o peones, o en los conventillos de Buenos Aires.

Y en este fuerte debate que puso en duda las ventajas de la inmigración la reacción fue contra los extranjeros en general, pero la furia mayor se descargó contra los árabes, esos “*sucios y andrajosos*” que no traían ninguna ventaja al país ya que se ocupaban de actividades tan poco productivas como el comercio ambulante. Es lo que se lee en un informe presentado al Congreso por el Ministerio de Agricultura, de quien dependía la dirección de Migraciones. Con esa descalificación se buscaba impedir la llegada de los sirios y libaneses porque no eran un “*factor económico*”, ya que consumían poco y producían menos aún. La venta ambulante no traía ningún beneficio al país, tan sólo una competencia desleal para los comerciantes ya instalados.

Amín era uno de los que había soportado ese prejuicio. Uno de los que tuvo que morderse los labios bien fuerte y salir a ganarse el pan. Había intentado tantos trabajos sin éxito que, hartado de ello, probó con lo más seguro. Una actividad vieja como el mundo y que sacaría de la pobreza a muchos como él, pero que con el tiempo sería despreciada. Es así como se compró una canasta bien grande y consiguió que otro árabe le entregue en consignación algunas de las chucherías que por esos días entraban al país por el puerto. En pocos días ya era un “*mercachifle*” y trabajaba llevando a los distantes las cosas que venían de lejos. Y en las canastas había de todo: cintas, botones, hilos y telas traídas de vaya a saber qué país.

Perfumes y tazas de té. Velas y espejos. Vestidos y carteras. El mundo dentro de una canasta para hacer las sendas de un país que comenzaba a construir su propio destino. Una actividad de la que muchos argentinos se burlaron con la frase “*Beines, beinetas, jabones, jabonetas*”, en obvia referencia a esa dificultad de los inmigrantes para asimilar el idioma.

Así lo describe Morandini, otra vez en *El Harén*:

“A pie o en mulas, caminaban junto a las vías del tren, símbolo del progreso que acercó distancias y taló los bosques. Despreciada como actividad por el patriciado hispánico y los criollos cultos, el “turco” con sus “baratijas” se internó en los rancheríos, hizo su clientela entre la peonada de las estancias, fue más allá de las manzanas que rodeaban la plaza, la iglesia y el municipio para buscar a los que se igualaban con su pobreza. Y en eso estaba su riqueza. Cargado como un animal recorre los caminos más alejados, llega a los rancheríos olvidados con su mercadería preciosa. Lleva desde los encajes para la ropa del bebé hasta la navaja para la barba más espesa. El no necesita emborrachar al peón de estancia para venderle un traje, le ofrece el pago en cuotas, que no siempre se pagan escrupulosamente. Pero así crece su capital. Todos saben que cobra el doble, pero los compradores aprenden que con un buen regateo no hay turco que no se ablande y se contente con pocos centavos de ganancia. Y ése es su éxito comercial. El se acerca a los más pobres, no mezcla la bebida con la mercería como sucedía en casi todos los negocios del campo. Y a los ricos les vende los encajes, los hilos de carretel y las puntillas”.

Ese era el mundo de Amín. Solitario, duro y casi siempre despreciado. Pero si desde el poder del Estado se advertía sobre la “inutilidad” de los comerciantes de Medio Oriente para un país que necesitaba labriegos, ellos mismos comenzaron a escamotear sus verdaderas ocupaciones. Las estadísticas oficiales advierten que el 81% de los sirios y libaneses llegados en el siglo pasado se declararon comerciantes y el 72 % en las primeras décadas del siglo XX.

Unos años después, la mayoría decía ser “jornalero, labrador o carpintero”. A las razones económicas luego se agregaron las recriminaciones ideológicas, siempre más peligrosas. Y nada mejor que los diarios y revistas para descubrir el espíritu de una época, las ideas dominantes que construyen modas y destruyen argumentos opuestos. “*La inmigración de mendigos*” tituló el periódico El Diario uno de los numerosos artículos que aparecieron en 1889 para criticar la política migratoria de la Argentina, diferente de la de Uruguay, exaltada justamente porque ese año había expulsado a 300 “turcos”, los que terminaron en “*las calles de Buenos Aires: hombres y mujeres desgreñados y sucios pidiendo limosnas o expendiendo objetos tan inútiles como ellos mismos*”.

O como afirmaba Caras y Caretas en 1902: “*Hace años empezaron a verse en las calles de nuestra capital grupos de hombres de tez bronceada y fez rojo, ocupados, como sus*

mal vestidas mujeres, en el ingrato oficio de mercachifles, ofreciendo al transeúnte su banal muestrario de baratijas y menudencias industriales”.

Y además de la prensa, los políticos (una combinación que casi nunca es buena) también hicieron pública su negativa a recibir a los “turcos”. Uno de ellos fue Juan Alsina, director de Migraciones, famoso entre los investigadores por sus informes antisemitas y su idea de una *“República cristiana, perfecta y perdurable, formada por la raza latina”*.

En 1890, el funcionario ya había atacado a los colonos rusos judíos porque su *“idioma, costumbres, religión e ideas de gobierno son completamente diferentes de las nuestras”*. Un año antes, la Dirección de Migraciones había enviado a un funcionario al puerto para impedir que desembarcara el primer contingente de rusos judíos. Alsina explicaba la crisis de 1890 por las subvenciones a la inmigración. Fuera de la Dirección de Migraciones siguió exigiendo una política de migraciones selectiva. No a los “africanos”, el eufemismo para negar la entrada a los ciudadanos negros: *“Tampoco podemos consentir la entrada de asiáticos en gran cantidad porque afectarán la homogeneidad claramente prescripta de nuestra población”*.

El mismo Alsina da a quienes quieran rastrear la historia las pistas sobre el ingreso en tropel de *“200 mil inmigrantes de las regiones más remotas de Europa central y oriental, así como también del imperio Otomano. Todos pueblos diferentes a la población base de Argentina y su número está aumentando”*.

Efectivamente, el censo de 1914 advirtió cómo se había modificado la nacionalidad de los inmigrantes con el ingreso de rusos judíos y sirios. En torno de esta década aparecen en los trabajos sobre la inmigración gran cantidad de cifras y especulaciones sobre las denominaciones registradas en los censos de población: “turcos”, “árabes”, “sirios” u “otomanos”. Denominaciones que sirven para las estadísticas pero que revelan otros fenómenos: el mal nombrarlos ya es una forma de ignorarlos. El término “otomano” aparece en los registros de Migraciones hasta el año 20, cuando el imperio Otomano ya había perdido a sus provincias árabes. Lo cierto es que a mayor presencia, mayor resistencia. Incluso aquellos documentos oficiales que defienden el árabe confirman sus desventuras. Como se lee en un informe del Departamento de Trabajo de Tucumán del año 1914:

“...y se les hace la guerra a muerte y se pregona que son vagos y se repite que no se radican y se protesta que no son agricultores ni peones, mientras las fincas rurales están llenas de turcos agricultores que han aprendido como los criollos a pelar y cultivar la caña y trabajan los seis días de la semana: en las obras públicas y privadas hay cantidad de braceros turcos; hay carpinteros, albañiles, hay vendedores de pan que venden más barato que los criollos, que los españoles y que los italianos, y por último, para demostrar la injusticia del cargo que se les hace de que no se radican no hay más que oponer a las cifras del censo de 1912, que les da un capital

de pesos muy respetables, que no tardará en llegar en igualar al del comercio español o al italiano, arraigados hace mucho tiempo...”

Amín juraba que todo eso se sentía en las calles. Que no era sólo una reacción de las esferas más altas. Que era un sentimiento de toda la sociedad argentina. Pero había algo que para él resultaba incomprensible: el “turco” vendedor de baratijas no sólo era resistido por las autoridades que esperaban del inmigrante una actividad más productiva, sino que en las mismas publicaciones de la colectividad se descubre ese rechazo. En la voz de sus propios paisanos. *“El sirio vendedor ambulante de baratijas fue tan vulgar en los países del Plata como raro o desconocido en su propia tierra. Si persistió un tiempo y persiste aún es porque no se le ha encauzado en la forma necesaria en los ambientes agrícolas”*. Así opinaba y escribió en 1904 Alberto Schamun, director de la Guía Assalam, una de las veinte publicaciones editadas en árabe, que trató de convencer a sus paisanos pobres para que se emplearan en el campo, lejos de las grandes ciudades. Una explicación más realista de porqué los árabes se radicaron en las provincias más pobres, como Santiago del Estero, Catamarca o Tucumán.

El mismo Schamun consiguió que las autoridades de Migraciones lo dejaran subir a los barcos para inducir a sus paisanos al trabajo rural. Ahora sí, los que no eran recibidos por parientes en el puerto eran trasladados a las chacras. Sin embargo, la campaña “pro-agricultura” no funcionó, desacreditada por los intermediarios árabes, contratados en Europa para ocuparse de la travesía y el alojamiento de los inmigrantes de Medio Oriente.

Cuatro años después de la campaña pro-campo de los Assalam y de la dirección de Migraciones, se habían establecido más de 4 mil sirios en chacras de 25 a 100 hectáreas. Sin embargo, después de la Primera Guerra Mundial, ese número no se había modificado, ni mucho menos había desaparecido el objeto de la campaña: la erradicación del vendedor ambulante.

Selem y Said recorrieron todo ese camino. Apenas Amín les contó sobre la posibilidad de convertirse en vendedores ambulantes no lo dudaron: canasta en mano caminaron cientos de kilómetros y durante un par de años fueron aquel turco mercachifle que confundía la “b” con la “p” y que tanto incomodaba al porteño pretencioso e integrado. Y unos cuantos meses después también dejaron todo aquello para ser uno más de los miles de “turcos” que probaron suerte en las colonias agrícolas formadas en Mendoza, Córdoba y Santa Fe. En Mendoza pasaron varios años al sol preparando la tierra para la cosecha anual de frutas, en tiempos en que todo aquello recién comenzaba a funcionar. Pero nada de ello duraría demasiado. Al poco tiempo los dos hermanos sacaron cuentas, evaluaron ambiciones y tomaron una decisión que les cambiaría la vida por completo. Otra vez.

Unos meses antes habían escuchado la historia del “turco” Feres, un libanés que durante años también había trabajado en la tierra mendocina pero que había decidido seguirle los pasos a un tío radicado en la Patagonia que se dedicaba a vender mercaderías y menudencias a los pueblos más alejados. Los cuentos que llegaban no eran claros y muchos

sonaban exagerados: que se había llenado de plata, que había vuelto a su pueblo natal, que en realidad había desaparecido misteriosamente en uno de los viajes o que se lo habían comido unos indígenas caníbales en Río Negro. Nada de lo que llegaba a sus oídos era lo suficientemente claro como para tomar una decisión basados en eso. Pero igual la tomaron: una mañana fueron y le dijeron al encargado que esa era la última que trabajarían y esa misma tarde eligieron su próximo destino: General Roca.

La Línea Sur

Por esos años, Roca era una ciudad que todavía intentaba recuperarse de una inmensa inundación que había matado a miles de personas y dejado terribles secuelas en todos sus habitantes.

Los dos hermanos llegaron luego de un terrible viaje de varias semanas y a los pocos días fueron empleados en el Comercio de Ramos Generales de una familia árabe que se había instalado en la región hace ya un par de años. Los primeros días ordenaron el negocio, clasificaron la mercadería y esperaron en el patio que les den la paga del día.

Luego de tres días en esas condiciones, y sin muchas esperanzas de cambio, finalmente llegó la propuesta: se dedicarían a recorrer la Línea Sur rionegrina en los caballos del dueño del comercio cargados con mercadería a buen precio y mejor financiación. Gracias a la experiencia que en los últimos años habían acumulado y a un aceptable manejo del lenguaje la cosa no sería demasiado difícil. Y así resultó. De hecho, les fue tan bien que fue la primera vez que por fin sintieron que las cosas ya estaban mejor. Que había valido la pena.

Recorrían poblados chicos y distantes con ganas de comprar lo necesario y descubrir cosas nuevas. Viajaban montados a dos caballos con los que (no sólo ellos) trazaron la ruta que luego utilizaría el Estado para establecer las vías por las que circularían los trenes. Progresaban a paso firme y a medida que aumentaba su productividad, su empleador se mostraba cada vez más agradecido: mejor sueldo, mejor trato y abundantes promesas. Los hermanos habían probado suerte y lo habían conseguido. A miles de kilómetros de su país, donde todavía todos seguían hablando de América, ellos sentían que habían cumplido el sueño. Tenían casa, trabajo, alguien que los trataba como su familia y un horizonte que al fin empezaba a aclarar. Sin dudas todo lo que alguna vez soñaron conseguir. Aquello que los convertía por fin en inmigrantes prósperos y los alejaba de las carencias del principio.

Pero había algo que no los convencía del todo, que no cerraba y cada vez costaba más vivir con ello. Sabían que les faltaba una parte y para encontrarla sólo tenían que salir a

buscarla. Por ello, en el siguiente viaje, no actuaron como siempre. Cambiaron esa rutina que habían cumplido a rajatabla en los últimos tiempos y se quedaron más días, hablaron más con la gente, preguntaron más sobre las costumbres de la zona, midieron a los hombres y relojearon a las mujeres y empezaron a madurar la idea del último viaje: el definitivo.

Dos meses después esperaron a que su patrón terminara de comer y le contaron su plan. Un mes más tarde Said se instalaría en Sierra Colorada y Selem en Valcheta, a 200 kilómetros de allí y con un clima mucho más amistoso. ¿El plan? Con los ahorros que habían acumulado en los últimos meses les alcanzaba para seguir haciendo lo mismo que hasta entonces pero de ahora en más por cuenta propia. Y así fue.

Durante años vendieron todo lo que los pobladores más alejados de la Región Sur pudieron pagar. Se casaron, tuvieron hijos y armaron su pequeño y modesto capital. Todo ello a 150 kilómetros de distancia uno del otro. Siempre dijeron que se separaron porque cada uno consiguió trabajo en lugares distintos. Y porque mientras Said prefería la meseta árida y salvaje que rodea a Sierra Colorada, Selem se sentía más a gusto en el valle verde y amistoso que contiene a Valcheta. Esa fue la historia oficial y nunca nadie se animó a cuestionarla. Nunca.

La última foto que les tomaron juntos fue un par de meses antes de la muerte de Said. Se los ve contentos. Ese día se acordaron del pobre Feres y su perra suerte. ¿Se lo habrían comido los indios o se habría marchado con las ganancias más al sur del mundo? Las dos cosas eran posibles y a Said le encantaba contar esa historia con final incierto. Cada tanto me prometía que algún día averiguaría la verdad y me la contaría. Murió antes de poder hacerlo y estoy seguro de que eso no lo hizo feliz. Mi abuelo era un tipo que cumplía las promesas. Siempre.

Miguel

“Estoy atrapado entre la sombra de los que fueron
y la sombra de los que vendrán”.

Eise Osman

El “turco” Miguel puso dos condiciones y nunca paró de hablar. *“Te cuento lo que quieras pero no pongas mi apellido y nunca se lo muestres a nadie”*. Durante un par de segundos esperó una respuesta y luego se dio cuenta. Lo primero no tenía discusión. Lo segundo no tenía sentido. En pleno invierno, el pueblo en el que estamos ahora puede convertirse en el lugar menos amigable del mundo y precisamente ahora es pleno invierno. En la calle no hay nadie y apenas son las siete de la tarde.

A lo lejos, la meseta se abre generosa y uniforme. Por aquí todo es marrón y amarillo, monótono hasta el infinito. Y eso se repite en el color de las casas, bajas y modestas, en las plazas y jardines, abandonados desde siempre, y en la ropa de los vecinos, callados y desconfiados, acostumbrados al viento persistente y al frío impiadoso. Es que en este lugar, después de julio, las temperaturas pueden llegar a los 15 grados bajo cero y por aquí ya nadie se arriesga a ponerle el cuerpo a tanta provocación. El último que lo intentó fue el pobre de Bernardino (“el loco” para amigos y no tanto) y se convirtió en la anécdota más triste de los últimos tiempos. La que todos cuentan casi como si fuera una carta de presentación del pueblo. Miguel también.

Era de noche. Hacía frío, mucho frío y encima nevaba. Bernardino había llegado al pueblo hacía más de quince días y ahora estaba internado en la salita de primeros auxilios. El viaje de ida lo había hecho con su tío, sus dos primos y una abuela que apenas se acordaba de su nombre. Llegaron del campo en el que viven a más de una hora de viaje por caminos imposibles y venían por auxilio. En los últimos días Bernardino había desmejorado muchísimo y ninguno de sus familiares sabía cómo ayudarlo. Ese mismo día la enfermera (la única que hay en varios kilómetros a la redonda) les ofreció una solución: podían dejarlo bajo su cuidado en la salita y en unos días regresar a buscarlo. No lo encontrarían curado, pero por lo menos estaría más tranquilo, les dijo. La enfermera tenía 25 años, un cuerpo frágil como pocos y una de las miradas más transparentes con la que jamás se habían cruzado. Por todo eso le creyeron. Y allí quedó Bernardino.

Su enfermedad había empezado en un momento incierto entre la muerte de su madre y un terrible accidente con un hacha que le rebanó la mitad de la mano izquierda. Mucho para alguien tan chico, se convencieron todos. Y fue lo único que pensaron. Por entonces tenía 20 años. Ahora acababa de cumplir los 36. Primero les contó que vio a Dios. Después que charló con Dios. Y más tarde les confesó que era Dios. Fue ahí que se decidieron a pedir ayuda y la encontraron en

las pastillas que los médicos les daban gratis, en medio de una consulta apurada. Eran dos: una en la mañana y otra en la noche. Una verde y la otra roja. Nada más. Hasta que Bernardino empezó a sentirse cada vez peor. Había días en los que desaparecía y lo encontraban recién al cabo de un par de horas sentado en un cerro. Solo. Perdido. Había días en los que no comía nada y otros en los que comía como desesperado. Y había otros, los peores, en los que parecía una tromba. Y pegaba. Fuerte pegaba. Con el puño cerrado y la mirada perdida.

Ese día, cuando su familia se despidió de él y emprendió el camino de regreso al campo, Bernardino casi ni los miró. La salita es el único lugar del pueblo que recibe la señal de Direct TV y todos creyeron que ése sería su mejor entretenimiento. Y lo fue durante las dos semanas siguientes. Bernardino se despertaba temprano y apenas pestañeaba hasta bien entrada la noche. Horas y horas frente a un televisor en blanco y negro sobre el que ni siquiera tenía control. Y seguía tomando las pastillas. Una a la mañana y otra a la noche. Una verde y la otra roja. Siempre. Hasta que fue imposible dárselas.

Era un viernes cuando la noche llegó más oscura que nunca y en la salita no quedó nadie. Sólo él y la enfermera. La tormenta de nieve había despoblado las calles y antes de cenar empezaron los problemas. Bernardino lloró, gritó y ya no quiso estar calmado. La enfermera aún recuerda la escena como si hubiera pasado hace un rato: el “loco” tiró los platos que estaban en la mesada, pateó puertas, armarios y destruyó lo poco que encontró a su paso. Luego abrió la puerta y salió a la calle, corriendo y a los gritos. Desbocado. Desesperado. Fue la última vez que alguien lo vio con vida.

La policía lo encontró muerto por congelamiento después de cinco horas de búsqueda bajo una terrible tormenta de nieve. Estaba desnudo. Acostado en la loma de un cerro. Descansaba boca abajo con los brazos y las manos estiradas de par en par. *“Lo más increíble es que ni siquiera estaba arrolladito como en general suele estar la gente cuando muere así. Estaba como estirado, abierto de par en par. Me contaron que murió con una expresión de felicidad que nunca le habían visto. Todos los días me acuerdo de él. La verdad es que era un pibe buenísimo, de esos que ahora es muy difícil encontrar. Yo lo quería mucho porque era el nieto de mis puesteros, una familia que desde hace décadas trabaja con nosotros, que nos conocemos de toda la vida...Ojalá Dios lo tenga en su gloria”*, dice Miguel atravesado por el dolor. Tiene la cara desencajada y las manos transpiradas. El tipo está acostumbrado a no contar demasiado. Esconde. Retacea. Se defiende. Pero hay algo que esta vez no puede controlar. La tristeza se le cuelga por el entrecejo y lo revela débil, vulnerable, humano. Justo lo que parece detestar tanto. Son 15 segundos que pasan rápido y regresa la mirada segura, imperturbable.

Por eso esta vez tampoco lo dirá. Habrá que esperar unas cuantas horas, encontrarse con uno de esos vecinos que darían lo que no tienen por contar lo que saben y confirmarlo de una buena vez: Bernardino fue el hijo ilegítimo de Miguel. Y Miguel es el tipo que nunca se animó a decírselo en la cara ni firmarlo en los papeles. Y que ahora no puede aguantar la culpa.

La historia de Miguel se reconstruye de a poco y luego de escuchar dos versiones opuestas sobre el mismo hecho: la que cuenta él y la que no callan sus vecinos. Una situación bastante rara que sólo es posible en pueblos como éste, en donde no viven más de 600 personas, todas ellas convencidas de que siempre pueden opinar sobre la vida de los otros.

Un ejemplo:

-Dice Miguel: *“Mi padre llegó a esta zona y debió trabajar mucho, codo a codo con los indios que vivían por acá, para poder comprar los campos que hoy nos pertenecen”*.

-Dicen los vecinos: *“El padre de Miguel se cansó de estafar paisanos y después se adueñó de los campos que ahora tienen y en los que trabajan sólo algunos de sus hijos, porque habría que ponerse a contar la cantidad que tiene tirados por ahí, sin reconocer”*.

Los rasgos de Miguel se adivinan desde lejos. El tipo descende de árabes y ahí están su nariz grande, sus ojos marrones y saltones y sus cejas multitudinarias para probarlo. Será por eso que ostenta con orgullo un dudoso título auto-impuesto: *“Soy el turco más conocido en esta parte de la Línea Sur”*. Invita a pasar y se sienta en el lugar más cómodo de toda la casa. Estamos solos. Sus hijos hace años que no viven por aquí y su esposa pasa la mayor parte del tiempo visitándolos. La casa es grande, espaciosa y recargada. Ni en el living, ni en la cocina ni en el comedor hay una sola pared libre. Cargan con fotos de varios tamaños, cuadros, relojes de cualquier origen, adornos de dudosa calidad y espejos de todo tipo: cuadrados, redondos, con inscripciones y hasta con marcos dorados. Y ahí está Miguel. Sentado en su sillón favorito y creyéndose el centro de todo.

Es alto, grandote. Carga con casi dos metros que a veces parecen ser demasiados para él. Tiene los ojos grandes, saltones. Inquisidores. Y siempre mira con firmeza, como si de incomodar al otro se tratara. La mayoría de las veces lo logra.

Su vida fue planificada para copiar a la de todos los descendientes de árabes que se criaron en esta parte del mundo y sin embargo él se ocupó de que fuera distinta. Personal. Inolvidable. Hijo de uno de esos tantos árabes que descendieron de los barcos y se encontraron en el medio de la nada con más proyectos que certezas, Miguel descubrió a los 18 años que su padre ya había elegido por él. Debía ser comerciante y administrador de las anchas tierras que su familia había acumulado en los últimos años. Debía casarse con una heredera como él, que también había sido criada en los inquebrantables ritos y tradiciones de otra familia árabe y debía honrar todo aquello. Ese era el mandato.

El padre de Miguel se llamaba Hibrahim y a duras penas había cumplido con lo que él siempre llamó una existencia ordenada. La vida en la Línea Sur nunca fue fácil y mucho menos hace ochenta años. Siguiendo el llamado de un pariente que había abandonado el Líbano cuando todo aquello era muerte y desolación llegó a estas tierras para buscar su propio renacimiento. Y lo encontró. Fue peón en un campo, mercachifle y luego feliz propietario de un comercio de Ramos Generales que con el tiempo le daría suficientes ganancias como para empezar a acumular grandes extensiones de tierra. Fue amante esposo de una mujer llamada Saada y fue amante

furtivo de unas cuantas mujeres que le entregaron varios hijos sin pedir cariño ni reconocimiento a cambio. Fue padre autoritario con sus tres hijos varones y complaciente con sus dos hijas mujeres. Fue un vecino honesto y reconocido, aunque nunca invitó a su casa a nadie que no llevara su sangre. Y también fue uno de los que pelaron la discriminación y el rechazo de la cultura mayoritaria practicando una rara forma de convivencia. Los que prefirieron la asimilación a la integración. Convencidos de que era mejor ser parecido al resto antes que diferente.

Por ello nunca se olvidó de que alguna vez había elegido ser musulmán, pero practicaba su religión a escondidas. Sin revelársela a nadie. Con el Corán en una mano y una Biblia en la otra. Tapándolo.

Por ello, también, mantuvo esa vieja tradición familiar de elegir para sus hijos nombres que identificaron a sus antepasados, pero siempre se encargó de que todos ellos respondieran a otros, bien españoles. Uno a uno: Alberto Omar, Raúl Farid, Miguel Habrám, Gladys Yalile y Ana Soraide.

Por ello, poco a poco, se fue olvidando de su lengua materna y sólo la mantuvo en dos situaciones: cuando insultaba o cuando quería contarle algo a su esposa sin que se entere nadie más. El resto del tiempo hablaba un extraño español que, según estaba convencido, lo acercaba más a los vecinos, pero ahora nadie podría jurarlo. A simple vista, árabes. Mirando un poquito más de cerca, árabes tratando de parecer criollos. Olvidándose de todo y aprendiendo a ser otros: toda una costumbre que definió una época. Una tradición que calaría hondo en todo el país. De hecho, una de las teorías más divulgadas dentro de la comunidad árabe es la identificación "racial" con el criollo y la exaltación de características naturales similares, desde el uso del caballo, la organización tribal y la vida en tiendas hasta la piel cetrina.

El que habla es Eduardo Arize, uno de los libaneses que prestó su testimonio para el libro "El Harén":

"Cuando yo me iba de la casa de mi abuela, me decían 'Dios vaya contigo' y cuando llegaba 'Dios llega a la casa'. Ese era el saludo de siempre, no una cosa inventada. ¿Qué diferencia hay entre 'la bendición Tata' y el beduino que se arrodilla ante su padre? El amor por la guitarra, el caballo....El castellano que vino de América era el que comandaba la expedición, pero la expedición no era sólo el comandante castellano que estaba arriba del barco...y la tripulación, ¿quién la formaba? Setecientos años en un país no son dos días, como dicen los españoles: ¿quién puede negar que los españoles tienen sangre árabe en sus venas?"

En los discursos o en las poesías, que tanto gustan a los árabes, siempre está la comparación con el criollo o el gaucho, un beduino de las pampas, arrogante como aquél sobre su caballo, que viste poncho y bombacha. La comparación no se agota sólo en cotejar las músicas a un lado y otro del mundo, ambas cadenciosas para expresar lamentos antiguos, rasgados por dos

instrumentos emparentados, el laúd y la guitarra, el bombo y el derbake, sino que agrega rasgos morales como el coraje, la hospitalidad o el gusto por el juego. Una comparación atractiva, que por un lado los legitima ante los que insisten en verlos extraños o diferentes y, por otro, confirma ante ellos el rasgo más destacado de los árabes: la adaptabilidad.

“Nada le falta al árabe para ser considerado como argentino, nativo, una vez arraigado a la tierra se siente orgulloso de actuar como él (...) las generaciones de árabes son idénticas a los nativos; tienen el mismo color y el mismo tipo de hombre meridional; en nada desmerecen al nativo, ni en su capacidad ni en su físico. Entraron a las universidades y en la vida intelectual argentina y un árabe llegó a ser presidente. Más no se le puede pedir a una inmigración en cuanto a la adaptación”, asegura el divulgador de la teoría (cuestionada por la mayoría de los estudiosos de la inmigración árabe) Santiago Peralta, una figura polémica, asesor del Estado Mayor del Ejército que aconsejó a Juan Domingo Perón en la política migratoria. Una teoría en la que ya nadie se mete sin temor a salir herido. Desautorizado por completo y con justa razón. Como si finalmente hubieran aceptado que a igual geografía y actividad, los hombres y los pueblos dan respuestas semejantes, aunque jamás se hayan visto las caras.

En medio de todo eso Hibráhim crió a sus hijos. Algunas veces fue feliz y la mayor parte de los días extrañó lo que había abandonado demasiado pronto. Pero nunca se animó a decirlo. Tampoco necesitaba hacerlo. Cada vez que tomaba un Corán y no se separaba de él durante los próximos días, todos lo sabían: estaba llorando por dentro. Y extrañaba. Siempre extrañaba. Hoy Miguel lo recuerda de a ratos y casi nunca sonrío.

“Mi viejo era un tipo muy duro, que había sufrido demasiado y que siempre se preocupó por no perder lo poco que había conseguido. Hubo veces que llegué a pensar que el negocio era para él más importante que nosotros, su familia; después entendí que había inmigrantes que de tanto pelear se aferraron demasiado a las cosas que habían logrado, aunque sea nada, pero para ellos eran muy importantes, eran la prueba de que el viaje había valido la pena”.

Ya no se cuestiona por haber desafiado alguna vez a su padre. Se despidieron para siempre hace más de diez años. Y ninguno lloró.

La primera vez que Miguel tuvo la sensación de que podía cambiar su destino tenía 22 años y estaba parado enfrente a la mujer que luego sería su esposa y madre de sus cuatro hijos.

“Me acuerdo que era a la mañana, a la hora que llegaba el tren que hacía el trayecto Viedma-Bariloche. Me acuerdo que ella bajó del vagón y apenas cruzó la estación y caminó hacia el Hotel yo le dije a un amigo ‘esta mujer va a ser mía’. Yo estaba parado en un bar que queda enfrente a la estación y le ofrecí ayudarla con los bolsos, porque llegó y nadie había ido a esperarla y yo sabía que estaba sola. En ese momento estuve más seguro que nunca. A los pocos meses ya éramos novios”.

Marta tenía 21 años cuando pisó por primera vez la Línea Sur rionegrina. Había nacido en un pueblo sanjuanino llamado Caucete y allí se había recibido de Maestra Normal Nacional. Unos meses después de recibir el título, convenció a su hermana mayor, que también se ganaba la

vida enseñando en las escuelas, y decidieron probar suerte en el patio trasero del mundo. Sería sólo un par de años: tomarían distancia del ahogo de unos padres sobre protectores, ahorrarían unos pesos y luego volverían a su ciudad de origen, donde, después de todo, no la pasaban tan mal. Los sueldos que por esos años se pagaban en el sur del país eran tentadores y lo único que les importaba era poder darse algunos gustos. Esos con los que siempre habían soñado y que siempre les resultaron tan lejanos, tan inalcanzables. Ninguna de las dos sabía entonces que nunca abandonarían estas tierras.

Por esa época Miguel ya había discutido tanto con su familia que difícilmente podía sostener una conversación de diez minutos seguidos con ellos.

“Era todo muy difícil, yo sentía que nada de lo que ellos me ofrecían me gustaba y no podía dejar de sentirme un fracasado. Yo soy el menor de los varones y mis hermanos desde muy chicos ya trabajaban en el campo y en el negocio, cosas que yo por entonces detestaba. Y era una presión inaguantable...lo que tienen las familias árabes, o por lo menos la mía lo tenía, es una exigencia de productividad muy grande. Nadie puede perder el tiempo, nadie puede fallar. No te lo perdonan. Desde chicos nos inculcaron que debíamos ayudar, colaborar con la casa y yo no hacía nada de eso. Había terminado la escuela primaria y no quise hacer el secundario. Por esos años teníamos parientes en Buenos Aires y si quería haber seguido estudiando lo podía haber hecho, pero decidí quedarme. Cada tanto iba al campo y ayudaba unos días a los peones, pero cumplía y me venía otra vez al pueblo, otra vez a no hacer nada. Luego vino el servicio militar y estuve todo ese tiempo metido en la Marina, un tiempo perdido. Después volví al pueblo y me dediqué sólo a dormir, me peleaba con mi padre por eso y seguía sin hacer nada. Me la pasaba de joda.”

Pero a los pocos meses, Marta cambió todo. De a poco Miguel fue dejando atrás una vida que se consumía en noches en vela y empezó a ponerse serio. Y finalmente encontró una salida justamente en lo que siempre había rechazado. Decidió ser comerciante.

“Tenía que hacer algo. Al principio se lo conté a mi padre y la idea en verdad no lo entusiasmó demasiado. El hubiera preferido que yo trabaje en el negocio de él, pero con el tiempo lo fue aceptando. Así que largué todo y con unos ahorros compré la primera mercadería... Al principio daba lástima... tenía un par de latas de conservas y nada más, pero a fuerza de trabajo pude asentarme. Y también, debo reconocerlo, mi padre me ayudó mucho al principio. Me prestó una plata que yo le fui devolviendo de a poco y así pude progresar. En ese sentido me la hizo fácil, pero no en todo...”

Por esos años, a pocos metros de su casa, vivía la mujer que en los últimos años se había preparado para ser su esposa. Apenas regordeta, atractiva, acaudalada, hogareña, disciplinada y, sobre todo, hija de libaneses, la mujer conocía a fondo los entretelones de una tradición bastante extendida en esa región y en esa época: las familias árabes casaban a sus hijos entre sí. Los preparaban apenas entrados en la adolescencia y sellaban sus compromisos lo más rápido posible. Los investían de un profundo orgullo por ser originarios de una tierra que nunca

conocerían y los convencían de que nada era más importante que mantener las diferencias. Eran superiores, mejores y no debían mezclarse nunca.

“Esa era la idea. Podías casarte únicamente con mujeres de sangre árabe, y en lo posible ricas... Una paisana era sinónimo de rebajarse. Siempre recuerdo a una tía que tenía una frase que ahora es una anécdota familiar: ‘siempre hay que elegir igual o mejor, menos nunca’, decía. Y ‘menos’ era más pobre que uno...y siempre las más pobres eran paisanas. Una locura desde todo punto de vista. Porque además era muy contradictorio con el discurso que tenían. Para afuera se mostraban tolerantes y condenaban la discriminación... Decían que en el fondo los paisanos y los turcos eran dos razas con muchas similitudes, pero a las casas nunca los dejaban entrar, menos como esposas o esposos de sus hijos”.

Así se arreglaron matrimonios que sobrevivirían por décadas y que en casi todos los casos llegarían al final juntos pero que no lograron perpetuar esa tradición que los había hecho posibles. Serían sus propios hijos los que echarían por tierra una costumbre que ahora cuesta entender, pero que hace no mucho fue una regla que no aceptaba discusiones de ningún tipo. Excepto para Miguel.

Luego de dos años de un noviazgo sólido y clandestino, que nunca pudo compartir con su familia, un día se decidió a dar el siguiente paso.

“Era todo muy difícil. Mis padres estaban indignados por mi rechazo a la mujer que ellos habían elegido para mí y me habían prohibido que lleve a Marta a mi casa. Yo vivía con ellos pero era como si estuviera solo. Salía a la noche y no me preguntan a dónde iba, no la invitaban a ninguna fiesta y para mí era insoportable. Así que un día le propuse casamiento y al otro día junté a un par de amigos y nos fuimos al pueblo más cercano. Allí nos casamos sin presencia de ningún familiar, sólo con nuestras amistades y fue el día más feliz de mi vida. Pero, obviamente, nunca me lo perdonaron. Yo tampoco”.

Después de eso, todo fue más difícil.

“Cuando se enteraron se vino todo abajo. Fueron dos o tres años en los que apenas hablamos. Ya no hubo cumpleaños juntos, ni Navidades ni nada. Yo me refugié en mi nueva casa y casi ni salía. Tampoco ninguno de ellos venía a visitarme. Fue un período bastante difícil, pero yo siempre supe que no me había equivocado, estaba viviendo mi vida como había elegido yo, nada más”.

El primer acercamiento llegó recién cinco años después, cuando nació su primer hijo. Dos años más tarde, cuando llegó al mundo, su segundo hijo ya las cosas marchaban decididamente bien. Y luego, cuando el matrimonio completó la familia con otros dos niños, ya todo parecía un mal recuerdo familiar. Aún hoy lo sigue siendo.

“A veces me acuerdo de toda esa época y me viene una tristeza terrible. Tanto dolor, tanta amargura al pedo, pienso. Nunca pude entender cómo mis padres pudieron estar tanto tiempo alejados de mí por semejante estupidez...pero bueno, después todo mejoró y al fin de cuentas eso es lo que cuenta, ¿no? A mí me costó mucho superar eso...me sentía traicionado por

mi propia familia. Fueron Marta y los chicos, que siempre adoraron a sus abuelos y a sus tíos, los que me convencieron de que tenía que dejar el resentimiento atrás y seguir adelante. Si no me iba a hacer mal a mí”.

Por la ventana se cuele la noche y el gesto de Miguel lo dice todo. Ya es suficiente por hoy, la charla llegó a su fin. El repaso de su vida fue corto y sincero pero también inconcluso. Luego de pensarlo unos segundos acepta la propuesta: mañana me espera para desayunar juntos y hablaremos por última vez de su historia. Estira la mano, aprieta la mía con fuerza y se despide. *“Será hasta mañana entonces. Lo invitaría a cenar pero estoy solo así que pienso acostarme temprano. Que descanse...lo espero mañana, temprano, y tomamos unos mates”.* Luego, señala la puerta. La cierra con fuerza y se queda en silencio. Algo me dice que a solas repasará otra vez la historia que acaba de recordar. Y también la que no quiso contarme.

Son las ocho de la noche y en la calle sólo estamos yo, un perro con el mismo grado de soledad y un patrullero que insiste en vigilar sólo esta calle que ahora elegí para encontrar un lugar donde comer. A unos cuantos metros hay una luz que parece iluminar un bar con pretensiones de restaurante y allí terminará mi recorrido. El primer vistazo arroja rejunte de mesas de plástico, sillas de plástico, manteles de plástico, posters de Boca, de caballos y, bien grande y en el lugar más vistoso del lugar, la infaltable imagen de Maradona. Flaco, sonriente, triunfante. A años luz de esa decadencia y posterior resurrección que tiempo después lo transformaría otra vez en la historia favorita de la sobremesa argentina. También hay dos tipos que miran y no saludan. Yo tampoco. Elijo la primera mesa que se atraviesa en mi errático caminar y espero. El mozo, que también es dueño, cocinero, cantinero y vaya a saber cuántas cosas más, se acerca y explica el menú. *“Por hoy sólo tenemos milanesas con puré, pero si usted me da un poco de tiempo mi esposa le puede preparar lo que quiera”.* Veinte minutos después regresa con el abundante plato de comida y suelta las preguntas de a una. *“¿De dónde es? ¿Qué anda haciendo por acá? ¿Una investigación para la Facultad? ¿Y a quién entrevistó? Ah...Miguel, sí, yo lo conozco desde chico. ¿Y pudo sacarle alguna palabra? ¿Le contó todo?”*

Lo único que resta es invitarlo a sentarse, prender otra vez el grabador y escuchar. El tipo no medita las palabras. Quiere hablar. Contar lo que sabe y también lo que supone. Y yo lo dejo.

“A Miguel le cagaron la vida los padres, ¿sabe? Eran buenísimos, solidarios, atentos, respetuosos, gente que siempre trabajó por el progreso del pueblo, pero que con el muchacho se equivocaron feo. Si ellos no le hubieron prohibido quedarse con esa chica de la que se había enamorado, hoy otro sería el cuento. A veces lo miro y parece un muerto en vida. Pero bueno, tampoco él se jugó demasiado. Su historia es la de muchos turcos por aquí”.

El mozo es alto, corpulento, verborrágico, moreno y, ahora lo noto, con un extraño parecido a Evo Morales. A unos cuantos pasos los hombres hablan y cada vez lo hacen con menos interés. Podría jurar que la misma conversación los unió anoche, y antes de anoche, y antes de anteanoche. Evo los mira y ya no les presta atención. Ahora lo único que le importa es

Miguel. Como si las palabras le quemaran las va soltando apresurado, desordenado, inquieto. Y el grabador sigue prendido.

“Cuando él todavía era un pibe andaba de acá para allá sin rumbo fijo. Era el único de los hermanos que no hacía nada, pero nada de nada. Sólo se lo veía en los bares y en cuanto joda había por la zona. Cada tanto se iba al campo y se quedaba allá un tiempo... Se ve que era la única forma que habían encontrado los padres para que hiciera algo, aunque estaba unos días y después volvía al pueblo, que era lo que más le tiraba. Y también tomaba mucho. En esa época ya trabajaba en el campo un matrimonio que antes vivía más abajo pero consiguieron ese trabajo y se quedaron allí para siempre. Eran los puesteros. Una parejita con sus tres hijos, dos varones y una chica, que en esa época tenía la misma edad que Miguel. Marisa se llamaba. Y parece que en uno de esos viajes que Miguel hacía obligado la fue conociendo y se fue enamorando. Algunos ahora dicen que no, pero yo me acuerdo bien... El muchacho estaba enamorado, se le notaba. Hasta había dejado el alcohol y todo eso...y mire que en esa época él tomaba mucho. Pero nadie lo sabía...todos comentaban, pero nadie sabía nada y menos los padres de la chica. Si no, nunca lo hubieran permitido... ¿los turcos? menos que menos... Bueno, el asunto es que se ve que al tiempo de que ellos estaban saliendo así, a escondidas, alguien los descubrió. Fue ahí que se enteraron los padres de Miguel y se armó un quilombo de la puta madre. Imagínese, el hijo del patrón con la hija de los puesteros... No es que era la primera vez que pasaba, pero esa vez se armó un escándalo impresionante. De hecho en el pueblo se comenta que el padre de Miguel tiene varios hijos tirados por ahí, sin reconocer. Pero eso ellos no lo dicen y menos ahora que el padre murió. Me acuerdo que cuando saltó lo de Miguel y la Marisa, el pueblo se alborotó... Hasta los vecinos se metían y opinaban. Fue entonces cuando los padres del muchacho decidieron echar a los puesteros, así de un día para el otro, los iban a dejar en la calle. ¿Se imagina lo que iba a hacer esa pobre gente? Pero se ve que después se arrepintieron, supongo que porque se los pidió el propio Miguel, y les exigieron que manden a la chica a la casa de unos parientes en Viedma para que ya no se vea más con el turquito. Y lo lograron. Una semana después, la chica ya no estaba más y Miguel nunca supo dónde había ido a parar, mucho menos que se había ido embarazada... Por lo menos eso es lo que él siempre dice. Al año siguiente Miguel tuvo que hacer el servicio militar obligatorio y se ve que allá logró olvidarse de esa chica, pero para mí siempre estuvo enamorado de ella. Lo que pasa es que su familia nunca lo hubiera dejado. Ellos querían para él a una chica de su sangre...pero a veces el diablo mete la cola, ¿vivo?”.

Ahora los tipos de la barra están haciendo señas. Piden más vino y naipes. Parece que no sólo para mí la noche va a ser más larga de lo esperado. Evo me mira y maldice por lo bajo: *“Ahora éstos no se van más”*, dice y va a atenderlos.

Desde la ventana de este refugio con comida recalentada y hombres que no tienen quién los reclame temprano apenas puedo reconocer desdibujada, allá, al fondo, bien al fondo, la casa en la que Miguel hace un rato me contó parte de su historia. Hay una luz que sigue prendida. Todavía. Y entonces vuelve Evo. *“No terminó la comida todavía...venga que le sigo contando.*

¿Dónde estábamos?”. Algo me dice que nunca aceptaría un ‘no’ por respuesta. Yo tampoco pienso ofrecérselo.

“Ni nosotros sabíamos muy bien adónde habían mandado a la Marisa a vivir. Fue un secreto muy bien guardado por todos... Encima este pueblo es tan chico que nunca llega nadie, así que tampoco lo íbamos a saber tan fácilmente. Nos enteramos bien recién como quince años después, cuando supimos que estaba muy enferma. A la pobrecita la atacó un cáncer fulminante que la mató en tres meses. Por ese entonces Miguel ya se había casado con la señora Marta y tenía cuatro hijos. Ya tenía la vida armada. Dicen que cuando se enteró de la muerte de la Marisa quedó muy mal durante un tiempo y mucho más cuando se enteró de que ella se había ido embarazada. Eso tampoco lo sabía nadie. Al tiempo vino a vivir al campo el hijo de ella, un muchacho muy gauchito que no conocía nada de esto. Lo que pasa es que allá se quedó solo y los abuelos no tuvieron otra que traérselo para acá. Pobre, se ve que todo fue muy difícil para él. Imagínese...que se le muera la madre y después sacarlo de su querencia...La intención era que termine el secundario acá, en el pueblo vecino donde hay un albergue para chicos, y después que se vaya a estudiar a la ciudad... ¡Pobrecito! Dicen que Miguel lo conoció y que se habían hecho muy compinches...pero sólo les duró un par de años. Al tiempo, el muchacho se empezó a descomponer y poco a poco fue perdiendo la razón. Nadie sabe qué le pasó...parece que le hubieran hecho un gualicho. Ya después estaba completamente perdido...hasta le decían “el loco”. Hablaba solo, decía que tenía poderes, que era Dios. Un montón de años estuvo así, como quince, sin que nadie pudiera curarlo. Y mire que probaron con todo. Curanderos, médicos, curas... pero nada. Murió una noche que se escapó de la salita del pueblo en medio de una tormenta de nieve. Se congeló en el campo. Pobre Bernardino, parecía un buen pibe. Eso fue el año pasado y dicen que desde entonces el pobre Miguel está más triste que nunca... Yo lo veo poco, si ya casi no sale de su casa. Encima se la pasa más solo que la mierda, si la mujer está siempre en la ciudad, con los hijos. Triste, ¿no?”

El mozo espera una respuesta y la que le doy parece no convencerlo del todo.

- *“Bueno...se hizo tarde, ¿no? Muchas gracias por su tiempo, la verdad es que lo que me contó me va a servir mucho para mi trabajo, pero no tengo demasiado tiempo. La cuenta, por favor”.*

Pago y me voy. Apenas me despido de Evo y los dos tipos de la barra ni siquiera se dan vuelta. Pareciera que para ellos el tiempo no pasara y el mundo no existiera. Y hasta parece no importarles.

A dos cuadras queda mi Hotel y la dueña me pidió que no llegara demasiado tarde. Si no se tiene que levantar a abrirme la puerta, me explicó varias veces y en diferentes tonos. En verdad se trata de una antigua y descascarada casa de familia que desde hace años cada vez es habitada por menos gente y que ahora se transformó en el único hospedaje del pueblo. En el camino paso frente a la vivienda de Miguel y no puedo dejar de mirar. La luz sigue prendida. Es la única en toda la cuadra.

Siete horas después nadie atiende en su casa. ¿Se habrá quedado dormido? Imposible. ¿Habrá salido? Es probable. ¿Se habrá arrepentido? Es lo más seguro. Espero media hora sentado en una vereda que conoció tiempos mejores y abandono la guardia cuando aparece el mismo patrullero que la noche anterior dio 20 mil vueltas en círculo. Aún queda medio día para que pase el único colectivo que conecta este paraje con el mundo y no me queda otra que repetir el trayecto de hace unas horas. El bar. La mesa de plástico. El póster de Maradona. Evo. La historia de Miguel repasada una vez más por el biógrafo menos pensado.

“La verdad hoy me levanté temprano como siempre y no noté movimientos en la casa de Miguel. El en general se levanta temprano, pero cuando está solo no se lo ve mucho que digamos. Capaz que tuvo que salir y vuelve en un rato. En esa casa sólo hay movimiento cuando están los pibes, que vienen a pasar las fiestas o para algún cumpleaños. Todos viven en la ciudad hace tiempo y no vienen muy seguido por acá. Uno es médico, el otro profesor y los más chicos siguen estudiando...les salieron bien responsables los pibes. Son chicos muy educados, muy atentos, que siempre saludan y nunca se olvidaron de su pueblo. Y el mayor se está por casar ahora... ése es un chico bárbaro. La novia también... son los dos de por acá. Se conocen desde chicos... es más, los padres de ellos fueron novios cuando eran chicos. La mamá de ella y Miguel. Incluso dicen algunos que se iban a casar, pero eso fue hasta que él conoció a la señora Marta. ¿Vio lo que son las vueltas de la vida? Lo que no hicieron los padres, ahora lo hacen los hijos. Les va a ir bien, son buena gente”.

El colectivo llegará dentro de exactamente 135 minutos, que ahora son 134, que ahora son 133, que ahora son 132, que ahora son....Y es lo único que me importa. Ya es tiempo de guardar el grabador.

Extraño destino el de Miguel, pienso. Una imposición familiar, la necesidad de esquivar ese mandato. Y el irremediable azar poniéndole una y otra vez las mismas cartas sobre la mesa.

Recién dentro de una semana podré escuchar su voz otra vez. Pero esta vez será por teléfono. Yo desde Roca y él desde su casa.

“Perdóneme, pero esa noche, cinco minutos después de que usted se fuera, vinieron a avisarme que había habido problemas con una manada de ovejas y tuve que salir rajando para el campo. Ni siquiera tuve tiempo para avisarle. Espero que lo poco que le conté le sirva para su investigación y le pido perdón otra vez...pero el trabajo es el trabajo. Ya me ve, al final tuve que hacerme cargo de los campos que dejó mi padre, mis hermanos viven en la ciudad y el otro está muy enfermo, así que no me quedó otra...lo que yo siempre había detestado, pero bueno, tampoco puedo dejar que todo esto se venga abajo. Es el capital de la familia y hay que cuidarlo. Así que acá me tiene....hablando de ovejas, esquilas y pariciones. Parece que a veces uno no puede zafar del mandato de los padres, por algo será ¿qué se le va a hacer? Hasta pronto. Que le vaya bien”.

A decenas de kilómetros de allí, su voz suena igual de serena pero mucho más apagada que aquel día en él que me contó su historia. Cuelga. Vuelve a su vida. Desaparece.

Extraño destino el de Miguel, sigo pensando.

Javier

Los secretos se revelan fácilmente a quien sabe levantar el velo ligero. Aquel que no sabe cómo está hecho el nudo no podrá deshacerlo; aquel que sabe podrá tejer con los nudos grandes redes”.

Averroes
(filósofo árabe andaluz del siglo XII)

“Te imaginarás que no fue nada sencillo. Yo crecí árabe en un pueblo rodeado de mapuches y me asumí gay rodeado de una familia de árabes. Así que cuando alguien habla de minorías, sé de qué se trata. A mí me tocó siempre estar del otro lado”.

Javier suelta la frase y la corona con una carcajada exagerada. Estudiada. Como si en los últimos años hubiera repetido esas mismas palabras una y mil veces. Tantas que hasta parece capaz de predecir la respuesta. La mía es la más común de todas las que enfrentó hasta ahora: una sonrisa bastante incómoda.

El tipo cuenta que la pasó mal. Verdaderamente mal. Durante más de la mitad de su vida vivió creyéndose un patito feo, atormentado por el rechazo social y ahora parece disfrutar de su redención. La mayor parte del tiempo puede sonar terriblemente irónico y levemente resentido, pero él jura que no, que todo eso ya quedó atrás, muy atrás.

Ahora está acá, a los 32 años, superado, divino, purísimo, riéndose del pasado que le tocó en suerte y jurando que ya nada de eso le importa. Y, sinceramente, no hay razón para no creerle.

Su apariencia parece calcada lo más fielmente posible del “Manual del Perfecto Metrosexual”. El cabello cuidadosamente despeinado y disciplinado con medio kilo de gel. Una camisa carísima que otro hubiera estrenado de noche pero que a él le queda perfecta a las dos de la tarde. La piel cuidada, el cuello perfumado y el andar arrogante. Zapatos a tono y un vaquero negro más a tono aún. Moderno. Urbano. Integrado. Justo lo que siempre soñó.

Podría estar perfectamente sentado en un bar de “Palermo Hollywood” o en la esquina más “gay friendly” de Nueva York, pero no. Estamos en Roca y el tipo que decoró este lugar parece no haber podido escapar de la típica modestia provinciana. Un par de mesas peladas, unos cuadros de Dalí que hasta ayer estaban colgados en el “Todo por dos pesos” de la esquina, dos parejitas que se divierten a los gritos y no mucho más. Hasta el menos observador se daría cuenta de que Javier desentona en el lugar. Javier también, por eso se aburre. “¿Vamos a mi casa? Charlamos más tranquilos y de paso te muestro un par de fotos de cuando era chico y que hace poco rescaté de un baúl en la casa de mi vieja”. Sin esperar respuesta enfila hacia la puerta y gana la calle. Se apodera de la calle. Y camina como si desfilara. Y no mira a nadie. Y habla todo el tiempo. Y se ríe. Siempre se ríe.

Las fotos son cuatro y resumen cuatro momentos de su vida. Javier a los cinco años vestido de príncipe árabe en un acto del jardín de infantes, con una sonrisa que le tapa el resto de la cara. Javier a los 12, con un Nuevo Testamento en la mano y serio como si hubiera presenciado un milagro. Inexpresivo, ceremonioso. Javier a los 17, abrazando a cinco de sus mejores amigas en un viaje de egresados a Bariloche,

bastante incómodo Y, finalmente, Javier a los 28 años, sonriendo junto a los sus padres y dos hermanos el día que recibió el título de Abogado que hoy le permite vivir a cuerpo de rey.

“A veces las miro y me cago de risa. Pensar que hay muchas fotos que yo mismo destruí porque no me gustaba lo que veía cuando las miraba, me sentía diferente, raro, horrible...Ahora ya está... Si volviera a nacer, no cambiaría nada de lo que me pasó, nada de nada. Y mirá que algunas cosas fueron feas, sobre todo cuando era más chico, a los 10 u once años, cosas muy crueles, cosas que me gritaban, que me decían, y que a veces ni sabía qué significaban. Pero gracias a todo eso que me pasó hoy puedo ser el tipo que ahora soy...y eso está buenísimo. Yo lo vivo como un triunfo, porque de chico sentía que todo iba a ser una cagada...y ya ves que no”.

Se para, pone música y prepara café. Las fotos quedan desparramadas sobre la mesa y las miro otra vez. Una por una. Tratando de adivinar en qué momento Javier se convirtió en Javier. Cuándo fue que empezó todo.

El principito

A los cinco años, el tipo que ahora está parado a unos pocos metros lidiando con una cafetera recién estrenada, apenas desbordada inocencia y aspecto “clase mediero”. Es el primer hijo de un matrimonio de profesionales que nunca admitieron más ambiciones que casarse, ahorrar para el futuro, tener hijos y criarlos de la mejor manera posible. Y la mejor manera que encontraron fue estar con ellos tres todo el tiempo, cuidarlos, protegerlos y consentirlos.

“En serio, creo que en algún punto todo fue muy perfecto, demasiado. El recuerdo que tengo de mi vida en familia es el mejor. Mis padres son grandes personas y no puedo echarles en cara nada. Hicieron todo lo que sabían, todo lo que podían...y también mucho más. A veces pienso en todo aquello y no me siento capaz de hacer lo mismo que ellos hicieron, tienen una capacidad de amar y de dar que es increíble”.

Omar y Layla -así se llaman los padres-héroes que ahora Javier describe con orgullo- se criaron a tres casas de distancia y ya a los 17 años sabían que querían pasar la vida juntos. Un año después abandonaron Valcheta y en Buenos Aires se recibieron de maestros. Luego volvieron a su pueblo natal, empezaron a trabajar en la misma escuela que aún recorren a diario y al tiempo se casaron. Hubo fiesta, grandes regalos y buenos deseos. Más tarde fueron padres tres veces y nunca se separaron por más de un par de horas. Fabricaron su propio mundo y vivieron según las reglas que ellos mismos fijaron. Construyeron un universo autosuficiente que no necesitaba para nada del resto y así lo hicieron notar. De entrada.

“Era raro porque, si bien mis abuelos y tíos estaban presentes todo el tiempo, nosotros sabíamos que en realidad la familia éramos nosotros cinco, sólo nosotros. Digo que era raro porque en general las familias árabes son de estar todo el tiempo juntas, metidos unos en la vida de los otros, pero no era nuestro caso. Después me di cuenta cómo eran las cosas y recién ahí entendí un poco más. Mis abuelos paternos, como buenos turcos, son dueños de campos e incluso tienen comercios de ramos generales en el pueblo. Cuando yo era chico tenían más plata que ahora, pero siempre les fue bien. No sé bien porqué, sólo sé que mi padre decidió nunca recibir un peso de todo aquello. Estudió y con su trabajo y el de mi mamá nos mantuvo toda la vida...y eso que pasamos épocas duras, cuando a los estatales no les pagaban, cuando les pagaban a medias o con bonos y tantas situaciones por el estilo. Pero nunca dieron el brazo a torcer, nunca. Cobraban, pagaban los gastos y con el resto vivíamos. Nunca nos faltó nada. Sin dudas la vida hubiese sido un tanto más acomodada con la ayuda del abuelo, pero no. Nunca aceptaron nada.”.

Son pocas las veces que Javier se pone serio y ésta es una de ellas. Hay un gesto que lo delata: la imposibilidad de mantener la vista fija en algo. Mira al techo. Al suelo. Mis zapatos, los suyos, y así por varios minutos. Y cuando habla parece que sus palabras terminaran justo en el piso. Y le cuesta, se nota que le cuesta.

“En verdad ellos nunca me lo confesaron en estos términos, pero siempre estuvo flotando en el ambiente. Yo me daba cuenta de que a él no lo enorgullecía ser hijo de árabes. Al contrario siempre notaba que era algo que lo avergonzaba. Si salíamos nunca hacía referencia al tema...más allá de que tenía una cara que lo mandaba al frente enseguida...y encima mis abuelos era como que seguían muy pegados a las tradiciones con las que se habían criado en el Líbano...la forma de vestirse, de celebrar, hasta la comida era siempre con alguna receta árabe. Y él odiaba eso, se le notaba. Lo peor es que en Valcheta hay muchos árabes y yo veía que otros hijos de inmigrantes seguían con las tradiciones de sus padres como si nada, pero con mi padre no había caso. Hasta recuerdo que le daba una bronca bárbara que mi abuela no hubiera aprendido a hablar nunca bien el español. Ella, por ejemplo, decía ‘zanagoria’ en vez de zanahoria y cosas así... ¡Pobre! No le salía. Pero mi viejo era como que no se lo perdonaba... Hubiera dado todo por ser hijo de cualquier otra persona menos de árabes...o por lo menos de esos árabes”.

Nadie podría jurar si esta vez el recuerdo es doloroso o simplemente anecdótico. En cualquier caso, alcanza para conocer un poco más a su familia y a tantas otras que aprendieron a silenciar sus mundos. La diferencia es que ahora no se trataba de inmigrantes escondiendo sus costumbres en busca de aceptación: ahora eran sus propios hijos. Los que no entendieron porque nunca recibieron explicaciones. Los que se cansaron de las “miraditas” de los vecinos y de las burlas de los compañeros de escuela. Los que no soportaron la diferencia porque fueron criados cargando con la vergüenza de no ser como el resto. Los que sin querer prolongaron la discriminación y despreciaron el orgullo étnico de linajes bíblicos que tanto exaltaban sus padres. ¿Para qué servían todos esos siglos de esplendor cultural si después salían a la calle y se sentían despreciados como “turcos”?

Tuvieron que pasar muchos años, dos generaciones, para entender que sus historias no eran únicas. Los que llegaron, los inmigrantes, callaron. Por orgullo o por necesidad, ocultaron el dolor del desarraigo. Un silencio que padecieron los hijos, atrapados entre esas tierras lejanas, desconocidas, que los padres recordaban todo el tiempo, y la vida construida en la Argentina. Parámetros odiosos que tironearon a los que aquí nacieron. Un sufrimiento que sus hijos ya no vivirían. Ellos, entonces, contarían la historia.

Y Javier es uno de ellos.

“Mi abuelo se ponía debajo de un árbol, leía o cantaba el Corán, mirando al poniente. Él se había hecho un ranchito en la parte alejada del terreno. Una vez al año se retiraba, permanecía allí sin comer. Cuando regresaba, nosotros decíamos: ‘Ya bajó’. Pero no preguntábamos sobre el significado de su retiro. Tampoco entendíamos de chicos por qué nos hacía lavarle los pies o las manos. Entonces no sabíamos que cumplía con una de las cinco oraciones que el Islam pide a sus creyentes. Menos aún sobre la pureza exigida antes de rezar y el Ramadán, el ayuno de los musulmanes. Una vez al año, durante un mes, no pueden comer, ni amar, entre las horas que van desde el amanecer hasta la puesta del sol. Y eso era lo que más lo alejaba a mi papá de mi abuelo...supongo que no se bancaba todo eso, no entendía cómo mi abuelo no se podía olvidar de una vez por todas de todo aquello y vivir como un vecino más, si estaba en Argentina, si ya no volvería a vivir en su tierra. Yo ahora entiendo que mi abuelo conservó sus ritos y tradiciones y me queda el recuerdo de su devoción, aunque en ese momento no le encontraba demasiada explicación. Mi papá, en cambio, sólo recuerda, creo, que todo aquello lo transformaba en un tipo raro ante el pueblo, con costumbres

raras...y a él en el hijo de eso, en otro bicho raro. Eso era lo que detestaba tanto. Eso y los comentarios sobre el origen no muy claro de la fortuna familiar. Ahora, en verdad, si me preguntás, no sé qué cosa le molestaba más...”.

En total, el abuelo de Javier ocupa más de 25 mil hectáreas de campo en la zona cercana a Valcheta. Allí pastorean miles de ovejas y unas cuantas vacas que año a año engrosan una cuenta bancaria que no sabe si algún día podrá disfrutar. Sólo sabe que el que tiene la última palabra es su padre y hasta ahora nunca habló del tema con él. Nunca averiguó cómo fueron adquiridas esas tierras, cuándo, a quién, ni por cuánto. De hecho, los únicos que comentan y responden esas preguntas son los pobladores de la zona. Y de ellos sólo escuchó a lo largo de los años comentarios cargados de desconfianza e ironía. Burlas. Insultos. Por eso nunca más volvió al pueblo. Y jura que no tiene pensado hacerlo.

El departamento que habita en Roca es moderno, grande y en un primer vistazo hasta podría parecer pretencioso. ¿Qué función cumple en aquella esquina una pequeña mesa del roble más antiguo y caro si sólo sostiene un par de cds y unas velas aromatizantes? Javier no lo explica y yo nunca me animaría a preguntárselo. Hay una biblioteca con un par de libros, demasiados ejemplares de Rolling Stones y más música que va desde la colección completa de Madonna hasta la versión remixada de todos los hits de ¡los Miranda!. Y también hay electrodomésticos, muchos de esos aparatos que hoy sólo sirven para ostentar lujo y progreso. Un 29 pulgadas. Un equipo de diez mil inútiles wats. DVD, reproductor de MP3, Home Theatre y la lista sigue. Todo junto, todo mezclado. El mundo material de Javier se define por el consumo, la obsesión “high tech” y una extraña necesidad de que todo ello se note. A simple vista, nada que nadie no haya visto en otro lado.

Por eso, en medio de tanto adelanto tecnológico, llaman tanto la atención esas cuatro fotos desparramadas en esa mesita. Si hasta parecen un respiro en medio de tanto objeto y satisfacción comprada por catálogo. El que las toma ahora es Javier y no puede evitar el recuerdo. *“Pero fijate cómo son las cosas...mirá esta foto”*, dice y muestra ésa en la que apenas se reconoce a un niño atrapado en un traje recargado con telas caras y coronado con un pañuelo en la cabeza. Como si fuera la versión en miniatura y caricaturizada de un acaudalado jeque árabe.

“Siempre me pregunté por qué, si tanto rechazo le causaba el origen árabe y todas esas tradiciones que mis abuelos mantenían pese al paso de los años, dejó que me vistieran en frente de todos como un principito árabe. Nunca lo entendí pero seguro hay una razón que va más allá del simple pedido de una maestra jardinera. Fue para un 12 de octubre, uno de esos típicos actos escolares en los que las maestras piden a los padres que vistan a sus hijos con ropas que remitan al origen de sus abuelos, supongo que para seguir perpetuando eso concepto del crisol de razas... En realidad no sé bien por qué. El asunto es que mis padres cumplieron y por un momento parece que se olvidaron de todo lo otro. No sé por qué... ¿Sería que en el fondo pensaban que igual era mejor ser hijo de árabes que de mapuches o criollos? No sé. De todos modos, ésa es la única imagen que tengo con algo que me recuerda mi origen, a mis abuelos árabes. Y siempre que la veo recuerdo lo mismo: a mi viejo tratando de esforzarse para que nadie note que era lo que era: un hijo de árabes avergonzado de su origen”.

Ahora Javier se hunde en el sillón y baja la vista. Un buen director de cine, sin dudas, aprovecharía al máximo este festival de gestos y miradas en el que puede transformarse sin que nadie se lo pida. A mí me alcanza con escucharlo, pese a que muchas veces me encantaría que se quede sin voz (aunque sea por un par de segundos). Desde allí abajo sigue concentrado en el piso y repite la pose. Una sonrisa estudiada. Los gestos de un actor profesional. Y la frase más irónica que se le ocurre.

“Pobre papá, con ese padre y este hijo. Si hasta parece condenado a vivir con vergüenza ajena”.

Cordero de Dios

“A la escena te la podría resumir como si hubiera ocurrido ayer. En verdad, pasaron más de 20 años y yo la sigo recordando con todos los detalles, aunque hoy por hoy con menos dramatismo. Ese día yo iba a tomar la comunión, y ese momento, que en todas las familias implica cierto estrés y muchos preparativos por parte de todos, en mi caso fue más aún. Mi padre se hizo católico de grande, porque como mi abuelo era musulmán, de chico no los había bautizado ni nada de eso. Así que cuando pudo se bautizó y tomó la comunión. Yo todavía no había nacido, pero una vez me contó mi vieja que cuando les confesó lo que iba a hacer se armó un quilombo de la puta madre. Luego lo perdonó. En el caso de mi madre era distinto, porque sus padres ya eran católicos antes de venir a la Argentina, así que la ceremonia no implicaba una novedad. Pero con mi abuelo paterno era distinto. Recuerdo que ese día discutí con mi papá a la mañana y se fue del pueblo. Recién lo volvimos a ver a la noche, cuando todo había terminado. Así que mi viejo se re amargó y en medio de ese clima nos fuimos para la iglesia. Yo estaba muy emocionado con todo, no sé si porque iba a estrenar ropa o porque estaban todos mis compañeros, no sé bien... El asunto es que llegamos y, pese a todo, se vivía un clima de fiesta en la familia. Pero antes de entrar, un tipo que estaba parado cerca de la entrada nos grita ‘así que estos turcos comegente también vienen a la iglesia ahora’. Unos hombres se rieron y yo recuerdo que no entendí nada. ¿Cómo ‘comegente’? ¿Qué quería decir eso? Yo seguí como si nada, pero recuerdo que en un momento lo miré a mi viejo y le vi la cara. Estaba desenchajado. Avergonzado, totalmente humillado. Ese tipo acababa de cagarnos el día”.

Luego de esa complicada entrada en el mundo católico, la palabra se repitió incesantemente. A la salida del colegio, en la clase de educación física, en la entrada del boliche, en la calle. Aunque también había días en los que Dios o alguien con el mismo poder de convencimiento decretaba una tregua. Y entonces Javier podía caminar por la calle sin escuchar de cerca las murmuraciones.

“Podían ser dos o tres días en los que mágicamente parecía que todos se habían olvidado de los campos de mis abuelos, de la plata que amasaban, del origen de mi apellido. Me acuerdo que yo los disfrutaba como nunca...me sentía uno más. Igual al resto, y eso estaba buenísimo”.

Pero como siempre ocurre, porque las treguas en algún momento se acaban, luego todo volvía a la normalidad. Y empezaba otra vez la rutina, aunque a veces admitía variantes. El ‘turco comegente’ podía transformarse en ‘turco sinvergüenza’, ‘turco estafador’, ‘ladrón de tierras’ o ‘caga paisanos’. El catálogo de insultos, con una extraña lógica, se iba renovando y ofreciendo novedades con el correr de los años.

Y en verdad, así la integración era complicada. Cómo podés integrarte cuando más de la mitad de la gente te rechaza. Así que el desafío fue crecer con eso... De todos modos, supongo que habrá sido más complicado para mi viejo que para nosotros. De última era el padre suyo, no el mío”.

A los 12 años, Javier capeaba el rechazo de una manera ejemplar. Con el correr de los años se había convertido en un hijo respetuoso y responsable. Buen alumno y mejor compañero. Y, sobre todo, tímido. Extremadamente tímido.

“Supongo que fue una reacción a todo eso que venía del otro lado. Yo no hablaba mucho con nadie. En la escuela no jugaba con los varones en el recreo y me daba vergüenza juntarme con mujeres, así que me la pasaba casi todo el tiempo solo. Mis padres trabajaban casi todo el día así que estaba mucho

tiempo con la niñera, que sólo nos aguantaba cuando jugábamos lejos de ella. Una situación bastante rara que digamos”.

Para ese tiempo, y desde hace mucho antes, su familia ya era una de las más conocidas del pueblo. Uno de esos apellidos que sin dudas alguna vez formará parte de algún libro que recopile la historia del lugar y hasta es probable que tenga su calle propia. Y Javier era consciente de todo aquello.

“Al principio lo usé como un insulto. Ellos me rechazaban, pero de última el que tenía plata era yo. O mi familia. Esa era mi venganza. Pero después lo acepté: aprendí a vivir con el rechazo y correrme a un costado. Y siempre me quedó la duda. ¿No me querían porque mis abuelos tenían un pasado medio oscuro o porque era turco? ¿Por qué no era como ellos? Nunca lo sabré. Una vez, en la facultad, leía a Savater y su concepto de heterofobia, y me sirvió para entender algo de todo aquello. El dice que ‘adoptar las novedades es difícil dentro del círculo de identificación social; pero convivir con los diferente es una cosa aún más delicada’. Creo que en el fondo se trató un poco de eso.”

Unos días más tarde pude completar la frase, con otra edición del mismo libro en la mano. Agrega Savater:

“De igual modo que la semejanza en comportamientos y criterios pacifica internamente el grupo a la par que ofrece tranquilidad moral a cada uno de los miembros, la convivencia con lo distinto introduce un factor de alarma y de inestabilidad tanto en el conjunto como en la estructura psíquica de cada cual. La mimesis interpersonal ya no funciona de modo simple: el espejo del prójimo no me devuelve la imagen que tengo interiorizada como la única que corresponde al ser que compartimos sino algo inquietantemente diverso, una posibilidad distinta y aún inexplorada. Y brota la turbadora pregunta: ‘Si ellos pueden vivir con nosotros sin ser como nosotros, ¿por qué nosotros tenemos que ser como somos?’. La mimesis se diversifica en varias opciones posibles, vacila en identificarse con uno u otro modelo: deja de ser un mecanismo automático, acrítico, e impone el esfuerzo de una evaluación previa a la elección consciente. La sacrosanta identidad colectiva (sobre cuyo esbozo se fragua la personal) se relativiza: el ser del ‘así somos’ se hace más dúctil al tomarse conciencia reflexiva de las circunstancias que nos han hecho ser como somos y de las nuevas ofertas que podrían permitirnos ser de otra manera”.

Javier jura que se trata de eso. Que nada tienen que ver las sospechas por los campos de los que nadie en su familia habla. Que en el fondo se trató de una arbitraria y desproporcionada condena social. Que aunque su abuelo hubiera podido exhibir papeles legales y cuentas claras, la reacción sería la misma, que sólo fue discriminación y rechazo: la más previsible discriminación y el más puro rechazo. Yo no estoy tan seguro.

“Así que ya te digo. De esos años sólo me queda el recuerdo de momentos no muy agradables y yo metido en un mundo privado y apartado de todos del que nunca pude salir del todo. Ahora miro la foto y no puedo creer que se me note tanto. La tristeza. La bronca. El rechazo. Fue duro, pero ya pasó. Por suerte ya pasó”.

¿En verdad ya pasó? Otra vez no estoy tan seguro. De todos modos, Javier cuenta que ese sólo fue el principio. Con los años la escena se repetiría machacadamente y otra vez estaría él en medio del temporal. Cada vez más cansado. Cada vez con menos fuerzas. Y también cada vez más enojado. Porque la crueldad siempre se presenta de la misma forma. Aparece y sorprende. Aturde. Luego se repite una vez más

y logra el mismo efecto. Pero cuando ya se torna costumbre a nadie hiere. Ni al más débil. A Javier le pasó algo de eso.

“Estaba tan podrido de que me insultaran por ser turco que después ni me inmuté. Ya tenía los anticuerpos necesarios para resistir lo peor que venga”. Y lo peor vino. Y vino con fuerza. Y se quedó por años. “No sé bien cuándo fue. Ni qué día ni a qué hora. Sólo sé que me quedé callado y salí corriendo. Tenía tanta vergüenza que hasta sentí miedo”. Fue la primera vez que le gritaron “maricón”. Y dice que fue horrible. Fue la primera vez que se dio cuenta de que era “maricón”. Y dice que también fue horrible.

Mi amigo, el gay

Ahora Javier acepta tomar una cerveza con un único objetivo: retomar la charla que tuvimos hace dos semanas. Pero entre la invitación y el encuentro pasan varias semanas. En todo este tiempo ensayó y me ofreció tantas excusas que ni siquiera podría recordarlas a todas. Estuvo enfermo, estuvo ocupado, de viaje, cansado, dormido. Y hasta estuvo malhumorado. En fin, nunca estuvo. Pero ahora llegó al bar y hablará sin parar por las próximas tres horas. Dispuesto a seguir revolviendo en un pasado que a cada paso pareciera transformarse en un mal recuerdo. Menos para él. Como si con los años hubiera creado una barrera invisible que lo ayudó a mantener lejos el rechazo ajeno y el dolor propio. Y me cuenta.

“Supongo que para los 17 años estaba tan curtido que poco me importaba. Yo tuve que meterme a los 12 años a leer en un diccionario el verdadero significado de la palabra “maricón” porque la primera vez que la escuché no tenía demasiada idea. Y así pasé por la mitad del diccionario: homosexual, afeminado, sodomita, gay. Recién ahí entendí qué me querían decir cuando me gritaban eso. Y por suerte estaban esos libros en mi casa...si no, no sé qué hubiera pasado. Porque te imaginarás que en la adolescencia ir a hablar un tema así con tus padres mucho no da, y si encima esos padres fueron criados en el seno de una familia árabe, mucho menos. Mi abuelo creía que los hombres árabes deben casarse con mujeres árabes, tener hijos árabes y formar lindas familias árabes. Nada más. Mi papá es un poco menos ortodoxo, pero tampoco le podía pedir tanto. Así que de este lado estaba yo solo y enfrente, el resto. Definitivamente no encajaba. ¿Te imaginás? Todo el folclore del hombre árabe, macho, viril, rodeado por un harén de mujeres y una caravana de hijos. Y yo, recontra puto. Encima era el primer nieto varón, así que habían depositado tantas expectativas en mí que pensé que no lo iba a poder soportar. De hecho, aún hoy me pregunto si podré”.

Cuenta Javier que a los 17 años ya era un provocador profesional. Acostumbrado a vivir con el dedo juzgador sobre sus espaldas en un momento dijo basta y se dedicó a disfrutar. Había nacido árabe. ¿Y qué? Había nacido gay ¿Y qué? De ahora en adelante esa sería su respuesta preferida: ¿Y qué?

“La primera vez que se lo dije a alguien fue un impulso. Recuerdo que tenía un compañero al que le encantaba hacerme pasar vergüenza gritándome “puto” adelante de todos. Yo nunca reaccionaba. Me ponía colorado, escuchaba las risas de algunos y el silencio solidario de muchos, pero nunca había una respuesta de nadie. Si hasta los profesores se hacían los boludos. Por eso siempre me da tanto odio cuando escucho que algún chico maltratado por sus compañeros en las escuelas reacciona mal y hasta termina lastimando a alguien...porque todas esas cosas se podrían evitar. Alcanza con que alguien reaccione a tiempo, pare las agresiones y les explique a todos que esa no es forma de relacionarse. Yo nunca tuve a ese alguien...me la banqué solito. Hasta ese día. No sé por qué me decidí y le contesté. ‘Sí, soy puto. Re puto. ¿Y qué?’, le dije. Al principio algunos no podían creer que yo lo enfrentara de esa forma, pero yo seguí adelante. ‘¿Y qué?’, le seguía gritando en medio del recreo, adelante de todos. Me acuerdo que se calló la boca, siguió

boludeando con los amigos y no me siguió rompiendo las bolas, no tenía cómo. Yo le había robado el chiste, lo había neutralizado. De todos modos, cada tanto me gritaba lo mismo...pero ya sabía que a mí no me afectaba en lo más mínimo. Hace poco lo volví a ver y ni siquiera pude saludarlo. A veces creo que algún día se va a mirar al espejo y se va a querer matar. Esa es la diferencia entre él y yo”.

Después de eso, otra vez fue más de lo mismo. En el pueblo rodeado de campesinos y familias fácilmente escandalizables y censoras encontró el terreno ideal para montar su propio show. Y fue la estrella indiscutida. Vinieron así los vaqueros levemente ajustados y con apliques un tanto ambiguos. Las camisas bien ceñidas al cuerpo y muchas veces acompañadas con un pañuelo que la tarde anterior había usado su madre en la reunión mensual de padres. La obsesión por la músicaailable, siempre en inglés y cantada por mujeres. El culto a Madonna. La identificación con George Michael. El estereotipo. La liberación.

“Algunas veces fue muy gracioso...yo cayendo a la fiesta del pueblo con vaqueros rotos y camisitas sin mangas. En una jineteada, de esas que cada tanto organizaba el Centro Gaucho, escuchando música tecno y rodeado de amigas. Me cagaba de risa. Si bien al principio fue duro, después llegué a divertirme. ¿Qué le iba a hacer? Yo sabía que sólo tenía que esperar para algún día poder irme de ese lugar, y estaba decidido a que mientras tuviera que estar allí, la iba a pasar lo mejor posible. Para muchos debo haber sido en esa época el ‘puto del pueblo’. Okay, me la banco. En cualquier caso nunca lo hice a propósito. Quisieron obligarme a que sienta vergüenza de esto y yo me les cagué de risa en la cara. ¿Y qué?”.

Mientras tanto la vida seguía su curso. Recuerda Javier que a los 16 años se sintió abogado por primera vez. Ese día la profesora de Educación Cívica había llegado dispuesta a enseñar el funcionamiento del Poder Judicial y con una idea en mente: teatralizar el mecanismo de un juicio oral y público. Lo tenía todo pensado. Una acusada de haberse quedado con la recaudación del kiosco estudiantil. Tres jueces con fama de ser impiadosos. La parte acusadora, embravecida por el faltante de dinero. Y, finalmente, la defensa. Es decir, Javier. Es decir, carne para los leones.

“Estaba aterrado, ya me veía, todo colorado, tartamudeando, no pudiendo controlar mi seseo, mi vocecita. Debe haber sido la hora más horrible de todo el secundario, la que más sufrí. Pero en algún momento me di cuenta que podía, me inventé una historia buenísima, que no podían refutar por ningún lado y así gané el juicio. Cuando todos pensaban que yo iba encaminado a un fracaso seguro, pude zafar y salir victorioso. Pocas veces en la vida me sentí tan feliz y tan seguro de que les había ganado. De que finalmente les había ganado”.

Después Javier se sentó a esperar. Y esperó hasta los 17 años. En marzo de 1991 se fue de Valcheta, eligió Roca y sólo volvió esporádicamente al pueblo que lo vio nacer y desmoronarse una y mil veces. Algún que otro cumpleaños, un par de días en vacaciones y cada tanto para alguna Navidad. No mucho más. Lo decidió a los 13 años y estuvo más seguro que nunca cuando el secundario pasó a ser un recuerdo agridulce. En diciembre de ese año preparó las valijas. Se aseguró de no olvidarse nada. Y le pidió al padre que lo lleve a la escuela. Allí estaban sus otros compañeros esperando el colectivo que los pasaría a buscar y un par de horas más tarde los depositaría en Bariloche. Era el viaje de egresados que había esperado todo el año. El último de su vida anterior.

“Llegamos y bajé las cosas enseñuida. A un costado estaban todos los padres y más lejos estaban mis compañeros esperando. Habían armado dos grupos: por un lado las mujeres y por otro los varones. Y, naturalmente, yo me fui con las mujeres. Para mí fue lo más sencillo del mundo y para mis compañeros también. Ni siquiera lo hice a propósito, había sido así durante todo el secundario. Pero en un momento se acercó mi viejo, me llamó a un costado y, entre nervioso y discreto, me preguntó por qué no me juntaba con

los varones. Me acuerdo que lo miré y no pude contestarle nada. Le pedí que se fuera, que ya era tarde y que en cualquier momento iba a llegar el colectivo. Me dio un beso, me deseó suerte y se fue. Esperé que se alejara y volví a joder con mis compañeras, pero me quedé como con algo atragantado en todo el viaje que no te puedo explicar. Supongo que ahora entiendo por qué. Supongo que ese día mi papá confirmó del todo que yo era distinto a los demás pibes, algo que a esa altura era más que obvio. Y ese mismo día yo me di cuenta de que nunca iba a poder decírselo. Ni siquiera hoy puedo”.

Javier vomita todo con un tonito que es imposible de clasificar. No sé si todo esto le causa gracia, dolor, indiferencia. O una suma de todo ello. No sé si todo es cierto, si algo es mentira o si, otra vez, es una combinación de las dos cosas. No sé qué significó todo eso en su vida, si es que algo significó. Sólo sé que quiero renunciar, que quiero irme cuando él vaya al baño y que cuando vuelva no me encuentre. Que prefiero un personaje más lineal, más típico, más obvio, más dócil. Prefiero casi cualquier cosa antes que estar acá, un lindo viernes, a las once de la noche, en este bar de caras largas y caretas obvias, tomando y fumando. Lo prefiero. Básicamente porque este tipo no me la hace fácil y porque de ningún modo esto puede tener un final feliz. Y porque, aunque Javier hace como que no se da cuenta, detrás de sus ojos marrones (y creo que delineados) reside la historia universal de la negación. Y yo así no puedo. Pero justo ahora vuelve del baño. Y se sienta. Y pide un porrón de cerveza (el cuarto) para mí y otro trago (el tercero) para él. Y no me animo ni a moverme de la silla. Y me mira. Y toma el grabador. Y aprieta Rec. Y me pide que no lo interrumpa. Y no puedo dejar de escucharlo.

El abogado del diablo

A los 17 años Javier se instaló en Roca. En marzo de 1991 empezó a cursar las primeras materias de Derecho y exactamente seis años después recibió su título. No fue el excelente estudiante que alguna vez soñó ser, pero el esfuerzo le alcanzó para, a los dos meses, conseguir trabajo en uno de los estudios mejor posicionados de la ciudad. Allí estuvo otros dos años y luego consiguió un puesto en el poder judicial. Y consiguió también un trabajo estable, mejor sueldo y pocas preocupaciones. Tampoco es lo que soñó, pero le alcanza. Su abuelo murió hace más de 12 años y sólo le quedó un Corán que ya nadie lee y una foto que los retrata abrazados en el patio de su casa. Pero no la lleva consigo. “*Quedó en Valcheta y cada vez que voy me olvido de traerla*”, explica. Con su padre nunca habló sobre su gusto por los varones y nada indica que lo vaya a hacer en los próximos años.

“El ya lo sabe...eso está más claro que nunca. Pero yo no me animo a blanquear mi situación. Sé que a lo sumo se va a enojar un rato, pero nada más. No creo que sea uno de esos padres que echan a los hijos de la casa, los insultan y no los vuelven a ver nunca más. Es demasiado buen tipo para semejante cosa...creo que esta vez se trata de mí....hay algo que me impide ir a verlo, sentarlo en la mesa y hablar claro con él. Supongo que algún día podré...o también puedo esperar a que se muera y nunca decirle nada...jajaja. Esa también es buena opción, ¿no? Me alcanza con saber que está orgulloso de mí porque estudié, porque trabajo, porque todavía no caí preso...supongo que en el fondo no quiero arruinar nada de eso”.

Pero no es el único tema del que prefiere no hablar con su padre por miedo a salir lastimado.

“En los últimos años se me despertó una tremenda curiosidad por saber más sobre la historia de los árabes, saber más sobre mi abuelo, reconstruir su viaje, ponerme en contacto con los familiares de él que quedaron en el Líbano, asistir a la Sociedad Libanesa de Roca y, lo más importante de todo, fundar un grupo de nietos de libaneses en la Patagonia. Lo fundamos con otros chicos hace cuatro años y el proyecto que

tenemos es juntar plata durante un par de años para poder hacer un viaje a esas tierras. Eso sería buenísimo. A mi viejo no le hace mucha gracia, pero aprendió a aceptarlo. Después de que murió mi abuelo está un poco más cambiado con el tema, como si recién ahora hubiera entendido todo por lo que tuvo que pasar su padre. Y supongo que también lo hizo cambiar un poco su perspectiva sobre el tema ver mi interés en todo eso...no sé, espero que sea así”.

-¿Crees que naciste en el lugar y la familia equivocadas?

- “Lo creí durante mucho tiempo. Pensaba...la puta madre, por qué no me habrá tocado una familia más abierta, más progre, o una ciudad más grande, donde de última no me sentiría tan solo. Pero en realidad eso no es así. Ahora no agradezco por lo que me pasó ni tampoco puteo tanto...simplemente fue así y, en todo caso, ya pasó”.

-¿Qué significa en tu vida ser nieto de árabes?

- “Supongo que justamente eso: una pregunta. No sé si mi forma de ver las cosas, de enfrentar el mundo, o no enfrentarlo, de sentirme inseguro, de luchar todos los días con esa vergüenza que me transmitió mi viejo, de padecer los mandatos, tiene que ver directamente con el hecho de haber sido nieto de árabes y haber vivido en medio de todo eso. Es lo que estoy tratando de averiguar...por ahora no lo sé. Sólo sé que mi abuelo era árabe, que mi viejo sentía vergüenza de eso y que al fin de cuentas yo fui criado por los dos....en algún punto algo de todo tiene que haberme afectado”.

-¿Y un árabe gay?

- “Jajaja. Si hasta parece una contradicción, ¿no? Bueno es así...es lo que me tocó. De todos modos, no me siento árabe. No conozco su idioma, ni su política y apenas me quedó un recuerdo de su cultura. Por eso tampoco es que es un problema para mí. En el caso de mi abuelo sí supongo que hubiera sido un drama...él nunca se lo hubiera permitido ni hubiera aceptado a un hijo gay. Pero en mi caso es distinto, y encima él está muerto. A lo sumo lo podés tomar como un pésimo chiste del destino... Si me escuchara mi psicóloga, me mata...”.

Pero por suerte su psicóloga no está acá. Lo cierto es que en su vida las palabras “árabe” y “gay” en algún momento pesaron mucho. Por separado, en momentos diferentes de su vida, y también juntas, cuando todo parecía más oscuro de lo que realmente era. Ahora dice que no piensa mucho en ello y que hace rato que dejó de pronunciarlas demasiado seguido. Ahora es abogado. Es novio. Es hijo, hermano y amigo. Ahh...y también es nieto de árabes y gay. Jura que su carta de presentación también se escribe desde lo que pudo construir y no sólo desde lo que no puede cambiar. Y también jura que así está bien.

Para cuando pidamos la próxima cerveza estará hablando de lo aburridos que son sus compañeros de trabajo, de lo liberado que se siente cada vez que termina su jornada laboral, de lo mucho que disfruta viendo películas con Mariano y de los buenos recuerdos que le trae la canción que de repente inunda todo el ambiente. Es “Home and dry”, de Pet Shop Boys, y la disfruta cantándola de punta a punta. En algún momento de la noche pagaremos la cuenta y nos prometeremos juntarnos otra vez para seguir charlando un rato. No es cortesía: es lo único que la cerveza nos permite decir.

En vano espero que me regale el último “momento Javier” de nuestros encuentros. Esas situaciones que tan sólo él puede originar y que no son necesariamente malas. Son las señales expresas de un tipo que cree que merece lo mejor que el mundo tenga para dar: la mejor ropa, el mejor auto, el mejor cabello, el mejor trabajo, la mejor familia. La mayoría de las veces, gracias a su concentrada ética de trabajo y obstinación ante el rechazo, la consigue. Pero otras veces no. Y entonces el sol gira más rápido aún. Aún recuerdo la primera vez que presencié un “momento Javier”. Comenzó con las palabras “linda camisa”. Fue la

primera frase que me dijo cuando me vio. Las siguientes fueron *"la apruebo"*, dejando en claro que ahora estábamos en su mundo, donde se aplica un estricto código de parámetros y prácticas. Pero ése no fue un "momento Javier". Simplemente, a su manera, estaba tratando de ser simpático y divertido. El momento llegó diez minutos más tarde cuando apareció recién cambiado para ir al bar donde se desarrollaría la entrevista, enfundado en una camisa carísima. Cuando pasó a mi lado, me miró con soberbia y me dijo: *¿Ahora quién tiene la mejor camisa?*". Ese fue un auténtico "momento Javier". Y apenas el principio de una larga lista de situaciones parecidas.

Ahora abre la puerta del bar y ya estamos en la calle. Ofrece llevarme en su taxi y acepta con un gestito infantil mi negativa. *"Estoy medio en pedo así que no pienso irme a ir a dormir. Todos me dicen que ése es uno de mis mejores estados...cuando estoy más relajado, menos preocupado. Así que lo voy a aprovechar...ya sabés que a mí me gusta vivir el momento"*, dirá antes de irse. Da una dirección que no es la suya y luego se pierde en la despoblada calle Tucumán. Lo último que veo es una mano que saluda desde la ventana.

Definitivamente ése no es un "momento Javier". Ese es sólo es un momento.

Carmen y Fatuma

"Los hombres tienen autoridad sobre las mujeres en virtud de la preferencia que Dios ha dado a unos (a los hombres) más que a otros (a las mujeres) y de los bienes que gastan. (...) Amonestad a aquellas de quienes temáis que se rebelen, dejadlas solas en el lecho, pegadles!".

El Corán 4, 34

Cuando **Carmen** conoció el infierno había dos cosas que no sabía. Una: que el infierno existía. Dos: que de allí no saldría nunca. Ahora se hace chiquita en un sillón marrón, viejo y destartado y desde allí me cuenta. *"Míreme los ojos...si ya casi ni duermo. Parezco una muerta en vida"*. Me mira y me dice que todos lo saben, que lo saben desde hace años, desde siempre, y que comentan, que se ríen a sus espaldas, que ella se da cuenta y por eso casi siempre llora, aunque nadie la escuche, claro, cómo la van a escuchar, si está sola, si siempre está sola, si está cansada de estar sola, si a veces pasan semanas enteras sin que nadie la visite, que a un par de cuadras vive su hermana más grande con toda su familia y que a un par de metros vive su hermano siempre con una mujer distinta, pero que nada espera de ellos, que a nadie le importa si ella comió, si está bien, si precisa algo, no, nada, nada de nada, a ninguno le preocupa, qué les va a preocupar, si son todos unos egoístas, unos egoístas de los que ya no espera nada, justamente ella, que siempre fue buena, que siempre pensó en ellos, en ayudarlos, a ellos y a sus hijos, pero que a cambio nunca recibió nada. Nunca.

Me mira y me dice que extraña cuando era chica, cuando jugaban en el patio, que siempre se acuerda de su mamá, de lo buena que era, de los consejos que le daba, de cuando la peinaba, de la primera vez que la maquilló, apenas un rubor y un poco de sombra en los ojos, sólo eso porque las mujeres decentes no se pintarrajean la cara como si fueran locas, de todo lo que su mamá lloró cuando se casó con él y de todo lo que lloraron juntas cuando volvió sola, sin marido y sin hijos, de todos esos años que esperó por ellos, porque se arrepintieran y le pidieran perdón y le rogaran que vuelva y le prometieran que ahora sería distinto y que vivirían felices.

Me mira y me dice que igualmente nada de eso pasó y que ahora sólo tiene las fotos que se trajo cuando la echaron, sola, como a un perro, en medio de la noche, sin más que un pasaje y algo de plata para el camino. Mi mira y me cuenta la angustia que le provoca pensar en todos esos años, horribles, tristes, malditos, pero que si pudiera volver el tiempo atrás lo haría, y que esta vez no la van a separar así, tan fácil de sus dos hijos, esta vez no lo va a permitir...

Pero ya es tarde y sólo piensa en las tres veces que los vio después de todo aquello. Uno es farmacéutico y el otro, chofer de colectivos. Pero no la visitan; ya casi ni se acuerda cuándo fue la última vez que la llamaron por teléfono... ahora vive de los recuerdos... Y recuerda, todo el tiempo recuerda, se pasa el día con esas viejas imágenes...

Recuerda la muerte de su papá, la muerte de su mamá y piensa en el día en que ella tampoco estará en este mundo. Sólo espera que no sea pronto.

Me mira y me dice que todavía le queda algo por hacer.

Fatuma perdió la cuenta de la cantidad de cupones que le envió a Susana Giménez en los últimos años. Participó en todos los concursos y siguió sus programas con tanta atención que hoy podría contar con lujo de detalles todo lo que ocurrió en ese estudio de televisión en los últimos 15 años. Hasta soportó el rechazo por aumentar sus oportunidades de ganar un premio.

“Una vez aproveché que uno de mis hijos viajaba a Buenos Aires y preparé cien cartas para participar del sorteo por el millón de dólares, pero cuando él fue al estudio a llevarlas le dijeron que sólo aceptaban hasta cinco por persona, el resto las tenía que mandar por correo. Así que entregó las cinco y a las otras 95 las mandé por Correo Argentino la semana siguiente”, cuenta. Pero nunca ganó nada. Fueron años y años pegada a un televisor, viendo las transformaciones en la cara de la diva, los kilos de más, los kilos de menos, sus separaciones mediáticas y a los mismos invitados una y otra vez esperando un momento que nunca llegó.

Y entonces soñaba. Soñaba con el día en que Susana le pidiera a sus “Susanos” que revuelvan las cartas, bien de abajo, que elijan una y que le pasen el teléfono, que luego empiece a marcar el número y que suene en su casa, que la llame a ella. Pero eso nunca pasó y ahora ya está cansada de esperar. *“Siempre pensaba ‘tanta gente gana, algún día me tiene que tocar a mí’. Pero ahora ya no tengo paciencia, encima este año no está en la tele así que la idea de hacerme millonaria de la noche a la mañana ya se me borró de la cabeza”.* Pero no completamente.

Fatuma todavía piensa que algún día se le va a dar. Que algún día el cupón de ella va a salir de entre los cientos, los miles, que todos los días llegan a algún programa de televisión con sorteos millonarios y entonces sí va a poder hacer su sueño realidad. *“Te juro que me gustaría ganarme esa plata algún día, pero no por mí, sino para mis hijos. Me gustaría repartirla entre todos ellos, aunque más no sea un poquito para cada uno, y poder hacerles un último regalo antes de morirme, para agradecerles, para mostrarles lo agradecida que estoy por lo buenos que fueron conmigo toda la vida... Son chicos tan buenos, tan educados, tan respetuosos de su madre que ése sería mi deseo: poder pagarles con algo tanto cariño”.*

Fatuma ha llegado a los 80 años con una calma envidiable. Es baja de estatura, blanca de piel y afectuosa en el trato. Así me recibe este miércoles de mayo. Roca está a punto de desaparecer bajo una tormenta increíble y el living de su casa parece el mejor lugar en el mundo para refugiarse de tanta lluvia.

El living en realidad es un espacio angosto en el que apenas caben dos sillones y una mesita, amontonados contra la pared, a un metro de la cocina-comedor, y destinado a cumplir sólo una función decorativa: nadie podría sentarse allí y sentirse cómodo en tan poco espacio. Sospecho que en todas las casas de este típico plan de viviendas que el gobierno provincial entregó hace más de treinta años, los vecinos cayeron en la misma trampa: las promesas decían una cosa, la realidad fue otra y pese a ello nadie dejó de comprar su llamativo y costoso juego de living para vivir “como si...”. En frente a esos sillones (y a ese living sin razón de ser) nos sentaremos.

Allí Fatuma será la hija de aquella mujer que una vez despidió a su vecino en el Líbano con nueve meses de edad y luego se reencontró con él a los 19 años, lista para ser su esposa. Allí será la nena de cinco años que pocas veces estrenaba ropa nueva y que se turnaba con sus hermanos para asistir a la escuela porque tenía que ayudar a su madre en las tareas de la casa. Será también la niña de 15 años que eligió casarse con un hombre de 50 y criar hijastros mayores que ella. Será la mujer que se quedó viuda a los 45 y tuvo que empezar de nuevo. Y será la mujer más encantadora que conocí en los últimos tiempos...pero no ahora.

Las conversaciones con Fatuma no empiezan así.

-¿Te traigo un poquito de milhoja para que pruebes antes de empezar a charlar?

-No...Fatuma. No se haga problema, en todo caso después...

-¿Preparo mate también? ¿Cómo lo tomás? ¿Dulce?

-En realidad, recién desayuné... En todo caso, más tarde. Gracias.

-Bueno... preparo unos mates, te sirvo milhoja y empezamos a charlar. Esperáame un segundo.

A **Carmen** apenas se la ve detrás de esos anteojos espantosos que un oculista le recetó hace unos años. Ella los eligió así: grandes, aparatosos. Quería que le tapen la mitad de la cara y lo consiguió. Desde allí, me mira confundida, extraviada. Sospecha que yo sé, que conozco su historia, que siempre la supe y que sólo vine a confirmarla, a escucharla de su propia boca. Y yo hago como si no me diera cuenta, como si fuera la primera vez que la escucho, como si fuera la primera vez que nos vemos las caras. Los dos jugamos a mentirnos. Y ese juego nos dura todo el día.

Son las once de la mañana y la mujer de la mirada perdida ya lleva despierta cinco horas. Tiempo suficiente como para barrer y encerar los pisos, lustrar los muebles, lavar la poca ropa que tiene y preparar unas tortas fritas que ahora ofrece sin muchas ganas.

Carmen apenas debe llegar al metro cincuenta y sospecho que cada vez se le debe hacer más complicado cargar con todos esos kilos de más. Es blanca, blanquísima, y eso queda más en evidencia aún si se tienen en cuenta dos cosas: su pelo negro y su ropa más negra aún.

En su casa no hay mucho, pero todo está limpio. Muy limpio. Casi perfecto. Si viviera en otro lado, seguramente, alguien diría que es obsesiva por el orden y la limpieza. Pero ella vive en este pueblo. Y aquí la llaman "loca". Carmen limpia todo el día. Incluso, dice, llegó a encerar los pisos tres veces en un sólo día. *"Es para entretenerme con algo"*, dice, *"además esta gata me ensucia al segundo todo lo que limpio"*. Y ahí está su gata, "Mimosa" tal como ella la llama, desparramando todo su hedonismo en el sitio más confortable de esta casa en la que abundan, sobran, abruman los recuerdos.

"Aquí nací y viví con mi familia hasta que todos se fueron. Mis hermanos se casaron y nunca más volvieron. Mis padres murieron, uno detrás del otro. Primero fue mi papá, de un cáncer fulminante en el estómago. Al año, mi mamá. De un paro cardíaco mientras dormía... Pobre, ni se dio cuenta. Tal como ella quería".

Y después no quedó nadie. Sólo ella.

Carmen nació y se crió en la abundancia. Se nota en las fotos que ahora atesora como si fueran su mayor riqueza. Su única fortuna. Allí aparece de chica, junto a sus hermanos, junto a sus padres, junto a esos anillos y aros de oro que luego debió vender no siempre al mejor postor, junto a los autos cero kilómetro que los malos negocios de su hermano y la crisis ganadera de los 90 se llevaron de un plumazo, junto a los tapados de piel que su madre alguna vez exhibió pretenciosa y altanera en las fiestas populares, junto a esas mesas abundantes de comida y carcajadas que alguna vez disfrutó y que hoy puede describir con lujo de detalles.

"Era una vida feliz. Recuerdo haber tenido la mejor infancia que te imagines. Rodeada de juegos, risas, me gustaba mucho estudiar, ir a la escuela, volver y tomar la leche con mis hermanos y algún vecino que siempre caía de colado... ¿Ves acá?... En ésta estoy yo con mi hermana y mi mamá: fue el día que tomamos la comunión... Los vestidos los habíamos comprado en Buenos Aires y el servicio de comida y mozos había viajado desde Roca... Un lujo, ¿no?". Sin dudas, un lujo. Propio de una familia a la que el confort la tomó por sorpresa y aprendió a disfrutarlo como si fuera un derecho divino.

El papá de Carmen era el dueño de una extensa zona de tierras comprendida entre Los Menucos y Sierra Colorada. Eso fue suficiente para convertirlo en uno de los terratenientes más conocidos de la Línea Sur y garantizarle a su familia una existencia sin demasiadas preocupaciones y ninguna necesidad. Un manto protector que para algunos fue anecdótico y para otros una maldición. Y así fue siempre. O mejor dicho casi siempre. Carmen lo sabe mejor que nadie. *"Cuando terminamos la escuela, a mi hermana la mandaron a estudiar para maestra. A mí no. Mi padre en ese entonces dijo que yo iba a extrañar y pensó que era mejor que me quedara en casa, ayudando a mi mamá... Total, yo no necesitaba estudiar, si ya tenía todo lo que necesitaba para estar bien. Yo no pude decir nada, de hecho creí que así estaba bien, que era mejor para mí... Hoy lo sigo pensando. Yo nunca iba a poder ser maestra, me falta carácter... Mi padre tenía razón. Entonces me quedé, en casa, con mi mamá, limpiando y escribiéndole cartas a mi hermana. Le escribía una por día, le contaba qué hacía, qué pasaba en el pueblo, qué hacían nuestras*

amigas, con quién se ponían de novias y cosas así... Con el correr de los meses dejé de escribirle. Ella no me contestaba muy seguido y yo siempre le escribía lo mismo, así que ya no tenía mucha gracia que digamos”.

Casi enojada por la indiferencia de su hermana y lo rutinario de su vida, interrumpió la tradición. Ya no escribiría más, se prometió. Pero a los pocos meses volvió a tomar una lapicera y empezó a mandar más cartas que nunca. Ahora sí tenía algo que contar. *“Fue cuando me lo presentó mi padre. Recuerdo que había viajado con su familia desde Viedma y en casa nos preparamos durante varios días para recibirlos. Llegaron al mediodía y mamá había preparado una típica comida árabe. Ellos también eran árabes así que todos pensamos que era el mejor recibimiento. Apenas lo vi, me enamoré, y supongo que él también.... Nunca me lo dijo, pero estoy segura de que él también se enamoró de mí ese día, ese primer día que nos vimos”.* Carmen confía, se ilusiona. Quiere creer que en verdad así fue. Y daría lo que no tiene por confirmarlo.

El sin dudas era un buen partido. El mejor que por esos años podría haber tenido una mujer como ella. Los padres de él también habían amasado una fortuna considerable y muchas tierras en pocos años. Por eso eran conocidos en toda la región.

A la nueva pareja no le quedaba demasiado espacio para pensar. Ya estaba decidido. *“Pero yo también estaba enamorada. Esa es la diferencia. No me casé sólo con un hombre que me habían elegido mis padres... también lo había elegido yo. Así que como te imaginarás mi felicidad era completa. No podía pedirle más a la vida: me había dado un marido con el que todas las mujeres de por acá soñaban... Era una bendición. Estaba en una buena posición económica, era sano, caballero y, además, me llevaría a vivir a la ciudad. Podía irme de aquí y conocer algo mejor... Un sueño para mí”.*

Antes de casarse, Carmen volvió a ver cuatro veces más a su novio. Para su cumpleaños, para el de él, la vez que pidió su mano y cuando celebraron su compromiso. Luego se casó y se fue. Y fue la peor decisión que pudo haber tomado.

Antes de que pudiera pestañear, todo había cambiado. Para siempre.

“La primera vez que me pegó, ni siquiera pude llorar, ni me dolió... me quedé helada, petrificada. A mí nunca nadie me había pegado, ni mi padre... todo lo contrario. Esa vez no pude decir nada, sólo agaché la cabeza... ése debe haber sido mi error. Tendría que haberme parado y devuelto el golpe, pero no pude, simplemente no pude. Ahora lo pienso y en realidad hoy tampoco podría... Yo ya soy así, qué se le va a hacer....”.

Carmen se queda pensando y yo podría jurar que ahora fantasea cómo hubiera sido ese momento: ella, levantándose del piso y partiéndole la cara de una piña, quebrándole un palo en la espalda, pateándole el estómago hasta verlo escupir sangre. Mucha sangre. No ayudarlo ni siquiera a recuperarse. Verlo llorar, pedir ayuda en el piso, rogarle que pare, que ya no le pegue más, que lo disculpe. Ahí. Tirado en el piso, sangrando, como una rata. Pero no. Carmen no es así. Ella nunca le pegaría a nadie. *“Nunca, nunca, nunca...”*, repite mirando al piso mientras se

tapa la boca. Quisiera taparse los ojos pero los inmensos lentes ya lo hacen por ella. Quisiera cubrirse entera y olvidarse de todo eso. Pero no puede.

En verdad la historia de **Fatuma** es muy parecida a la de su mamá, Saada. Las dos se casaron con hombres que podrían haber sido sus padres, que en cierto modo lo fueron, y las dos nunca se arrepintieron de haberlo hecho. Más bien, todo lo contrario.

A Saada el destino le presentó al hombre de su vida apenas abrió los ojos. Se llamaba Hussain, tenía 20 años y era el vecino que más querían sus padres. Pero, claro, la mujer nunca recordaría nada de esto. Lo dejó de ver a los nueve meses de edad, cuando junto a sus padres lo despidieron en el puerto local. Hussain partía rumbo a la Argentina y pasarían varios años hasta volver a verlo.

“Mi padre llegó a Argentina en 1904. Pasó un tiempo en la provincia de Buenos Aires trabajando como tendero. ‘Tendero’ -explica Fatuma- era el vendedor de telas. Compraba telas, las llevaba en los hombros y caminando iba haciendo su negocio. Como era muy organizado y conservador, ahorró y en pocos años hizo un capital. Vendió telas en la provincia de Buenos Aires y en La Pampa. Supongo que llegó a esta zona con esa actividad. Arribó a Río Negro en 1913. Aquí la luchó bastante. Llegó a tener siete chatas de mulas con las que anduvo por el sur comerciando. Aquí en la Argentina no tenía familia, se largó solo. Salió del Líbano porque allá había mucha guerra y, si se quedaba, iba a ir al frente durante cinco años y podía morir”.

El hablar generoso de Fatuma todo lo inunda. Es imposible no guardar silencio ante semejante catarata de recuerdos contados así, despacito, susurrados. No sentirse cómodo, a gusto. La única que no puede es esta pequeña diva de entrecasa que parece no notar lo molesto que resulta el humo de su cigarrillo a las once de la mañana en un ambiente tan reducido como éste. Se llama Natalia, tiene 20 años, es una de las doce nietas de Fatuma, estudia Psicología en La Plata y ahora está decidida a ser parte de la charla. La mayoría de las veces lo logrará y entonces habrá que escucharla. Como ahora.

“Para nosotros, la abuela es un ejemplo a seguir, una referencia. Pero es eso, creo que yo nunca podría tener una vida como la de ella, casándose tan joven, con un hombre tan grande, tan llena de sacrificios. Creo que los tiempos cambiaron y yo no me reconozco como una mujer árabe, como ella. Ya no es lo mismo, ellas hacían muchas cosas porque se lo decían los padres, por una cuestión cultural, por mandato, pero nosotras ahora no. Somos nietas de árabes, nada más”, dirá y con eso bastará para que quede claro. Para ella, y para otros tantos nietos, “lo árabe” representa apenas eso. Un recuerdo contado una y mil veces por abuelos memoriosos, una carta que llega cada tanto con remitente lejano, una comida preparada en ocasiones especiales, un apodo entre los amigos, un chiste prejuicioso sobre la dudosa honestidad de todos los venidos de esas tierras y ciertas normas autoritarias e imposibles de cumplir en este siglo.

Eso me dice Natalia con su tonito de tipa superada y luego pide permiso para retirarse un segundo. *“Me cambio y vuelvo”*, dice, y Fatuma respira aliviada. Son las once de la mañana y la nieta descarriada todavía sigue en bata en la cocina. Fatuma la observa irse y retoma la charla.

“En aquel entonces, a principios de siglo -cuenta- el que podía, para evitar la guerra, se escapaba del Líbano en los barcos de carga”. El padre de Fatuma pudo salir y tardó tres meses en llegar a este país. En su patria -contaban- se hablaba todo el día de América, así que se animó y se embarcó. Durante unos 20 años estuvo Hussain comerciando en el norte de la Patagonia y cuando decidió dejar de estar solo vendió todo lo que tenía acá y volvió a su patria a buscar esposa. Y allí estaba Saada. Cuando se casaron, ella tenía 21 años y él un poco más del doble. Viajaron a Argentina y se establecieron en Los Menucos. En ese pueblo nacieron los diez hijos del matrimonio. *“Allí tuvimos toda una vida de sacrificios. Mi padre siguió con el comercio, tuvimos campo y, cuando pudo, puso una panadería, la misma que hoy atienden mis nietos y bisnietos. En casa trabajábamos todos, al igual que en el comercio. Nunca tuvimos servicio doméstico ni empleados. Yo ayudaba a mi mamá y como había que hacer muchas cosas, un día iba yo a la escuela y al día siguiente iba mi hermana. Nos turnábamos para estudiar y para ayudar en casa. Luego ayudábamos en la panadería. Mi padre había hecho la panadería a la buena de Dios, pero poco a poco la fuimos poniendo en condiciones. El pueblo era chico, así que amasábamos una bolsa de harina por día y para las fiestas a veces dos. Vivimos siempre muy justo, pero pese a eso nunca nos faltó un plato de comida en la mesa”*.

Con los años, sus padres empezaron a ir mucho a Valcheta porque a Saada le hacía mal el clima “tan fuerte” de Los Menucos, así que extendieron sus actividades a esa zona, ahora en la fruticultura. *“Eso pasó cuando yo ya estaba casada. Mis hijos nacieron todos en Los Menucos igual que mis hermanos, pero mis padres finalmente se mudaron a Valcheta y terminaron muriendo allá. Mi padre había comprado una chacra, la trabajó muchos años y después la siguió mi hermano Hased”*.

Pero antes de todo eso, Fatuma fue una nena que creció rápido y se enamoró lento. De a poco. Tenía 16 años cuando supo que el vecino más querido por sus padres, el mismo que había ofrecido comprarles la panadería cuando ellos decidieron mudarse a Valcheta, la miraba con otros ojos desde hacía rato. *“Yo me casé joven con Emilio Yahuar. El había quedado viudo de Bernardina Goicoechea con quien había tenido siete hijos. Era libanés, había venido por el año 1913 con algunos amigos: Alejandro Cadi y Mustafá Zain, uno tenía 17 y otro 14 y Emilio había venido como tutor de ellos. Llegaron todos a Los Menucos. Mi papá era muy amigo de Emilio Yahuar y quería que nos casáramos con libaneses. Esa era otra tradición muy arraigada entre los inmigrantes de ese origen. Cuando me casé, yo tenía 16 años y Emilio 52. La diferencia no era tan notoria porque con 16 parecía una mujer grande. Después, a los 30, creo que rejuvenecí”*, aclara Fatuma, con una carcajada.

“Cuando mi papá supo que Emilio Yahuar andaba detrás de mí se enojó mucho al principio. Pensaba que estaba mal, por la diferencia de edad. Además, decía que era su amigo,

sentía como que lo había traicionado al mirar a su propia hija. Cuando supo que yo estaba de acuerdo, nos acercó y al tiempo nos casamos... pero no fue tan sencillo que digamos. Emilio Yahuar era un hombre buenísimo, pero todo fue un poco duro al comienzo porque yo fui a vivir a su casa y tenía la misma edad que algunos de sus hijos, aunque después nos hicimos todos muy amigos. La gente del Líbano tiene un enorme sentido de familia y eso siempre fue lo más importante. Es increíble el amor que sienten los árabes por la familia y por los amigos. Recuerdo que sus hijas tardaron un tiempo en aceptarme. Al principio yo vivía en una casa con mi marido y, adelante, vivían ellos. Pero luego empezamos a cocinar juntas, a lavar la ropa en el mismo fuentón y con el tiempo ellas se vinieron a vivir a mi casa”.

Fatuma tuvo seis hijos: Omar, Alí Rubén, Nora Lilian (Zohora), Carlos Emir, Zulema Fátima y Emilio César. La mitad de ellos se quedó por allá y el resto vive en Roca. *“Eramos una familia grande, mis nueve hermanos, los siete hijos de mi marido y mis seis hijos: ¡un familión! Mis hermanos, por su parte, se quedaron en el sur o se establecieron en distintos puntos de la provincia. Sólo una de mis hermanas se radicó en el Líbano”.* Y después su vida siguió tal como la había planificado. Los chicos, el marido, la escuela de los chicos, limpiar la casa, atender la panadería y ponerle el pecho a la vida. Aguantar todos sus golpes. Hasta que casi 29 años después de su casamiento, sufrió el más fuerte de todos. A los 81 años, Emilio Yahuar murió luego de una larga enfermedad que lo fue postrando de a poco en una cama, al cuidado de su mujer. Fatuma lloró durante meses y meses hasta que finalmente lo entendió. Tenía 45 años. Y toda una vida por delante.

Definitivamente estas fotos no le hacen ningún favor a Medhi. No muestran ninguno de esos atributos que aún hoy **Carmen** describe con tantos detalles. No luce atractivo, ni carismático y ni siquiera parece un hombre simpático. Más bien aparenta ser un tipo parco, frío, distante y amargado detrás de unos pantalones que le cierran justo en el ombligo y un saco desprendido que en realidad parece quedarle grande. Pero, claro, ésa no es la mirada de Carmen. *“¿Ves?...era imposible no enamorarse de un hombre así”*, dice y todo indica que ni el tiempo, ni los golpes, ni las humillaciones ni en infierno que le tocó vivir sirvieron para poner las cosas en su lugar.

Luego del casamiento, la fiesta y una luna de miel que nunca se concretó, Carmen cargó unas cuantas valijas en una camioneta y marchó junto a su nueva familia hacia Viedma. Allí vivirían un tiempo en casa de los padres de Medhi hasta que les construyeran la suya. *“Yo ya tenía todo planeado...mientras la casa estuviera lista, me dedicaría a coser las cortinas, sábanas y elegir los muebles. Además, había decidido no quedarme embarazada hasta que nos mudáramos. Era algo que me había dicho mi mamá y tenía razón... En la casa, con mis suegros, no iba a ser lo mismo. Yo tenía que criar a mis hijos en mi casa, en familia, como se debe. Pero después me di cuenta que iba a ser imposible. El tiempo pasaba y a la casa nunca la terminaban. Yo ni siquiera me enteré dónde la estaban construyendo...o dónde pensaban hacerlo. En realidad nunca supe si*

alguna vez pensó construir una casa para nosotros dos o siempre tuvo en claro que no se quería mudar de la casa de sus padres”.

Y la casa de sus suegros fue su casa. Y esa casa, su prisión. Y esa prisión, su infierno.

“El primer día fue rarísimo. Llegamos y mi suegra me mostró nuestra habitación, que hasta entonces había sido el cuarto de mi marido. Era chico, oscuro y ni siquiera había lugar para que yo pusiera mis cosas. Te imaginás que sólo entraban las cosas de mi marido, nada más. Esa noche ella cocinó pero durante la cena me aclaró que de ahora en adelante yo me tenía que hacer cargo de la comida y de ayudarla con las cosas de la casa, que ella sola no podía. Yo por supuesto le dije que sí...en ese momento no iba a pensar que con el tiempo me iba a convertir en casi esclava de ellos, en una mucama a la que le podían decir y hacer lo que se les ocurra”. Y en verdad así fue.

A las seis de la mañana de cada día, Carmen se levantaba, siempre haciendo el menor ruido posible, y esperaba a todos con el desayuno servido. Luego desayunaba ella. Una vez que ellos se habían levantado de la mesa, lavaba todo y esperaba que llegue Marta, la empleada que desde hacía veinticinco años trabajaba en la casa. Juntas recorrían cada rincón y limpiaban hasta el último recoveco. A veces se turnaban: mientras una barría los pisos, la otra compraba las verduras para el almuerzo en el mercado de la esquina y siempre a las doce del mediodía se reunían en la cocina. Era el momento del día que más disfrutaban: tomaban unos mates, comentaban las novedades del barrio y se preparaban para cocinar. Una hora después servían la comida. Marta comía sola en la cocina, Carmen con su familia. Luego a descansar. Una siesta y a las cinco todo volvía a ponerse en marcha.

“Mi suegra recibía casi todos los días a alguien de visita así que había que preparar el té con masas o algo para convidar y luego a preparar la cena. Marta nunca iba a la tarde porque mi marido había dicho que como ahora yo estaba en la casa no se la necesitaba todo el día, así que yo tenía también que preparar la cena y, obviamente, luego lavar los platos y preparar el café a las diez de la noche. A las once, once y media ya estaban todos durmiendo y yo seguía limpiando para que no quedara nada sucio porque a mi suegra no le gustaba... Ella quería que todo estuviera siempre limpio. Si yo dejaba un plato sin lavar me decía que a mí me gustaba vivir como los chanchos, en un chiquero, que a ella le gustaba que la casa estuviera siempre reluciente... Claro, total, la que limpiaba era yo”.

Y debe haber sido ahí cuando Carmen empezó a pensar que su verdadera vida transcurría en apenas media hora: sólo 1800 segundos que se consumían rápidamente entre las once y media y las doce de la noche. De cada noche.

“Cuando todos se iban a dormir, yo me sentaba en la cocina, con un té y alguna masita que había sobrado de la tarde y era feliz. Sola, sin tener que servir a nadie ni tener que hablar con nadie. A veces le escribía a mi mamá o a mi hermana y siempre empezaba contándoles la verdad, lo que me hacían, lo mal que me trataban, lo sola que me sentía, pero terminaba rompiéndola y haciéndola mil pedacitos para que nadie pudiera descubrirla. Entonces empezaba otra carta y les

contaba otra cosa totalmente diferente, les mentía. Les decía que iba todo bien, que era feliz, que la construcción de la casa marchaba viento en popa, que pronto les daría buenas noticias sobre un sobrinito o nietito y así.... Al otro día aprovechaba el momento en que salía a hacer las compras, pasaba por el correo y la mandaba. Siempre recuerdo que volvía a esa casa llorando, amargada porque no podía contarles lo que me pasaba, porque no me iban a creer, o sí, pero no iban a poder hacer nada. No sé, siempre encontraba alguna razón para creer que estaba sola, que nadie me podría ayudar. Fueron decenas de cartas a lo largo de cinco o seis meses y de todas las que escribí sólo quedó una. Sólo pude guardar una”.

Viedma, 14 de agosto de 1972

Querida hermana:

Escribo estas líneas para felicitarte por tus logros. Mamá me contó que cuando termine el año tendremos una maestra en la familia y no puedo más que alegrarme por esa noticia. Me dijo también que ya se está preparando para cuando vuelvas a vivir a nuestra casa y a trabajar en el pueblo que te vio nacer. Quiero que sepas que tu felicidad es la mía.

Mi vida marcha sobre rieles y no puedo pedir más. Medhi es un hombre trabajador y muy buen esposo. En pocos meses estará lista nuestra casa y podremos marcharnos de acá. A decir verdad, mis suegros han sido amables y generosos en todos estos meses, pero como te conté en otras cartas lo único que espero esirme pronto y ser dueña de mi propio hogar.

En estas semanas aprendí a cocinar mejor y paso mis tardes preparando las cortinas y los manteles para mi nuevo hogar. En todo me ayuda la mamá de Medhi, que para estos menesteres es muy habilidosa. Ella es muy cariñosa conmigo y me dijo que soy la mimada de la familia. Y también me dijo que eso no iba a cambiar cuando llegue el primer nieto, que todos queremos que sea un varoncito. Yo quiero que se llame como papá, pero ya veremos.

Bueno, hermana, espero que la suerte te siga acompañando con tus estudios y quedo a la espera de tu respuesta. Ya son las doce de la noche y tengo que irme a dormir. No quiero que Medhi se preocupe.

Cariños. Tu hermana que tanto te quiere y extraña.

“Recuerdo que una vez mamá me preguntó por qué había escrito esas cartas, por qué no había escrito lo que en verdad me pasaba y no pude responderle. Ni siquiera ahora lo sé bien. Lo único que sé es que fue lo único que pude hacer en ese momento, lo único. Una vez, ella me las mostró, las había guardado todas y me acuerdo que cuando las leí no podía dejar de llorar... Cuántas mentiras, cuánto ocultamiento. No aguanté y las quemé a todas; las quemé para sacarme

de encima ese recuerdo. Sólo se salvó una y la encontramos varios meses después, perdida en una caja de fotos. Mi mamá la había guardado allí por error y a ésta no pude quemarla. Decidí guardarla también como un recuerdo... es que ése era el único momento de felicidad en todos esos años, cuando escribía esas cartas, cuando soñaba con una vida perfecta y me la imaginaba escribiendo esas cartas”.

Pero también durante esos años hubo un momento en que Carmen decidió no escribir más. Como aquella vez que resolvió suspender el intercambio epistolar con su hermana ante la falta de novedades para contar. Ahora recurría a la misma salida. Pero esta vez las cosas eran distintas: tenía diez mil cosas para decir, pero no se animaba. Lo que hasta ese momento le había resultado placentero, liberador y fantasioso se había convertido ahora en una carga insoportable. Ya no quería seguir mintiendo. Mintiéndose. Y el miedo la paralizó.

“La última vez que escribí una carta fue la primera vez que Medhi me pegó. Una noche se levantó de la cama y vino enfurecido a la cocina. Yo estaba escribiéndole a mi mamá una carta y me la sacó de las manos. Me dijo que estaba podrido de que yo me quedara hasta la madrugada escribiendo, que no sabía a quién le escribía ni qué le decía y que no lo iba a tolerar más, entonces agarró la carta y la rompió. Yo lo miraba sin decirle nada, no me animaba ni siquiera a explicarle que no tenía nada de malo escribirles una carta a mis padres, pero no le dije nada. Supongo que eso lo enfureció aún más y de una cachetada me volteó. Yo estaba en el piso y me levantó de los pelos y me llevó a la cama. Me dijo que de ahora en más cuando él se iba a acostar, yo me acostaba con él. Apagó la luz y siguió durmiendo, como si nada hubiera pasado. Yo no pude llorar y recién me dormí varias horas después. No podía ni cerrar los ojos”.

Esa fue la peor noche de su vida. La larga noche de la que todavía no despertó.

Fatuma se llama Fatuma pese a que su documento de identidad diga otra cosa. Allí figura bajo el más español María. ¿La razón? la de siempre. Un poco de burocracia, otro tanto de ignorancia y mucho de discriminación.

“Cuando fui a casarme- relata- tuve que ir a buscar mi partida de nacimiento a Jacobacci porque el sobrino que había traído mi papá del Líbano se había hecho tenedor de libros y llevaba papeles, hacía trámites desde San Antonio a Bariloche y fue él quien anotó mi nacimiento en el Registro Civil de Jacobacci. Cuestión que cuando me quise casar no encontraron los documentos y el juez no aceptó reinscribirme con el nombre árabe, así que desde entonces en los papeles soy María Mussi”. Pero ésta no es la única particularidad de su identidad. Como tantos inmigrantes de origen libanés lleva dos nombres. El padre de Fatuma se llamaba Hussain Mussi Saluj, pero aquí se puso Emilio Mussi y a sus hijos les dio el apellido Saluj y a sus hijas el apellido Mussi. “En el Líbano eso es una tradición, como lo es que a las madres se las reconozca por el nombre del primer hijo, sea éste varón o mujer. Así, las llaman -por ejemplo- “Abu Alí”, que quiere decir la madre de Alí, que es el nombre que lleva su primer hijo. Aquí en Argentina a mí me pusieron Fatuma, que en árabe es Fatme (Fátima en castellano) pero por las dificultades idiomáticas -había

una ley argentina que permitía que cambiásemos nuestros nombres-, el juez no lo aceptó y entonces quedé María, pero sólo para los papeles”.

Y en verdad siempre fue Fatuma. De grande y sobre todo de chica, cuando vivía en Los Menucos, un pequeño pueblo pero con mucha vida social del que ahora recuerda sus fiestas, sus bailes, y fundamentalmente los estrechos lazos con la familia de sangre y con la colectividad a la que pertenecía. *“Hasta los seis años, hablé sólo el árabe; mis padres lo hablaban siempre y - además- estaban rodeados de sus ‘paisanos’. Pasábamos temporadas juntos, nos visitábamos todo el tiempo, íbamos recorriendo las casas de los amigos y nuestros amigos pasaban días de visita en la nuestra. Recuerdo a los Srur, los Lencina, los Ede, los Salaya y a Emilio Alí, entre tantos. Era una linda y saludable costumbre que con el tiempo se fue perdiendo. Pero de algún modo u otro siempre estuvimos ligados a la Línea Sur. En la realidad y en los afectos”.* Sus padres eran musulmanes, pero ella decidió bautizar a sus hijos. El resto conservó el culto, la lengua, algunas festividades, la comida. Recuerda Fatuma que en Los Menucos recibían el diario “Assalam”, que llegaba con el tren. Un diario en árabe que se leía en grupos. Los libaneses se reunían en algún lugar y el que sabía leer leía las noticias en voz alta y todos se enteraban de lo que pasaba en su vieja patria.

Cuando Emilio Yahuar falleció a los 81 años, ella tenía 45 y su hijo menor diez años, de modo que Fatuma siguió adelante y emprendió junto a sus hijos otras actividades. Tampoco le quedaba otra. *“Yo tuve un tiempito un campo chico, de ovejas, pero lo vendí. Con el campo vivimos altos y bajos, a veces estábamos bien y otras mal, pero dejamos la actividad después de una temporada que tuvimos la lana en barraca un año y medio porque se había suspendido la exportación y terminamos fundidos”.* Y así se terminó su corta experiencia como hacendada.

Cuando sus hijos crecieron, Fatuma se radicó en Roca, donde hoy residen junto a una hija y a sus nietos. Quizá por el saber adquirido en sus años de juventud, cuando atendía su panadería, se dedicó durante muchos años a hacer tortas, actividad que aún la entretiene y la hizo medianamente conocida en la ciudad. De hecho, durante años publicó sus recetas en una revista de tirada local y también logró hacerse de una larga lista de clientes que le pagaban muy bien por la comida que preparaba. Hasta que dijo basta y se dedicó a otra cosa. A descansar y disfrutar de su familia. Finalmente ahora podía hacerlo.

“La alegría de casarse tan joven, como yo -comenta- es que tenés una familia inmensa, conocés a tus nietos y a tus bisnietos. Yo, además, tuve la fortuna de conocer a mi familia del Líbano. Viajé sola, ya había fallecido mi marido, y me quedé varios meses allá. Así pude conocer la tierra de mis padres. Aunque viajé más rápido -se ríe- mi padre tardó tres meses en llegar a Argentina en barco y yo llegué al Líbano en treinta horas. Eso es algo que me gustaría repetir antes de morir, poder volver a ver una vez más a mis familiares de allá, a mi hermana, a toda esa gente tan hermosa que vive en el otro lado del mundo pero que a la vez llevo tan presente siempre en mi vida”.

Afuera sigue lloviendo con la fuerza de un diluvio. Allá lejos la ciudad se encamina a uno de esos infiernos en los que cae cada vez que caen dos centímetros más de lo que es normal. Pero acá adentro, Fatuma parece no notarlo y en verdad parece que poco le importara. *“A esta altura sólo me preocupo por cosas que no tengan remedio... La lluvia siempre pasa. Nunca es tan terrible”*, me dice y logra hacerme sentir el tipo más estúpido del mundo.

“¿Querés saber algo más?”, dice. Pienso un rato largo y sólo se me ocurren cosas como dónde conseguir un taxi en este barrio, a esta hora y con semejante temporal. Pero algo me dice que mejor no se lo diga.

Seguramente si **Carmen** pudiera pedir un deseo, pediría que la vida no le duela tanto. Con la voz que le permite el llanto y con los ojos bien abiertos revive aquellos días y por unos segundos prefiere escaparse. Allí se refugia. Allí no sufre ni recuerda y por momentos es preferible verla así. Como desconectada. Recordando un pasado que pareciera ya superado. Hablando de ella misma como si nada la hubiera afectado ni le importase demasiado. Y a veces hasta se permite reírse. *“Era muy gracioso escuchar a mi suegra hablar y criticar a todo el mundo. Una vez se le había dado por contarles a todos que a la vecina el marido la engañaba con la sirvienta...y todos sabíamos que mi suegro era muy picaflor. Se decía que tenía hijos tirados por todos lados y seguro que ella también lo sabía, pero se hacía la desentendida. Con Marta la escuchábamos hablar y nos reíamos a escondidas... El último tiempo, a mí no me preocupaba que se entere o nos escuche, si ella tampoco se preocupaba por mí. Cuando Medhi me golpeaba, ella escuchaba y no decía nada... También, qué iba a decir, pobre, si el marido la maltrataba a ella también. No te puedo decir que le pegaba, pero yo misma vi cómo mi suegro le gritaba y la insultaba todo el tiempo. Le decía que las mujeres no servían, que sólo habían nacido para complicar las cosas, que era mejor nunca confiar en las mujeres y cosas así... Claro, con el tiempo terminás creyendo que tienen razón. Supongo que ella creía todas esas cosas”*, dice.

“Incluso ahora me da mucha gracia recordar la cara de asco que ponía cuando se me había ido la mano con la sal o la comida se me había pasado. Me pasaba siempre con las pastas: nunca le calculaba el momento justo para sacarla del fuego y entonces después era como un pegote que no quería comer nadie... Ahora me causa gracia, pero en ese momento sufría como loca...”. Carmen se ríe. Con una carcajada limpia y generosa. Se ríe y cuesta no reírse con ella. Pero son sólo unos minutos. En algún momento todo regresa y vuelve a referirse a aquellos días de terror con nombre y apellido. Y la angustia le cubre la cara, modela sus gestos. Y todo vuelve a oscurecerse. Y recuerda.

Una tarde:

-¿Por qué no le hacés caso a mamá cuando te pide algo?...parece que lo hicieras a propósito

-Yo no soy su empleada...si quiere un té se lo podría hacer ella ¿no?...

-Es una mujer grande y no te cuesta nada ayudarla un poco...al fin y al cabo sos mi mujer

-Yo también necesito descansar un poco

-La próxima vez que te pida un té se lo hacés... Acá mando yo.

-Pero...

-Se lo hacés te digo...

Otra tarde:

-Dejá de llorar...

-...

-Dejá de llorar te digo...que van a escuchar mis padres, en esta casa se escucha todo.

-...

-¿Qué querés?...que piensen que te pego...

-...

-Laváte la cara y andá a hacer la comida, que ya es tarde.

Una noche:

-Hoy hace un mes que estamos casados, Medhi... Me dijeron que en el restaurante del gallego Giménez sirven muy buena comida...

-Estoy cansado... Prefiero dormir temprano. Mañana hay que trabajar.

-Pensé que podíamos ir para festejar.... salir un poco... digo...

-Mejor no. Estoy cansado...Buenas noches.

-Buenas noches, Medhi.

Una noche, un mes después:

-Buenas noches...que descanses.

-Buenas noches, Medhi.

Una tarde:

-Sacáte esa pintura de la cara... En mi familia, las mujeres no se pintan como si fueran putas.

-Hoy es mi cumpleaños... Pensé que te iba a gustar.

-No, no me gusta. Sacáte esa pintura, te digo.

-Ya me la saco.

La mayoría de los días, sentados uno frente al otro, sin mirarse a la cara, inventando conversaciones sobre el estado del tiempo, las fechas que se acercaban o lo inmediatamente palpable.

- ¡Qué calor que hace!

- ¡Qué frío se puso!

- ¡Qué rápido se pasó el año! ¡Ya estamos en Navidad!

- Salgo un rato... Vuelvo a la noche.

- ¿Alguna novedad?

- *¿Me escuchás cuando te hablo o sos sorda? ¿En qué estás pensando?*

Una mañana:

- *¿Qué te pasó en el brazo, Carmen? ¿Qué es ese moretón?*

- *Me golpeé limpiando, suegra... Ya se me va a ir.*

- *Tapátelo con un pulóver entonces... Te queda horrible.*

- *Sí, no se preocupe*

- *Sos tan torpe Carmen... tan torpe...*

Otro día. Medhi sentado en el sillón del living, descansado, aburrido de no hacer nada.

Carmen, limpiando sin hacer ruido.

- *La semana que viene vamos a ir a visitar a tus padres... Mandáte a hacer un vestido como la gente. Que no vayan a pensar que acá te tratamos mal.*

- *Sí, Medhi...*

- *Que vea tu familia que acá te tratamos como a una reina.*

Hay sólo dos personas a las que **Fatuma** siempre se refiere por su nombre y apellido. Con un aire de respeto y distancia. Con un poco de nostalgia. Ellos son Hussain Mussi Saluj, su padre, y Emilio Yahuar, su marido. Sus dos muertos. Su mejor recuerdo. Y también hay un hombre que parece ocupar ahora el lugar de ellos. Omar, su hijo mayor. Prueba de esto es la única condición que puso ella para aceptar la entrevista. *"Me gustaría que esté mi hijo presente en la nota...es que él se acuerda de más cosas que yo. Sería bueno que el esté cuando charlemos..."*. Un rato más tarde, luego de una explicación más o menos extensa, entendió que en verdad no importaba. Que con su palabra bastaba, que la presencia de su hijo no era necesaria. Luego me lo confesó: *"En realidad me daba vergüenza hablar así, sola frente a vos. No sabía de qué querías hablar...por eso le pedí a mi nieta que no salga de la casa, no era desconfianza, pero no sé...me dio cosa, vergüenza"*. Unos días más tarde recién pude entenderlo.

"Mi padre Hussain Mussi fue un hombre extraordinario, trabajador, buen esposo, buen padre. Nos supo criar a todos en la cultura del trabajo, el respeto y el amor a su raza. Era un hombre querido por todos. En el pueblo, todos sabían quién era y todos sabían que era un hombre honesto, con el que se podía contar siempre, muy solidario. Lo mismo mi marido, un hombre serio, que nunca nos faltó el respeto ni a sus hijos ni a mí. Un caballero. Y por suerte mis hijos salieron parecidos a él, con los mismos valores y el mismo cariño por su madre... Qué querés que te diga, me siento la mujer más honrada del mundo de tener semejantes hijos, todos tan buenas personas, todos tan pendientes de mí, me llaman a toda hora para saber cómo estoy, para saber si comí, si me pasa algo... Son como mis protectores". Y Fatuma lo vive así. Protegida desde siempre. Por su padre. Por su marido. Por sus hijos.

- *¿No formaste otra pareja luego de que tu marido murió? ¿Eras una mujer muy joven?*

- *Nooo...nunca se me pasó por la cabeza*

- ¿Por?

- Porque yo me casé para siempre con un sólo hombre, con mi marido. Cuando él murió, ni siquiera me imaginé pasar la vida con otro hombre... Además, mis hijos nunca me lo hubieran permitido. Ellos querían mucho a su papá.

- Pero no tiene nada que ver.

- ¿-Cómo que no? Las mujeres árabes, criadas por musulmanes, sólo tenemos un sólo hombre, para toda la vida.

- ¿Y fuiste feliz así?

- La mujer más feliz del mundo... Tuve todo lo que una mujer siempre quiere tener.

Fatuma no las conoce, pero Erdmute Heller y Hassouna Moshabi son dos historiadoras que investigaron la sexualidad y el erotismo en la cultura árabe. En su libro *“Tras los velos del Islam”* cuentan que *“en todos los tiempos, diferentes culturas y religiones tejieron chalecos de fuerza para encorsetar o disfrazar el poder de la sexualidad. El apóstol Pablo lo dijo claramente. También en nombre de Dios, ‘las mujeres debían someterse a sus maridos como al Señor. Porque el esposo es la cabeza de la mujer, así como Cristo es, también, la cabeza de la Iglesia’ (Efesios 5,22 s). De modo que a tono con la tradición judeo-cristiana occidental, los musulmanes encontraron su fórmula para domesticar la sexualidad. Consagraron –en nombre de Dios- la superioridad del hombre sobre la mujer, y encerraron a las mujeres dentro del matrimonio, protegidas como niñas. Pero en tanto para los cristianos la sexualidad es diabólica y debe reservarse y restringirse sólo para procrear, los musulmanes consideran a la mujer como tentación poderosa, una artista de la seducción. La palabra ‘fitna’, que en árabe nombra la seducción, significa, también desorden y caos. ‘Cuando un esposo contempla a su esposa, Dios le hecha una mirada de misericordia. Cuando el esposo toma la mano de su esposa y ésta la de él, los pecados se escapan entre los dedos. Cuando el esposo se une con la esposa quedan en vilo los ángeles desde la tierra hasta el cielo, y el placer y el ansia tienen la hermosura de las montañas’, dice una de las revelaciones del Profeta”.*

Sin embargo, el reconocimiento de la sexualidad como fuente divina tiene dos limitaciones de acero: el derecho del hombre musulmán a varias mujeres y su facilidad para repudiarlas, como advierte la socióloga marroquí Fátima Mernissi. *“El mensaje del Islam, por bonito que pueda parecer, parte del supuesto de que la humanidad está compuesta sólo por varones. Las mujeres se hallan al margen de la humanidad y constituyen incluso una amenaza para ella...Se piensa que el Islam, sobre todo en el ámbito de la sexualidad humana, logró un avance importante. La promiscuidad y la permisividad habrían sido en la Yahiliya (el mundo pre-islámico, la llamada ‘edad de la inocencia’) las características de una sexualidad todavía no dominada...Si es verdad que la promiscuidad y la permisividad caracterizan a la barbarie, lo único que el Islam civilizó fue la sexualidad femenina; porque la sexualidad masculina es promiscua, por la poligamia que les permite más de una mujer, y permisiva por el repudio, la posibilidad de los hombres de deshacerse de sus mujeres”.* Así, en cuanto en las sociedades occidentales la mujer es exaltada como madre,

un chaleco de fuerza que cancela el desarrollo intelectual y social de muchas y cuya trasgresión se vive con culpa, en el mundo árabe las mujeres son canceladas como reinas, niñas eternas, protegidas por sus padres, esposos y hermanos.

Fatuma lo sabe. Se lo enseñó otra mujer, llamada Aisha. Pero ésa es otra historia.

Carmen sabe que hay cárceles que no tienen celdas. Ni rejas. Ni límites. Eso lo aprendió a la fuerza. Y ya nunca lo olvidó.

“Te digo la verdad...yo pensé que esa primera noche iba a ser la única. Nunca se me hubiera cruzado por la cabeza que él podía ser un hombre golpeador...al contrario. Era tan amable con todo el mundo. ¿Quién me iba a creer? Después de esa noche horrible yo me levanté temprano y parecía una máquina. Preparé el desayuno sola, limpié la casa, hice el almuerzo, la cena todo sola... Marta me miraba y no entendía nada, pero yo no quería hacer nada que lo pudiera molestar a Medhi, nada que le diera motivos para que se enojara otra vez. Pero era inútil, siempre encontraba una excusa para pegarme. Si la comida salía mal, si la ropa estaba mal planchada, si la madre se quejaba por algo, si la pollera era muy corta, si saludaba a un hombre en la calle, si gastábamos demasiado en las compras. Decía que vivíamos como sultanes, que gastábamos más de lo que se necesitábamos...y siempre me pegaba. Al principio eran tirones en el pelo, fuertes, no me soltaba. Después cachetadas, piñas, patadas en la cola, en las piernas y después, al último, cuando veía que yo aguantaba todo, me pegaba con el palo de la escoba, en la espalda, fuerte, para que me duela, para que me queden marcas, para que se me note, no le importaba nada...por eso yo me escondía. Había días en los que directamente no salía de la habitación. A veces tenía los moretones en la cara o en el cuerpo durante semanas enteras y prefería quedarme en la pieza, sola. El les decía que no me sentía bien, que lo mejor era que siguiera durmiendo hasta que se me pase, pero todos lo sabían. Cómo no iban a darse cuenta si vivíamos en la misma casa. La única que venía en esos días a verme era Marta, que me preguntaba si estaba bien, si precisaba algo, si quería comer algo. Ella también se daba cuenta, pero nunca decía nada. Nunca. Fueron dos años horribles, espantosos. Llenos de violencia y sufrimiento. Y no sé por qué Dios no me mandaba hijos. Era lo único que quería. Hijos, muchos hijos, para no estar tan sola. Tan amargada. Rezaba todas las noches y pedía dos cosas: que Medhi dejara de pegarme y quedar embarazada. Era lo único que pedía”.

- ¿Quedarte embarazada del mismo tipo que te golpeaba?

- ¿...y de quién sí no?

La primera vez que Carmen supo que estaba embarazada sintió alivio. No alegría, ni felicidad ni mareos. Se sintió aliviada. Pensó que por fin les iba a dar una razón para que cambiaran. Para que estuvieran contentos con ella. Para que la quisieran.

“Me di cuenta como al tercer mes recién... Pensaba que era un atraso. Un desarreglo. Mi suegra esperaba todos los meses para preguntarme si había sangrado y cuando le decía que sí, que me había venido la regla, se pasaba varios días sin hablarme o contestándome mal. Así que

los primeros dos meses le dije que sí, que había sangrado. Quería estar segura, porque si después no era nada, iba a ser peor. Así que cuando por fin les dije que estaba embarazada se alegraron mucho, hicieron una fiesta para celebrar la noticia. Yo lo primero que hice fue escribirle a mi mamá para contarle la noticia... Por fin tenía algo bueno para contarles que era cierto. Pero la alegría duró sólo unas semanas. Si bien Medhi no me pegó hasta que nació Emir, me dejó sola en casa. Los últimos meses me dijo que tenía que irse al campo por problemas con los animales y me dejó sola. 'Mamá te va a ayudar en lo que precisés', me dijo y se fue. Ese embarazo fue un verdadero infierno. Me la pasé sola, encerrada, llorando. Una semana vino a visitarme mi mamá...pero después se fue. Medhi llegó un par de días antes del parto. Vino porque lo mandó a llamar el padre. Yo estaba muy triste, si apenas comía. Encima tenía que aguantar a mi suegra que me decía todo el tiempo que ojalá sea varón, que a ella no le gustaban las nenas, que los varones eran más útiles en la vida, que por eso ella no tuvo más hijos después de tener un varón, para qué quería una nena, si no sirven más que para estar en la casa, creando problemas. Así que encima estaba presionada para que sea varoncito... le pedía a Dios que me mande un varoncito. Y por suerte me lo mandó. Nació un nene hermoso, grande, gordito, como ellos querían. Cuando nació el bebé, Medhi se emocionó mucho y me dio un beso. Me dijo que por fin éramos una familia...que ahora todo iba a ser diferente. Yo le creí. No sé por qué...pero en ese momento le creí. Y me sentí la mujer más feliz del mundo".

Y por un ratito lo fue.

"Cuando salí del hospital y volvimos a casa, me acuerdo que esa misma noche discutimos. Yo le pregunté cuándo iba a estar terminada la casa para que nos fuéramos a vivir con el bebé y se enojó mucho, se puso como loco. Yo lo único que quería era que el bebé estuviera cómodo, con más espacio. Ahora tenía que dormir con nosotros porque el único cuarto disponible quedaba al fondo de la casa y yo no me quería separar ni un segundo de mi hijo. Supongo que esa noche Medhi no me pegó porque estaba a punto de darle la teta al nene... Eso era lo único que respetaba. Si los chicos estaban cerca no se animaba más que a mirarme como si los ojos fueran a salirse...y se iba. Siempre tenía algo para echarme en cara, todo el tiempo. Yo escuchaba y agachaba la cabeza. Por lo menos ahora tenía a mi hijo, que se criaba en mis brazos, fuerte, sanito...y muchas veces me salvaba de los golpes".

Pero había otras veces en las que no. Con los meses, otra vez llegaron los golpes. Y otra vez el dolor.

"Fue un año y pico horrible. Porque además de soportar el maltrato de Medhi yo tenía que estar bien para el nene, bien para atender a su familia, bien para decirle a mi familia que era feliz, bien para todos ellos pero destrozada por dentro. Un verdadero infierno. Si hasta los días se me hacían más largos que antes. Sentía que las horas no se pasaban más. Yo lo único que quería era que llegue la noche, poder acostarme y dormir... Encima mi suegra me decía todo el tiempo que tenía que darle otro nieto, quedar embarazada de nuevo, darle esa alegría a Medhi, que así

capaz que las cosas mejoraban... Yo no quería saber nada. Yo a esa altura ya no fantaseaba con que las cosas iban a cambiar si le daba otro hijo a mi marido”.

Carmen ya no esperaba más nada. Ni que cambien, ni que la acepten, ni que la quieran. Sabía que era imposible. Por eso cuando supo que estaba otra vez embarazada sintió pena. Una tristeza que le ahogó el corazón y la mantuvo en silencio casi dos meses.

“No podía hablar con nadie, ni con Marta ni con nadie. Sólo me sentía bien con el nene, con Emir. Yo no quería saber nada...traer otro hijo al mundo para criarlo en ese hogar, con esa familia. Por un lado estaba feliz de poder tener otro hijo, de esa bendición que me había dado Dios, pero de sólo imaginarme otra vez en la misma situación me recorría un frío por toda la espalda que todavía hoy lo siento, horrible. Y en realidad pasó lo mismo que cuando me enteré que estaba embarazada de mi primer hijo. Se los dije y se pusieron contentos, después se enteró mi mamá y viajó a Viedma para acompañarme unas semanas porque Medhi otra vez se había ido unos meses al campo, como si no soportara verme embarazada. Me la pasé sola todos esos meses, encerrada, soportando a mis suegros y después nació Amín. Un bebé hermoso, grandote, con unos ojos llenos de vida. Una bendición de Dios, un angelito que pensé que me iba a salvar”. Otro angelito que tampoco pudo.

Aisha fue la esposa que Mahoma más amó. La más joven de todas, la que a su muerte, el 6 de junio de 632 improvisó una despedida conmovedora. Un discurso que levantó a 35 mil musulmanes en la “Batalla del camello”.

“El profeta de Dios murió entre mi magia y mi muerte. Y yo no cumplo todavía los 18 años. Y yo soy la hija del segundo de los dos hombres cuyo tercero es Dios”, fue el discurso de la favorita de Mahoma, considerado una pieza clave de la oratoria árabe. *“Entre mi magia y mi muerte”* alude a la parte del cuerpo enmarcada entre los dos senos y la base del cuello, punto ritual del degollamiento. Interpretan que Aisha quiso decir *“Mahoma murió sobre mi pecho”*. Todos los historiadores de Mahoma destacan el papel que tuvo la joven Aisha en la vida del profeta. Si con Yadiya, la primera esposa, 25 años mayor, la única mientras ella vivió, Mahoma tuvo la seguridad que necesitaba para encontrar su vocación de profeta, Aisha fue su pasión amorosa.

El más reconocido biógrafo de Mahoma, el francés Maxime Rodinson, señala que el temperamento erótico de Mahoma surgió después de la muerte de Yadiya, a la que le había sido fiel –aun cuando no le dio hijos varones- no sólo por razones morales sino porque no estaba estipulado en el contrato matrimonial.

Después de Yadiya, Mahoma tomó once esposas. Y fue criticado por sus adversarios, quienes no veían si vida matrimonial acorde al ascetismo de un profeta. Pero, como sucedía, en cada crisis, Mahoma respondía con una revelación divina, la sura 33: *“¡Profeta! Hemos declarado lícitas para ti a tus esposas, a las que has dado dote, a las esclavas que Dios te dio como botín de guerra, a las hijas de tu tío y tías paternos y de tu tía y tíos maternos que han emigrado contigo y a*

toda mujer creyente, si se ofrece al Profeta y el Profeta quiere casarse con ella. Es un privilegio tuyo, no de los creyentes...". Por la benignidad de Dios, el Profeta podía tomar la cantidad de mujeres que quisiera; en cuanto al resto de los creyentes se les permitían cuatro mujeres, con la salvedad de que fueran equitativos. Si no podían ser justos con las cuatro, mejor quedarse con una sola. No siempre se tiene en cuenta la segunda parte del versículo tercero de la sura 4: *"Pero si teméis no obrar con justicia, entonces casaos con una sola o con vuestras esclavas, así evitaréis mejor el obrar mal"*. Aun cuando la justificación a la poligamia tuvo razones más pragmáticas – proteger a la cantidad de huérfanas jóvenes que habían quedado desamparadas tras la muerte de miles de musulmanes en la batalla de Ohod, en el año 625-, el derecho musulmán a tener cuatro esposas se mantuvo a través de los tiempos, y muchos teólogos y filósofos islámicos justifican la poligamia en las necesidades sexuales de los hombres, diferenciadas de aquellas de las mujeres.

Como la poligamia no estaba tan extendida en Arabia antes del Islam, según Rodinson, los numerosos matrimonios de Mahoma se explican, también, por razones políticas: para consolidar y ampliar la tribu que lo seguía.

Aisha conoció a Mahoma a los nueve años, cuando después de la muerte de su primera mujer, el profeta se casó con Sauda, una viuda poco atractiva de 30 años. *"Se la llevaron cuando era una niña y permaneció con él hasta la muerte"*, dice el comentarista del Corán Al Bujari. Bella, intrigante e inteligente, Aisha jugó dentro del harén un papel político en la sucesión del Profeta. Cuando sus otras esposas intrigaban contra Aisha, Mahoma solía decir: *"Dejadme en paz y no me vengáis con las cosas de Aisha porque entre las sábanas de esta mujer recibí una revelación, cosa que no me ha sucedido con ninguna de vosotras"*.

En tanto Yadiha creía en Mahoma cuando otros dudaban de sus revelaciones, Aisha ironizaba con el Profeta. *"Las inspiraciones divinas parecen hechas a medida del Profeta"*, cuentan que bromeó Aisha cuando Mahoma recibió la inspiración que le permitió casarse con la mujer de Zayd, su hijo adoptivo. Para los árabes la adopción no existe en el sentido occidental, de modo que la bella Zainab, que había perturbado al profeta con su hermosura, era su hija. Pero la inspiración divina permitió el casamiento, aunque la revelación coránica que se cita, estima Rodinson, es bastante posterior: *"Cuando digas al que ha sido colmado por el cielo de mercedes: Guarda tu esposa y teme al Señor, ocultas en tu corazón un amor que el cielo iba a manifestar. Desoye los discursos de los hombres porque es a Dios a quien hay que temer. Zayd repudió a su esposa y nosotros te permitimos casarte con ella a fin de que los fieles tengan permiso de desposar a las mujeres de sus hijos adoptivos una vez que han sido repudiadas. Mohamed no era el padre de ninguna de vosotras: es el enviado de Dios y el sello de los profetas"*. (Corán 33,36)

Mahoma se casó finalmente con Zainab, la esposa de Zayd, y se hizo una fiesta magnífica. Pero entre las once esposas Mahoma eligió el lecho de Aisha para morir, y ella se asumió como "madre de los creyentes" y se ocupó del legado del Profeta, de continuar con su misión. Hasta que en la *"Batalla del camello"* por la sucesión de Mahoma, en el año 656, en las cercanías de Basora, el ejército de Aisha fue derrotado, y la orgullosa mujer se tornó prisionera del

bando contrario, y símbolo, ante los musulmanes, de que las mujeres no deben meterse en las cuestiones públicas. A pesar de su juventud y hermosura, Aisha nunca se volvió a casar, permaneció viuda, una costumbre que sobrevive en el Islam, donde los hombres pueden volverse a casar, pero no está bien visto que una viuda tenga nuevo marido.

Es probable que si Aisha no hubiese sido derrotada militarmente en la “Batalla del camello” la historia fuese menos misógina. ¿Lo sería? De todos modos, esa derrota fue tomada como un castigo por haberse inmiscuido en los asuntos públicos. El historiador contemporáneo Sai Al Afghani lo dice con todas las letras, y eriza a las feministas árabes: *“Había que aceptar con fe que Alá creó a las mujeres para la propagación de la especie, para la educación de las generaciones y para que se dedicaran a sus labores. Quiso darnos una lección que no olvidaremos La ‘Batalla del camello’ es como un faro en la historia de los árabes, se halla siempre presente como un signo en la mente de los árabes en cuanto aparece en ellos una tendencia a imitar ciegamente a las demás naciones y a reclamar los derechos políticos para las mujeres. Hoy más que nunca debemos recordar a Aisha. Su recuerdo le dice al musulmán: ¡Ved cómo ese intento fracasó en nuestra historia musulmana! ¡No debemos derramar sangre nuevamente y destruir nuestros hogares!”.*

Seguramente Aisha hubiera tenido una buena respuesta para esto. Pero ¿Y si ella no hubiera decidido comandar un ejército? ¿Y si no hubiera perdido aquella batalla? ¿Y si no hubiera conocido a Mahoma? ¿Y si no se hubiera casado con él? ¿Y si él no la hubiera convertido en su esposa preferida? ¿Y si ella no hubiera aprovechado todo aquello? Nadie lo sabe. Lo único cierto es que aquello sucedió y, de un modo implacable, luego todo empezó a suceder.

Ahora la vida de **Carmen** había dado un giro de 180 grados. La niña eterna que se había desprendido los brazos protectores de sus padres para ahogarse en los golpes de un marido violento se había convertido en madre y no sabía qué iba a resultar de todo aquello. Y como siempre tenía razones para presentir lo peor. Y lo peor volvió a ocurrir.

“No sé cómo pasó, te juro que no sé. Después del nacimiento de Amín, las cosas se pusieron cada vez peor en la casa. Medhi parecía que me odiaba, actuaba como si me odiara. Había veces en que llegaba del campo, después de tres días de no estar en la casa y directamente ni me saludaba. Agarraba a los chicos y los sacaba a pasear, a tomar un helado o a jugar a la plaza. Pero nunca me invitaba a acompañarlos. Incluso había veces en que invitaba a mi suegra y salían los cuatro... Yo tenía que quedarme en casa, esperándolos. Encerrada en la pieza, limpiando la casa, preparando la comida para que cuando volvieran estuviera todo listo... Y fue así que pasó. Mi suegra fue tomando mi lugar y Medhi parecía feliz con eso. Yo, más que la madre, parecía la mucama de la casa. Y los chicos le hacían más caso a ella que a mí. Cuando se levantaban a la mañana enseguida iban y se quedaban con ella todo el día. A veces lloraban y la única forma de calmarlos era que ella viniera y les prometiera que al otro día irían a la placita de la

esquina a jugar... cosas que los otros chicos hacían con su madre, ellos las hacían con la abuela, como si yo no existiera. Y eso fue terrible para mí. Fue así que me fui quedando cada vez más tiempo en la pieza, acostada, sin hacer nada. Había días enteros en los que no me levantaba. Escuchaba que a los chicos les preparaba el desayuno Marta mi suegra los cuidaba todo el día. No tenía fuerzas para levantarme, no tenía motivos. Mi esposo no me prestaba atención y para mis hijos era como si no existiera... Qué iba a hacer. Levantarme de la cama para qué... ¿para sentirme peor todavía de lo que ya me sentía?. Algunos días me levantaba, hacía el esfuerzo, pero al rato no aguantaba...volvía a la cama y no me movía hasta el otro día. Cuando llegaba Medhi a acostarse me decía cómo podía pasarme el día así, sin hacer nada, cómo dejaba a mis hijos abandonados, que era una inútil, que abra las ventanas, que por lo menos ventile la habitación. Que era un asco... Yo pensaba en los nenes y me quería morir... Pro te juro que no podía hacer nada”.

Y así fue como una cosa llevó a la otra y al final fueron tantas que ya fue insoportable. Aún hoy lo sigue siendo. Por eso apenas se toma apenas cinco minutos para relatar cómo fueron los últimos 35 años de su vida. Cinco minutos que pasan rápido. Tal como ella prefiere. *“Te juro que a veces parecía que nunca se iba a acabar tanto sufrimiento”.*

Me mira y dice que ella no quería, que lo hizo por desesperación, que primero se encerró en la pieza, que no le quiso abrir a nadie, que pensó que por un par de horas nadie se daría cuenta, que Medhi estaba en el campo y que cuando llegara ya sería demasiado tarde, que se encerró y no lo pensó...

En ese momento no lo pensó en realidad, pero llevaba meses dándole vueltas a la idea, calculando, pensando cuándo iba a ser el mejor momento, llorando y arrepintiéndose. Me mira y me dice que al cuchillo lo había sacado de la cocina la noche anterior y que se fijó que fuera uno con mucho filo, que le temblaron las manos cuando lo lavó después de cenar, lo secó con el repasador y no lo guardó en el cajón: lo dejó en la mesada, listo, que alcanzó a cortarse las venas de la mano izquierda y que se asustó, que nunca había visto tanta sangre, por eso gritó, pero no pidiendo auxilio, gritó de dolor, de bronca, de tristeza, para que la escuchen, para que la ayuden.

Me mira y me dice que Marta la escuchó y empezó a golpear la puerta preguntando si estaba bien, que después llamó al suegro y entre los dos tiraron la puerta abajo, que todavía recuerda la cara de Marta tratando de parar la sangre, que después la llevaron al hospital y que ya no recuerda nada de esa noche. Me mira y me dice que al otro día llegó Medhi, que no le dijo nada, que sólo la miró y se fue, que cuando volvió a la casa tampoco le habló, ni ese día ni los siguientes, que ella intentó reponerse, que empezó a limpiar otra vez, a cocinar, pero que no sabe qué le pasó esa noche, que los ñoquis se le pasaron y que Medhi agarró el palo y le pegó más fuerte que nunca, que estaba enojado por lo del cuchillo en las venas, que no podía parar, que le pegaba y la insultaba, que por suerte apareció su suegra y lo paró, que fue en ese mismo momento que decidieron su destino, que a la otra noche le dieron la plata, la subieron al tren y le dijeron que nunca más vuelva a esa casa y que se olvide de los chicos, que había demostrado que

su familia no le interesaba, que no los quería y que si no los quería, era mejor que se vuelva con sus padres y se quede a vivir con ellos. Y también me dice que esa noche, fría, lejana, gris, no tuvo fuerzas para defenderse ni para reclamar por sus hijos. Que sólo pensó en ella.

“Lo peor de todo fue enterarme en mi casa, cuando ya estaba de vuelta, que en uno de esos últimos viajes Medhi había venido a ver a mis padres para decirles que yo estaba muy mal, que seguramente los extrañaba mucho, que lo mejor era que me viniera un tiempo con ellos, que él ya no sabía qué hacer conmigo. Así los convenció y al tiempo me mandó con ellos. Eso me lo contó mi mamá que no podía entender por qué me había pasado todo eso. Un tiempo después, gracias a una médica que siempre charlaba conmigo cuando yo iba al hospital a hacerme controles, entendí que en realidad Medhi no buscaba una mujer, sino hijos, que cuando se los di me echó de su vida, porque nunca me había querido... Prueba de ello es que nunca después armó una familia. Se quedó solo para siempre”

- ¿Y vos? ¿nunca pudiste armar otra familia?

- ¡Nooooo...! ¡Ni pensarlo! Menos después de todo lo que me pasó.

Después tuvo que acostumbrarse a la pérdida. Salir del pozo de a poco. Vivir con su familia otra vez. Vivir sola de nuevo.

“A mí me conocen todos en este pueblo, todos saben mi historia. Pero no sé cuántos son los que me creen. Muchos dicen que estoy loca, me acusan por haberme ido sin mis hijos, piensan que fui una mala madre. Por eso estoy ahora sola. Ni mis hermanos me creyeron... Todos creen que tuve la culpa... Ahora ya ni me importa contarles lo que pasó en realidad. Lo único que me importa es que algún día mis hijos me vean como a su madre, que crean mi historia, no sólo la que les contó su abuela o su padre, que me escuchen a mí. Ojalá ese día llegue... Es lo único que me importa ahora. Ojalá ese día llegue... Lo estoy esperando desde hace 23 años”.

Y espera. Sentada en este sillón viejo, destartalado, incómodo. Y los días se convierten en noches. Y las noches se vuelven días. Y ella espera. Se sienta y espera. Se tapa hasta la cabeza con una frazada y espera. Limpia con obsesión y espera. Se cansa de esperar y sigue esperando. Día y noche. Día y noche.

Conclusiones

Hay quienes dicen que toda emigración, individual o colectiva, constituyó siempre un acto de arrojo y de esperanza. Cada inmigrante es, así, un héroe y un fundador, un visionario y una semilla. Con los árabes en nuestro país no fue distinto.

Cronológicamente, la inmigración árabe en Argentina es posterior a la de Estados Unidos, país que recibió a los primeros inmigrantes. Aunque comienza en 1880, el periodo significativo por excelencia abarca de 1900 a 1930, cuando alcanza el tercer lugar después de la italiana y la española. Y fue justamente esa época cuando se registró un hecho que, aunque desconocido por la mayoría y poco reflejado en los manuales de historia, no deja de ser importantísimo, clave en la historia de esos inmigrantes, fundamentalmente por lo que implicó para el modo en que se relacionaron, en que se integraron al nuevo país.

Entre 1905 y 1910, al menos unos 130 árabes fueron masacrados en la Línea Sur por pandillas que luego de robarles las pertenencias los mutilaban y escondían sus restos para que nadie pudiera encontrarlos. Ocurrió a 100 kms de Roca, en una zona conocida como Lagunitas. El caso fue conocido en todo el país como "*los caníbales de la Patagonia*". Efectivamente, luego de matarlos, los ladrones descuartizaban los cuerpos y se comían algunas partes, convencidos de que era la única forma de ocultar las evidencias del asesinato. Por esa razón, la horrible matanza fue descubierta varios años después.

Los detalles -que la prensa de esa época no se ahorró- escandalizaron al mundo y por mucho tiempo se habló del tema. Uno de los que más investigó sobre este hecho fue el escritor rionegrino Elías Chucair y lo contó en su libro "*Partidas sin regreso*".

"Desde 1904 hasta 1909 muchos árabes, algunos de ellos recién llegados al país, comienzan a partir desde General Roca y Neuquén hacia el sur del Territorio del Río Negro con el propósito de vender mercaderías en los centros alejados de comercios y a la vez recolectar cerda, plumas y tejidos artesanales que realizaban mujeres aborígenes. Dentro de aquel lapso llama poderosamente la atención el hecho de que son muchos los árabes que no regresan al punto de partida, ni sus proveedores tienen noticias de ellos. En consecuencia han quedado adeudando las mercancías que llevaron con la consiguiente preocupación de los comerciantes que se las facilitaron, en muchos casos con la finalidad de ayudarlos, que con el objeto de realizar una buena operación comercial. Aquellos pobres mercachifles árabes, con su único capital a cuestas, se internaban en el desierto y no regresaban dentro de los plazos previstos. Entonces, como era lógico, el interrogante crecía y se formulaban las más diversas conjeturas; pero nunca, ni por

asomo, se pensaba en la desaparición definitiva de los mismos y la idea no cabía en el pensamiento ni de los más pesimistas".

La primera denuncia se conoció el 15 de julio de 1909. La hizo un comerciante roquense llamado Salomón Daúd, desesperado por la desaparición de su cuñado desde hacía más de dos años. Se llamaba José Elías y había partido hacia la Línea Sur acompañado de un peón y cuatro mulas. Y nunca más lo había vuelto a ver.

Después de la denuncia de Daúd, el comisario Torino, por entonces a cargo de la comisaría de El Cuy, con órdenes directas del Jefe de la Policía y del gobernador del distrito Carlos Gallardo, inició averiguaciones para saber cuánto había de cierto en las sospechas de Daúd. Lo que supo le cambió la vida para siempre.

Según esa investigación policial, en Lagunitas, en medio de la nada, desde hacía tiempo se había instalado una banda que vivía de lo que le robaba a los "mercachifles turcos" que hasta allí llegaban. Siempre actuaban en grupo; se encontraban en el toldo de alguno, les pedían a los comerciantes que mostraron lo que vendían, los invitaban a comer y cuando ya estaban confiados, tranquilos y cómodos, los mataban. Les disparaban tiro, dos o los que hicieran falta. Después se repartían el botín, en justas partes, para que nadie tuviera motivos de conflicto.

Y así durante años. Así con al menos 130 mercachifles de origen árabe.

Hay quien dice que también vendían lo robado a comerciantes de la zona, cansados de la competencia con los árabes y desinteresados por el origen de lo que compraban. También se dice que mucha de esa mercadería era contrabandeada a Chile por fronteras que todavía no estaban muy bien definidas y, mucho menos, controladas. Todo esto facilitado por la circunstancia de que uno de los cabecillas de la banda, Juan Cuya, vivía con la hermana del jefe de todos, Pablo Brebáñez, que a su vez era Jefe de la Subdelegación chilena de Toltén, en Valdivia.

Torino logró capturar a unos 80 implicados en los asesinatos pero no pudo hacer nada para detener a los que se señalaban como cabecillas de la banda. Antes de llegar, muchos se habían fugado a Chile.

También descubrió que una vez muertos los decapitaban y les abrían el pecho para sacarles el corazón porque según Antonia Hueche -alias Macagua, una mujer que cumplía funciones de hechicera y curandera del grupo y que, dos décadas antes, había servido en las filas de Roca, travestida de hombre- era bueno disecar y guardar esos corazones porque daban "coraje para matar a turcos y cristianos". Otras veces, para lograr el mismo fin, no los guardaban sino que los comían. También, como proveedores de protección y coraje, se guardaban los penes. Después quemaban los restos pero conservaban los huesos, ya que algunos de los integrantes de la banda sostenían que esos huesos hechos polvo tenían poderes protectores.

Luego ocurrió lo que siempre ocurriría en este país con las grandes investigaciones policiales y judiciales: los medios de comunicación contando los detalles más escabrosos de los asesinatos; las autoridades festejando el cierre definitivo del caso con la captura de los delincuentes; un comisario acusado de irregularidades en la investigación y malos tratos a los detenidos, detenido durante varios años, acusado formalmente de tales cargos; el paso del tiempo sin que se tome ninguna decisión con respecto a la situación de los detenidos: el recambio de jueces a cargo de la causa; la decisión del fiscal de no formular acusación y la solicitar el sobreseimiento definitivo de la causa porque "*no está comprobada la presencia de los sirios y de sus victimarios en los sitios donde se dice fueron sacrificados*" y porque, entre otras cosas, "*la partida de los sirios desde General Roca hacia el Sur, como lo manifiestan los parientes de las víctimas, no indica fehacientemente que se dirigieran a la zona de Lagunitas*". En definitiva, caso cerrado. Nada había pasado.

Pero ¿por qué todo quedó en la nada? Hipótesis hay muchas, certezas ninguna. Quizás una de ellas fue que, al haber involucrado en la investigación a un magistrado chileno, el gobierno argentino no quiso agregar tintas al largo y sinuoso tratado limítrofe por el cual no hacía mucho tiempo ambos gobiernos habían tenido que recurrir al arbitraje británico. O quizás se cedió, desde los poderes locales, a los sobornos y presiones que pudieron haber ejercido los comerciantes de la zona, a los cuales no les hacía ninguna gracia que sus negocios, ubicados en medio de estos parajes desérticos, tuvieran que sufrir la competencia de mercaderes ambulantes. O quizás existió consenso, tanto dentro del gobierno nacional como en el del territorio rionegrino, para ocultar todo hecho que mostrara al país como un nido de salvajes justo en medio de los impresionantes festejos por el primer centenario de la República.

Lo cierto es que fue una de las primeras cosas que escucharon los miles de árabes que entraron a Argentina en esa época. Casi un siglo después no son muchos los que se acuerdan del tema pero hay algunos que sí. Uno de ellos es un integrante de la Sociedad Libanesa de Roca, que escuchó hablar del tema en boca de sus padres.

"No sé porqué nunca se investigó a fondo. A la distancia, la sensación que me queda es que si se hubiera tratado de una matanza de ciudadanos españoles o italianos no hubieran parado hasta dar con los asesinos y encarcelarlos...pero eran árabes o turcos, como dicen todos... ¿qué se le va a hacer?... Antes no se hablaba mucho del tema, de hecho hay gente que ni sabe lo que pasó. Gente como mi padre, sus hermanos o los de esa época sintieron terror durante años de que algo así les pudiera pasar a ellos... Porque no es que habían matado españoles, italianos o ingleses...mataban turcos, ¿entendés?

Yo, definitivamente, creo que eso los modificó un poco a todos. Venir desde tan lejos y encontrarte que lo primero que te dicen es que acá a los turcos

los matan y les comen el corazón no debe ser nada fácil... Los que vivieron en esa época mucho no hablan del tema... una lástima, ¿no?"

Muchos de los relatos que escuché a lo largo de los últimos años fueron coincidentes. Miguel, en medio del repaso de su vida, me confesó que cada tanto su padre recordaba aquello con la angustia a flor de piel.

"No hablaba mucho del tema...pero cada vez que lo hacía se le notaba que era un recuerdo muy triste para ellos. No te podría decir con exactitud en qué modificó su vida todo aquello, pero sin dudas fue importante. Supongo que los habrá hecho más desconfiados, más temerosos de todo, más cerrados y eso se notaba en su forma de relacionarse...tan de confiar solamente en los que eran como ellos, sólo en los que fueran turcos como ellos".

Con él coincidió Carmen, la niña eterna que aprendió desde chica que aquello formaba parte de los peores recuerdos de su familia.

"Nunca me acuerdo si había sido un tío o un primo de mi papá que había desaparecido en esos años, intentando vender unas pocas mercaderías en el sur... Siempre le dijeron a él que lo habían matado los indios y que se lo habían comido, pero después aparecieron rumores de que esos turcos habían seguido viaje hacia el sur del país para no pagar lo que debían y que se habían instalado en Chubut o Santa Cruz, incluso decían que habían pasado a Chile.... Nunca se supo. Lo cierto es que después de eso, todos quedaron con mucho miedo... Había como una sensación, supongo que se dará en todos los inmigrantes, de que en cualquier momento se podía acabar todo, que podían perder todo... por eso ahorraban tanto, por eso nunca contaban lo que tenían, no mostraban lujo en sus casa, pese a haber ganado fortunas. Siempre pensé que era consecuencia de todo lo que habían escuchado en esos años, que era consecuencia de esa matanza de turcos en el campo".

Y así fue que llegaron. Con el estigma de una matanza sin precedentes en el país y en un ambiente terriblemente hostil.

En esa época, Argentina promovía la inmigración para poblar sus tierras, pero nunca los mandó llamar a ellos. Llegaron como pudieron. Y se fueron quedando. Se radicaron a lo largo y ancho del país, aunque optaron preferentemente, además de Buenos Aires y Córdoba, por el Noroeste y Cuyo, y parte de la Patagonia, muchos de ellos en la Línea Sur rionegrina.

La corriente inmigratoria procedente del ex Imperio Otomano la formaban en general campesinos, jornaleros, agricultores y braseros, que fueron viniendo motivados por las noticias que les llegaban de América y, además, por las ofertas de trabajo que las empresas ferroviarias inglesas y francesas estaban haciendo en sus respectivos países, para realizar labores de jornaleros en el tendido de vías ferroviarias en distintos lugares de Buenos Aires y el interior del país.

En contraste con la emigración europea canalizada por las agencias de información argentinas en los puertos europeos, los árabes eluden el dispositivo y responden a "la cadena de llamadas": hombres que probaban suerte y luego mandaban a primos y hermanos; esposos que se arriesgaban y una vez asentados viajaban a buscar a sus familias.

Ya en la Argentina se incorporaban como peones, y en el corto lapso en que aprendían a decir algunas palabras en español, aprovechando algunos días de descanso por lluvia o falta de materiales en la empresa, conseguían comprar con lo ahorrado algunas mercaderías de tienda o mercería y salían a vender por los barrios o los pueblos cercanos. Llegaron como peones de pala y pico y en poco tiempo prosiguieron como buhoneros y pequeños comerciantes, con mucha voluntad y bastante disciplina.

Su éxito determinó el establecimiento comercial minorista primero y desembocó en el comercio al por mayor después. Fueron los primeros en cargar la mercadería al hombro y salir a las campañas y los encargados de aportar una novedad al mundo del comercio, tal como se lo entendía hasta entonces en nuestro país. Ellos instauraron un nuevo sistema de venta: el "crédito". Fueron los primeros en "fiar" los productos que vendían o aceptar que el pago fuera en mensualidades. Este novedoso sistema de ventas revolucionó el comercio y estimuló el consumo.

Argentina, básicamente, recibió a sirios y libaneses. Lo mismo ocurrió con Brasil, Venezuela, Colombia y Paraguay. En este último país se asentaron, además, palestinos. Una primera señal de las dificultades para su aceptación la tuvieron con el mote que recibieron apenas llegaron. Es que a causa de la invasión otomana, los emigrantes partían con un pasaporte turco. Esto causó confusión en los países de destino en donde recibieron el alías de "turco". Este sobrenombre aún se utiliza para referirse a los inmigrantes, muchas veces con tono despectivo.

Ellos no conocieron el Manual del Inmigrante, redactado por el gobierno argentino, que circulaba en Europa en el que se asesoraba en todo lo concerniente al viaje, a la ciudad a donde irían, al idioma que tendrían que aprender, las características geográficas, las costumbres, las comidas tradicionales y hasta la ropa que debían usar. El manual era fundamental para asumir en la práctica todo lo que debía enfrentar el inmigrante en el futuro.

La inmigración de Oriente Medio no era la que se deseaba en Argentina. Se prefería la europea, preferentemente la del norte; en nada, se contemplaban los sentimientos

de aquellos que abandonarían para siempre a padres, hermanos, amigos y al terruño que las vio nacer. Imposible describir los miedos, las angustias y los llantos.

Luego las cosas siguieron siendo difíciles. Llegaron los problemas para conseguir trabajo, el rechazo social y la necesidad para muchos de buscar vida y ocupación bien lejos del primer destino cuando arribaron.

Asentados en el interior del país, muchos mostraron un marcado sentido de adaptación y rápidamente se incorporan a la vida regional de cada lugar donde se instalaron. Los problemas de integración siguieron con la segunda generación, aunque en menor medida. Mucho de todo eso empezó a cambiar con la llegada de muchos árabes a la política, como consecuencia de las graduaciones universitarias. La situación se modifica completamente con la generación de los nietos, que se siente totalmente integrada en la sociedad argentina.

El sueño americano fue un ideal para los árabes inmigrantes. Pero mientras los hombres hacían realidad ese sueño, representado por el éxito económico, las mujeres sólo conseguían un desarraigo cultural y económico. Muchas de ellas fueron durante años "intangibles", identificadas únicamente en relación con sus esposos. Mujeres de sus maridos, hermanas de sus hermanos, hijas de sus padres o madres de sus hijos. Permanecían en el anonimato y su suerte estaba ligada a la del hombre.

A los ojos de las autoridades gubernamentales, eran las acompañantes de los maridos que venían a este país a trabajar, por pedido de un familiar o compatriota ya residente. No se permitía la entrada de mujeres solas y menos con hijos que no tuvieran un familiar o amigo, debido a varios interrogantes: ¿quién se encargaría de ellas?, ¿donde vivirían?, ¿quién se haría cargo de su sustento económico?.

Fundamentalmente, se trataba de mujeres humildes, trabajadoras, que escapaban de las persecuciones otomanas, de la miseria, del hambre que asolaba a sus países. Las mujeres mal llamadas "turcas" son presentadas dentro del estereotipo de "exóticas" provenientes de un universo, en donde los hombres las oprimían. Es decir, mujeres sumisas y dependientes.

El drama de todas ellas comienza con la salida de la patria, pasa por el desarraigo y su inserción en la nueva sociedad. A su llegada en la década de 1890, se encuentran con que tienen que luchar con una sociedad prejuiciosa que no las reconoce como sus iguales, las discrimina. Traían el dolor de haber abandonado la tierra y el tronco familiar y debían enfrentarse a un mundo nuevo de palabras incomprensibles, adaptándose a la convivencia en hacinadas fondas o conventillos, otras alejándose a chacras, donde el trabajo de la tierra era el depositario de sueños de una vida distinta, logro que recién conquistarán en la próxima generación sus hijos.

Muchas llegaron meses o años después que sus maridos, con sus hijos pequeños, para encontrarse con la dura realidad. Algunas encontraron en la formación o el trabajo

social (entidades de beneficencia y diversas fundaciones) formas de proyectarse en la sociedad, sin romper con los modelos que esa misma comunidad reservaba para ellas.

Las entidades de beneficencia y socorros mutuos fueron un elemento decisivo en el proceso de socialización e integración de los inmigrantes en la nueva tierra. Esto se debió a que los lazos primarios no eran tan consistentes, por ese motivo las redes con sus coterráneos se vigorizaron con el objetivo de atesorar su identidad cultural, compensar desventuras básicas y resguardar sus intereses en la nueva realidad.

Sobre la problemática del inmigrante, hay mucho escrito. Hay libros, artículos, sitios en Internet e incluso entrevistas que se han publicado en diarios de todo el país en los últimos tiempos. Pero en todos estos materiales faltaban las voces de esos inmigrantes que pasaron del desprecio del país a principios de siglo, de ser una cultura avergonzada y metida para adentro, a esta actual, integrada y no hace mucho, hasta transformada en moda y objeto de consumo.

Es fácil encontrar números, datos y estadísticas, como siempre fríos y distantes, pero no testimonios, historias, fotos, recuerdos, voces que hablen de eso: turco, árabe, distinto, mercachifle, musulmán, comegente, cagapaisanos, turca, mujer árabe, mujer de árabes, hijo y nieto de árabes.

Y ahí estaban ellos.

Said y su llegada a un país que no lo recibió con los brazos abiertos. Sus diez mil formas de buscar trabajo, integración y futuro. Su paso de la gran ciudad al paraje provinciano más amigable. Su pobreza, sus primeras salidas al campo, sus primeras ganancias, su negocio, su crecimiento gracias al crédito y su familia. Su eterna nostalgia por los montes nevados y el mar libanés.

Miguel y su desigual pelea contra el destino. Contra los preceptos culturales, familiares. Contra ese incomprensible juego que en ocasiones lleva a los humanos a conjugar la discriminación. Discriminados que discriminan, que son discriminados y que vuelven a discriminar...Su bienestar, la posición de hijo de inmigrante próspero y despreocupado. Y los mandatos. Siempre los mandatos. Su certeza de que algunas cosas hubieran sido distintas de cargar con otro apellido. Con otro origen.

Javier y el desafío de nacer en el lugar equivocado. Y pese a eso, ganar la batalla. Su necesidad de entender y recuperar algunas de esas tradiciones que incorporó desde chico sin saber qué significaban. Sus ganas de involucrarse con una cultura que de todas formas no sentiría orgullo de él. Y, finalmente, sus preguntas. Que en algún punto también son las mías.

Y también estaban Carmen y Fatuma. Esposas, madres. Niñas eternas. Cada una siendo mujer árabe a su modo. Entre las reglas de un mundo que las relega a un plano secundario, y las obliga a vivir sobreprotegidas, infantilizadas, ensombrecidas, y su lucha para correr esos velos. Para olvidarlos, dejarlos atrás y no siempre poder.

Sus historias, sus silencios, sus respuestas claras y a veces no tanto, sus miradas y sus gestos me ayudaron finalmente a entender un poco más quiénes eran esos árabes que habían elegido este sur del mundo para vivir sus vidas. Qué había sido de sus hijos, de sus nietos. Qué había sobrevivido de esas costumbres que trajeron y que muchos debieron olvidar. Qué los definió y qué los define hoy. Cómo fueron sus vidas. Y por qué las vivieron así.

En esos relatos encontré algunas respuestas.

Bibliografía

- Akmir, Abdelouahed (1997) *La inmigración árabe en Argentina* en El mundo árabe y América Latina, Ediciones UNESCO, Madrid.
- Antaki, Ikram (1990) *La cultura de los árabes*, Siglo XXI Editores, México.
- Chucair, Elías (1991) *Partidas sin regreso de árabes en la Patagonia*, Editorial de la Patagonia, Argentina.
- Cristoff, María Sonia (2005) *Falsa Calma. Un recorrido por pueblos fantasma de la Patagonia*, Seix Barral, Argentina.
- Heller Erdmute y Moshabi Hassouna (1995) *Tras los velos del Islam. Erotismo y sexualidad en la cultura árabe*, Editorial Herder, Barcelona.
- Hourani, Albert (2003) *La historia de los árabes*, Vergara, Argentina.
- Lanata, Jorge (2003) *Argentinos*, Ediciones B, Argentina.
- Lewis, Bernard (1996) *Los árabes en la historia*, Editorial Edhasa, Barcelona.
- Morandini, Norma (1998) *El Harén. Menem-Zulema-Seineldín. Los árabes y el poder político en Argentina*, Editorial Sudamericana, Argentina.
- Roberto Mustafá Ale (2004) *Historia de los árabes en argentina*, Revistaarabe.com, Argentina, marzo.
- Rodinson, Maxime (1974) *Mahoma. El nacimiento del mundo islámico*, Biblioteca Era, México.